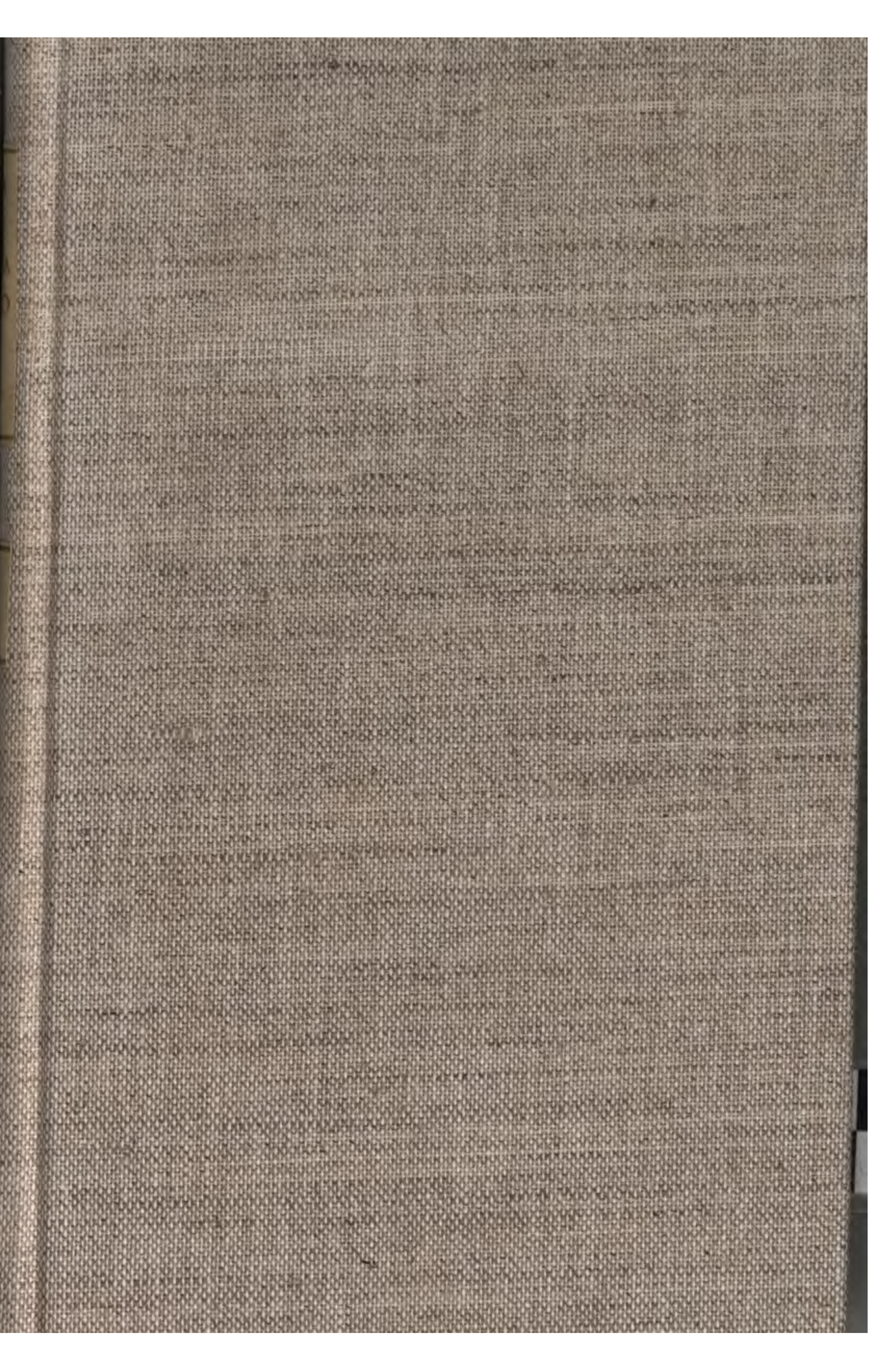


HISTORIA

DE LA

CONQUISTA DE MEXICO,

POBLACION Y PROGRESOS

DE LA

AMERICA SEPTENTRIONAL,

CONOCIDA POR EL NOMBRE DE

NUEVA ESPAÑA.

ESCRIBIALA

DON ANTONIO DE SOLÍS,

SECRETARIO DE SU MAGESTAD, Y SU CRONISTA MAYOR DE INDIAS.

NUEVA EDICION,

CORREGIDA POR

DON AGUSTIN LUIS JOSSE.

TOMO PRIMERO.

EN LONDRES:

En la Imprenta de R. Juigné, 17, *Margaret-street, Cavendish-square.*

A EXPENSAS DEL DICHO EDITOR,

Se Hallará,

En su casa No. 18, Broad-street, Golden-square;

Y en las de B. DULAU y Co. Soho-square; T. BOOSEY, Broad-street, Royal Exchange; WHITE, Fleet-street; DE CONCHY, New Bond-street; WINGRAVE, Strand; LONGMAN y REES, Paternoster-row; LACKINGTON y ALLEN, Finsbury-square.

1809.

AL HONORABLE SEÑOR

DON HENRIQUE GREY BENNETT,

DE LA ANTIQUÍSIMA É ILUSTRE CASA

DE LOS

CONDES DE TANKERVILLE,

AMIGO Y FAVORECEDOR DE LAS LETRAS,

ESTA EDICION,

COMO CORTO TRIBUTO

DE SU VENERACION,

GRATITUD Y DEBIDO AFECTO,

LE DEDICA

SU DEVOTO Y RENDIDO SERVIDOR

Q. S. M. B.

Don Agustin Luis Josse.

PRÓLOGO
A ESTA NUEVA EDICION.

UNA de las Conquistas mas gloriosas à la Nacion Española fué sin duda la de Nueva España, así por la preciosa y dilatada porcion que se acrecentó á nuestra Corona por la adquisicion de aquellos dominios, como por las inmortales hazañas con que supieron distinguir su valor los que se atrevieron á conducir nuestros estandartes á tan distantes regiones. Hernan Cortés, General de aquella expedicion, es á quien justamente se debe toda la gloria que entónces consiguieron las Armas Católicas. Su grande valor, su consumada ciencia en el arte militar, y su incomparable prudencia fueron iguales á la grandeza de la empresa. Y bien se dieron á conocer estas partes, que adornaban en sumo grado á Cortés, en los varios y dificiles pasos que le ocurrieron hasta conseguir su empeño: y en ellos acreditó muy bien la antigua máxîma que debe tener muy presente qualquier General, que no es la muchedumbre la que vence, sino pocos bien disciplinados, obedientes al mando, y conducidos por una cabeza gobernada por el valor acompañado de la prudencia y práctica militar. Si se repara con atencion la conducta que, desde el principio

hasta el fin, observó Cortés, se hallará que apénas podrémos encontrar otro en la antigüedad que le haga ventaja; pues por las propias cartas en que, como otro Julio Cesar, escribia los Comentarios de sus acciones, aparece con quanta premeditacion las disponia para encaminarlas al acierto. Y no debe creerse, como algunos han pensado, para disminuir el alto merito de Cortés, y con él las alabanzas que se deben á los esforzados Españoles que le acompañaron, que la guerra se hizo á unos Indios cobardes, simples, ignorantes, sin ingenio, ni habilidad, ni modo de vivir. Por las memorias de aquellos tiempos debemos estar persuadidos que ellos ántes del descubrimiento estaban diestros en la guerra, por las que unas provincias traían con otras. Despues que pasaron á las Indias nuestros Españoles, y comenzaron á entrar en campo con ellos, salieron tan esforzados y valientes, que se podian comparar con los soldados Européos mas prácticos: porque los Indios ni en fuerzas, ni en valor de ánimo, eran inferiores á los demas; y el pelear en defensa de su religion, patria y libertad, les infundia mayores ánimos. Tales eran los enemigos que tuvo que vencer Cortés, y tales las acciones que para el logro hicieron los Españoles.

Muchos han sido los que se han dedicado á perpetuarlas en la memoria de los siglos. El mismo Cortés, que las executó, nos las dexó escritas con

una sencillez y candor, que acreditan que el Autor tuvo gran cuenta con la verdad; y no es creible que se hubiera atrevido á faltar á esta primera ley de la Historia, quando escribia al Emperador, y tenia tantos testigos de lo mismo que escribia y habia executado, y tantos émulos que se hubieran escudado con estas armas, para hacerle mas cruel la guerra con que procuraron desacreditarle con el Emperador. Bernal Diaz del Castillo, soldado que se halló tambien en ésta Conquista, dió una muy completa y circunstanciada relacion de ella, aunque no siempre con ánimo favorable á nuestro Héroe. Francisco Lopez de Gómara, que tuvo ocasion de informarse de los mismos Conquistadores, y de los primeros Misioneros que fueron á predicar el Evangelio á los Mexicanos, pudo tratar de sus cosas con harta punctualidad; y lo mismo debe decirse de otros que bebieron de las fuentes originales. Pero como todas estas Historias estaban escritas ó con poca pulidez en el estílo, ó con falta de método, y entremezcladas con cosas impertinentes, y algunas poco exâctas, se necesitaba todavia de pluma mas delicada, que á un asunto por sí tan grande le diese todos los adornos de que es capaz.

Don Antonio de Solis, Cronista de Indias, era sin duda en quien concurrian en grado eminente todas las prendas que se podian apetecer para el

desempeño, un estílo elegante y florido, que en el siglo pasado no era comun en España, una vasta instruccion adquirida en la lectura de los mejores Historiadores de Indias y otros papeles, que, como Cronista mayor de aquellos dominios, tuvo la oportunidad de registrar; y últimamente la destreza de saber imitar á los mejores modelos de la antigüedad en el género historico. Con estos auxîlios supo desempeñar debidamente su empresa en la *Historia de la Conquista, Poblacion y Progresos de la América Septentrional, conocida por el nombre de Nueva España,* que dió á luz en Madrid el año de 1684, fol.

Los grandes elogios que de esta obra han hecho hombres tan sabios como el Marques de Mondejar, Don Nicolas Antonio y Don Gregorio Mayáns y Siscár acreditan su grande mérito.....El de Mayáns, por ser tan singular, no podemos omitirle. Dixo, pues, hablando de esta Historia: ***Escribió la vida del gran Cortés con tal artificio, que sin dexar de componer Historia, supo hacer un panegírico. Es tan dulce su estílo, que tiene hidrópicos á muchos discretos: freqüentemente es poético, y siempre brillante. Remedó á Quinto Curcio sin procurarlo, especialmente en las Oraciones, haciendo á los bárbaros ménos bárbaros. Toda la contextura de esta obra es una tela finísima de oro puro, ricamente adornada de christianas y políticas sen-***

tencias, que lucen como diamantes finísimos. Pudieramos añadir tambien, como una prueba nada equívoca del aprecio con que, no solo en España, sino tambien fuera de ella, se recibió esta obra, las repetidas impresiones que se han hecho, y las traducciones que hemos visto en Francés, Italiano é Inglés magnificamente executadas, añadidos mapas, retratos y otros adornos para su mejor inteligencia.

Sin embargo de que en España se han hecho en este mismo siglo varias ediciones en todos tamaños para satisfacer el deseo de los curiosos, todavia se anhelaba una que correspondiese á la dignidad de de la obra, y al buen gusto que reyna en la Nacion, y prueba sus esfuerzos hácia el adelantamiento de las artes útiles. El Impresor que tiene tan bien acreditado su vehementísimo deseo de consagrar sus caudales y desvelos al beneficio de la República literaria, se ha esforzado á dar una edicion que llevase la ventaja á quantas hasta ahora se han hecho en nuestro pais y en los extrangeros, tanto por la correccion del texto, como por los demas adornos. En aquella se ha seguido el del Autor segun su primera edicion que se hizo baxo su mano: y para mayor puntualidad se ha tenido presente el mismo original, que nos franqueó generosamente el difunto Bibliotecario mayor de S. M. Don Juan de Santander y Zorrilla. Los Mapas de México y de su gran Laguna los ha formado

Don Tomas Lopez, Geógrafo del Rey, é Individuo de la Real Academia de la Historia. Los retratos de Cortés y Solís se han tomado de buenos originales, y grabádose por escogidos artífices con la excelencia y primor que ellos mismos manifiestan. Las demas estampas estan executadas con la mayor propiedad que ha sido posible: y las cabeceras y remates tienen sus alusiones acomodadas á la materia contenida en el libro.

Aunque solo la *Conquista de Nueva España* ha sido bastante para inmortalizar el nombre de Solís, no debemos pasar por alto la noticia de otros escritos suyos, de que hablarémos despues de hacer una breve reseña de su vida y empleos.

Nació este esclarecido Varon en Alcalá de Henares, fecunda madre en todos tiempos de grandes, y fué bautizado en la Iglesia Magistral á 28 de Octubre de 1610. Tuvo por padres al Lic. Juan Gerónimo de Solís Ordoñez, y Doña Ana Maria de Ribadeneyra, natural aquel de Albalate de las Nogueras, Villa del Obispado de Cuenca, y esta de Toledo. Ya desde sus primeros estudios en la Gramática y Retórica descubrió un ingenio agudo y formado por la naturaleza para la Poesía. Concluida allí la Dialectica, que es la llave maestra de las demas ciencias, pasó á la insigne Universidad de Salamanca á estudiar ambos Derechos, sin duda por juzgar aquel teatro mas capaz para hacer ostentacion de sus admirables talentos. Con efecto,

desde entónces empezaron á lucir notablemente; pues hallándose aun en la edad de 17 años, en los ratos ociosos que le dexaban los estudios mayores, compuso la ingeniosa Comedia intitulada *Amor y Obligacion*.

A los 26 años se dedicó á la Filosofía Moral y á la Política. En aquella aprendió las sabias máximas que supo practicar en el discurso de su vida, honesta siempre y exemplar; y en esta las preciosísimas sentencias que á cada paso se admiran oportunamente sembradas en sus escritos, como riquísimas perlas que les dan mucho realce; siendo lo mas admirable que en todas se descubre un Político Christiano, y un Filósofo muy distinto de los que en nuestros tiempos se arogan este carácter para vomitar con mas desahogo su veneno contra la Religion, los Soberanos y la Sociedad; y á la verdad no son mas que unos prevaricadores ignorantes y maliciosos.

La fama que se habia ya difundido por todas partes de los estudios de Solís, le adquirió el patrocinio del Conde de Oropesa Don Duarte de Toledo y Portugal, quien, conociendo á fondo sus grandes prendas, le hizo su Secretario, siendo Virey de Navarra, y despues de Valencia. La pulidez, urbanidad y discrecion que brilla en las cartas que se han conservado de Solís, nos aseguran quan acertada fué la eleccion, y quan ventajosamente sabria este desempeñarla, y aun ayudar

á su Mecenas con sus consejos y sabias ideas: fruto que pueden prometerse los que buscan al merito, y no á los que, sin él, se presentan á solicitar los empleos.

Para festejar en Pamplona el nacimiento del Conde de Oropesa Don Manuel Joaquin Alvarez de Toledo y Portugal, escribió en aquella Ciudad en 1642 la Comedia de *Eurídice y Orféo*, que tuvo particular aplauso.

Informado el Rey Don Felipe IV., estimador de los grandes sugetos, del mérito literario de Solís, le honró con la merced de Oficial de la Secretaría de Estado y de su Secretario, la que trasladó á un allegado suyo, sin disgustar al Rey. La Reyna Madre le repitió la misma honra en 1661 y le añadió la de Cronista mayor de Indias por muerte de Antonio de Leon Pinelo, Autor de la *Biblióteca Oriental*, de otros escritos curiosos y eruditos.

Desengañado nuestro Don Antonio de las vanidades del mundo, que en el corazon de un Sabio rara vez suelen echar profundas raices, se dedicó al Estado Sacerdotal, cumplidos ya los 57 años, celebró la primera Misa en la casa del Noviciado de la Compañía de esta Corte. Desde entónces abrazó un género de vida perfectísimo, y se alistó entre los Congregantes de Nuestra Señora del Destierro, que se venera en el Convento de Santa Ana de Madrid, de la Orden de San Bernardo.

Aunque se habia criado en el regazo de las Musas, no quiso ya mas recrearse en las delicias de la Poesía, aun en asuntos honestos; y así fueron inútiles los esfuerzos que le hicieron para que tomáse á su cargo la composicion de los Autos Sacramentales, por la muerte acaecida en 1681 de Don Pedro Cálderon de la Barca, ingenio fecundísimo, y superior en la invencion á los Cómicos antiguos, pero ocupado del mal gusto que prevalecia en su siglo en el género dramático. A este mismo escrúpulo de Solis debe atribuirse el no haber concluido siquiera la primera jornada de la Comedia *Amor es arte de amar*, que tal vez hubiera merecido el primer lugar entre las suyas.

Entre piadosos exercicios, y suavísimos pensamientos de la eternidad acabó la gloriosa carrera de su vida nuestro Solís* Viernes 19 de Abril de 1686 á los 76 años, 8 meses y un dia de edad: y se enterró† en la Capilla de la Congregacion del

* En los libros de finados de la Parroquia de San Martin se lee la partida siguiente: *El Licenciado Don Antonio de Solís, Presbytero, murió en* 19 *de Abril de* 1686, *calle ancha de San Bernardo, pasadas las peñuelas. Recibió los santos Sacramentos: dió poder para testar al Señor Don Alonso Carnero, Secretario de Estado, Presidente de Italia. Testamentarios los Excelentísimos Condes de Oropesa, y el dicho Don Alonso. Heredera su Alma: señaló mil Misas á* 3 *reales: enterróse en San Bernardo.*

† Tiene sobre su lápida la siguiente inscripcion: *Aquí yace Don Antonio de Solís, Cronista mayor de las Indias, Se-*

Destierro, ocupando su lugar en el empleo de Cronista de Indias Don Pedro Fernandez del Pulgar, continuador de las *Decadas* de Antonio de Herrera que se conservan manuscritas en la Real Biblioteca de Madrid, y publicó la *Historia de Palencia,* adornada de graciosos documentos.

Dexónos Solís muchos frutos de su gallardo entendimiento. Antes que se diese á luz la *Historia de México,* se publicaron en un tomo en 4. en Madrid, año de 1681 nueve *Comedias,* cuyos titulos son:

Triunfos de Amor y Fortuna, con Loa y Entremeses;

Eurídice y Orféo;

El Amor al uso;

El Alcázar del Secreto;

Las Amazonas;

El Doctor Carlino;

Un Bobo hace ciento, con Loa;

La Gitanilla de Madrid;

Amparar al enemigo.

De ellas dice juiciosamente Mayans que, si se hubiesen trabajado segun los preceptos rigurosos del arte Cómica, hubieran logrado entera aprobacion de los juicios mas críticos; pues resplandece

cretario del Excelentísimo Señor Conde de Oropesa, y de la Magestad de Felipe IV. y su Oficial segundo de su Secretaría de Estado. Falleció á 19 *dias del mes de Abril del año de* 1686, *de edad de* 76 *años.*

en ellas una invencion ingeniosa, pureza de estilo, gracia sin afectacion, y singular destreza en el jugar de los vocablos con agudos equívocos segun la costumbre de aquellos tiempos.

En 1692 se publicaron en Madrid las *Poesías varias, sagradas y profanas* de Solís; y aunque no lograron la última mano de su Autor, sin duda porque no las habia destinado para la prensa, merecen no poco aprecio por la facilidad, discrecion y agudos conceptos que en ellas se hallan. En 1732 se volvieron á imprimir en esta Corte.

Don Juan de Goyeneche, que publicó las Poesías, nos asegura que nuestro Autor tenia empezada la segunda parte de la *Historia de Nueva España*, que no le dexó concluir su muerte. No faltó quien se atreviese á querer llenar este hueco, publicando un tomo en folio con estilo tan barbaro que ha merecido el desprecio universal de los hombres doctos.

Dexó Solís una gran copia de Cartas. Mayáns publicó algunas entre las que recogió de varios Autores, y se han impreso varias veces, con una breve noticia de este elegante ingenio: y atestigua que ocultaba otras en Madrid la avaricia enemiga del mayor aumento y esplendor de la lengua Española. Es intolerable la ambicion de algunos en obscurecer los trabajos agenos: se creen riquísimos en poseer unos tesoros que ellos solos pue-

den disfrutar; y no se cuidan del agravio que hacen á la fama de los Autores, y á la República literaria, á quien defraudan de la gloria que pudiera resultarla. Oxala mudasen de dictámen, y consideráran quanta mayor honra adquiririan haciendo comun el beneficio.

En los MSS. de la Real Academia de la Historia hay copia de dos eruditos *Discursos* de Solís *sobre la linea vulgarmente llamada de la Demarcacion* entre los dominios de Españoles y Portugueses en Indias, dirigidos á Don Francisco Fernandez de Madrigal, el primero en 8 de Octubre, y el segundo en 15 del mismo mes y año de 1680, dignos ambos de que no se sepulten en el olvido.

Se habia pensado, quando se publicó la noticia de la Subscripcion á la presente obra, añadir algunas notas que ilustrasen los lugares que tuviesen necesidad de mayor explicacion, especialmente en lo tocante á la religion y ritos de los antiguos Mexicanos, y algunos puntos de Historia y Geografía: pero despues ha parecido mas conveniente omitirlas; pues estándose ya trabajando de órden del Rey, y baxo la sabia y eficaz direccion de su Secretario de Estado y del Despacho universal de Indias Don Joseph de Gálvez, persona no ménos respetable por sus altos empleos que por su talento, prudencia y amor á las letras, en el reconocimiento de Archivos y Biblioteca de España, y

tambien de Indias, para juntar todos los documentos Escritos conducentes á formar la Historia de aquellos vastos dominios con la mayor fidelidad y extension en todos sus ramos, entónces podrá executarlo mas facilmente qualquiera con las luces que subministrarán los nuevos descubrimientos, y la execucion de tan importante designio *.

* Tambien ha publicado en Italiano en 4. tomos en 4to. la Historia de México el Abate Don Francisco Xavier Clavigero, habiendo disfrutado muchos manuscritos que se conservaban en las librerías de aquella Capital, y de que da puntual noticia al principio del Tomo I. y sabemos que el Autor la está traduciendo en Español, y que se publicará en esta misma oficina con igual magnificencia y esmero que la presente obra.

Á LOS QUE LEYEREN.

PUSE al principio de la Historia su introduccion ó proemio, como lo estilaron los Antiguos, donde tuvieron su lugar los motivos que me obligaron á escribirla, para defenderla de algunas equivocaciones que padeció en sus primeras noticias esta empresa: tratada en la verdad con poca reflexîon de nuestros Historiadores, y perseguida siempre de los extrangeros, que no pueden sufrir la gloria de nuestra Nacion, ni acaban de conocer lo que obran contra sí en estas cavilaciones; pues descubren la flaqueza de su emulacion, y ordinariamente queda mejor el envidiado.

Es la Conquista de Nueva España uno de los mayores argumentos que celebra el mundo en sus Anales; pero esta grandeza pedia igual Historiador, y me desalienta hoy, poniéndome á la vista los peligros de mi pluma. Contentaréme con que no pierdan lo admirable y lo heróyco los sucesos que refiero: y en lo demas dexo toda su libertad á la censura; pues me hallo en edad que pudiera

temer los aplausos como enemigos de los desengaños.

Los adornos de la eloqüencia son accidentes en la Historia, cuya substancia es la verdad, que, dicha como fué, se dice bien: siendo la puntualidad de la noticia la mejor elegancia de la narracion. Con este conocimiento he puesto en la certidumbre de lo que refiero mi principal cuidado. Exâmen que algunas veces me volvió á la tarea de los libros y papeles: porque hallando en los sucesos, ó en sus circunstancias, discordantes, con notable oposicion, á nuestros mismos Escritores, me ha sido necesario buscar la verdad con poca luz, ó conjeturarla de lo mas verisímil; pero digo entónces mi reparo: y si llego á formar opinion, conozco la flaqueza de mi dictámen, y dexo lo que afirmo al arbitrio de la razon.

Esta discordancia de los Autores me ha puesto en el empeño de impugnar á los de contrario sentir; pero solo en aquella parte que no se pudo excusar, dexándolos en lo demas con toda la estimacion que se debió á su diligencia: porque nunca fuí tan ingenioso en ageno libro, que me pareciese bastante un descuido para destruir un arti-

fice: particularmente quando en las primeras noticias que vinieron de las Indias, anduvo la verdad algo achacosa, y poco recatado el credito de las relaciones: siendo cierto que, donde, salió verdadero un Nuevo Mundo, pudo abrazarse lo ménos creible sin demasiada credulidad.

En quanto al estílo que deben seguir los Historiadores (consista su fábrica ó su acierto en la eleccion de las voces, ó en la colocacion de las palabras, ó en la formacion de los periodos) he deseado gobernarme por lo que observaron los Autores de mayor nota, ciñéndome á los términos mas rigurosos de la lengua Castellana, capaz, en mi sentir, de toda la propiedad que corresponde á la esencia de las cosas, y de todo el ornato que alguna vez es necesario para endulzar lo útil de la oracion.

A tres géneros de darse á entender con las palabras reducen los Eruditos el carácter, ó el estílo de que se puede usar en diferentes facultades: y todos caben, ó son permitidos en la Historia. El humilde ó familiar, que se usa en las cartas ó en la conversacion, pertenece á la narracion de los sucesos. El moderado, que prescribe á los Ora-

dores, se debe seguir en los razonamientos que algunas veces se introducen para dar á entender el fundamento de las resoluciones. Y el sublime, ó mas elevado, que solo es peculiar á los Poëtas, se puede introducir con la debida moderacion en las descripciones, que son como unas pinturas ó dibujos de las provincias ó lugares donde sucedió lo que se refiere, y necesitan de algunos colores para la informacion de los ojos.

No presumo de haberme sabido entender con estas diferencias del estílo: que hay mucho que andar entre la especulacion y la práctica; pero hice mis esfuerzos para caminar sobre las mejores huellas, y confieso, para confusion mia, que tuve intento de imitar á Tito Livio: inclinacion que, á pocas líneas, me dió con la dificultad en los ojos, y me volví naturalmente al desaliño de mis locuciones: entrando en conocimiento de que no puede haber perfecta imitacion en el estílo de los hombres; porque cada uno habla y escribe con alguna diferencia de los otros, y tiene su propio dialecto para darse á entender con no sé que distincion, que solo se conoce quando se compara. Providencia maravillosa de la naturaleza, que puso

en el decir algunas señas que diferencien los sugetos: hallando cierto género de armonía en lo que importan al mundo estas y otras desemejanzas.

En el estílo, pues, que me señaló esta gran maestra, escribí la Historia que sale hoy á luz, temiendo hallar esta misma desemejanza en los juicios humanos; pero cumplo como puedo con la profesion de Cronista que me puso la pluma en la mano, y quedaria satisfecho con no desagradar á todos: tan lejos estoy de hacer por mi fama, lo que obré por mi obligacion. Recibanse benignamente, como necesarios á la introduccion de la Historia, estos presupuestos de mi ingenuidad: y sobre todo imploro la benevolencia de los que leyeren este libro, para que me sean testigos de que no hay en él palabra ó sentencia que no vaya sujeta enteramente á la correccion de la santa Iglesia Católica Romana, á cuyo infallible dictámen rindo mi entendimiento, confesando que pudo errar la ignorancia sin noticia de la voluntad.

HISTORIA

De la Conquista, Poblacion y Progresos de la América Septentrional,

CONOCIDA POR EL NOMBRE DE NUEVA ESPAÑA.

LIBRO I.

CAPITULO PRIMERO.

Motivos que obligan á tener por necesario que se divida en diferentes partes la Historia de las Indias, para que pueda comprehenderse.

Duró algunos dias en nuestra inclinacion el intento de continuar la Historia general de las Indias occidentales, que dexó el cronista Antonio de Herrera en el año mil quinientos cincuenta y quatro de la Reparacion humana: y perseverando en este animoso dictamen lo que tardó en descubrirse la dificultad, hemos leído con diligente observacion lo que ántes y despues de sus Décadas escribieron de aquellos descubrimientos y conquistas diferentes plumas naturales y extrangeras.

Pero como las regiones de aquel nuevo mundo son tan distantes de nuestro hemisferio, hallamos en los autores extrangeros grande osadia, y no menor malignidad para inventar lo que quisieron contra nuestra Nacion, gastando libros enteros en culpar lo que erraron algunos, para deslucir lo que acertaron todos; y en los naturales poca uniformidad y concordia en la narracion de los sucesos: conociéndose en esta diversidad de noticias aquel peligro ordinario de la verdad, que suele desfigurarse quando viene de lexos, degenerando de su ingenuidad todo aquello que se aparta de su orígen.

La obligacion de redargüir á los primeros, y el deseo de conciliar á los segundos, nos ha detenido en buscar papeles, y esperar relaciones que den fundamento y razon á nuestros escritos: trabajo deslucido, pues sin dexarse ver del mundo, consume obscuramente el tiempo y el cuidado; pero trabajo necesario, pues ha de salir de esta confusion y mezcla de noticias pura y sencilla la verdad, que es el alma de la Historia: siendo este cuidado en los escritores semejante al de los arquitectos, que amontonan primero que fabriquen, y forman despues la execucion de sus ideas del embrion de los materiales, sacando poco á poco de entre el polvo y la confusion de la oficina la hermosura y la proporcion del edificio.

Pero llegando á lo estrecho de la pluma con mejores noticias, hallamos en la Historia general

tanta multitud de cabos pendientes, que nos pareció poco ménos que imposible (culpa será de nuestra comprehension) el atarlos, sin confundirlos. Consta la Historia de las Indias de tres acciones grandes, que pueden competir con las mayores que han visto los siglos: porque los hechos de Christoval Colon en su admirable navegacion, y en las primeras empresas de aquel nuevo mundo; lo que obró Hernan Cortés con el consejo y con las armas en la conquista de Nueva España, cuyas vastas regiones duran todavia en la incertidumbre de sus términos; y lo que se debió á Francisco Pizarro, y trabajaron los que le sucedieron en sojuzgar aquel dilatadísimo imperio de la América meridional, teatro de varias tragedias y extraordinarias novedades, son tres argumentos de Historias grandes compuestas de aquellas ilustres hazañas, y admirables accidentes de ambas fortunas, que dan materia digna á los anales, agradable alimento á la memoria, y utiles exemplos al entendimiento y al valor de los hombres. Pero en la Historia general de las Indias, como se hallan mezclados entre sí los tres argumentos, y qualquiera de ellos con infinidad de empresas menores, no es fácil reducirlos al contexto de una sola narracion, ni guardar la serie de los tiempos, sin interrumpir y despedazar muchas veces lo principal con lo accesorio.

Quieren los maestros del arte que en las transi-

ciones de la Historia (así llaman el paso que se hace de unos sucesos á otros) se guarde tal conformidad de las partes con el todo, que ni se haga monstruoso el cuerpo de la Historia con la demasia de los miembros, ni dexe de tener los que son necesarios para conseguir la hermosura de la variedad; pero deben estar, segun su doctrina, tan unidos entre sí, que ni se vean las ataduras, ni sea tanta la diferencia de las cosas, que se dexe conocer la desemejanza, ó sentir la confusion. Y este primor de entretexer los sucesos, sin que parezcan los unos digresiones de los otros, es la mayor dificultad de los historiadores: porque si se dan muchas señas del suceso que se dexó atrasado, quando le vuelve á recoger la narracion, se incurre en el inconveniente de la repeticion y de la prolixidad; y si se dan pocas, se tropieza en la obscuridad y en la desunion: vicios que se deben huir con igual cuidado, porque destruyen los demás aciertos del escritor.

Este peligro comun de todas las Historias generales es mayor, y casi imposible de vencer en la nuestra: porque las Indias occidentales se componen de dos monarquías muy dilatadas, y estas de infinidad de provincias y de innumerables islas, dentro de cuyos límites mandaban diferentes Régulos ó Caciques, unos dependientes y tributarios de los dos Emperadores de México y del Perú, y otros, que amparados en la distancia, se defendian

de la sujecion. Todas estas provincias, ó reynos pequeños, erān diferentes conquistas con diferentes conquistadores. Traíanse entre las manos muchas empresas á un tiempo: salian á ellas diversos capitanes de mucho valor, pero de pocas señas: llevaban á su cargo unas tropas de soldados, que se llamaban exercitos, y no sin alguna propiedad, por lo que intentaban, y por lo que conseguian: peleábase en estas expediciones con unos Príncipes, y en unas provincias y lugares de nombres exquisitos, no solo dificultosos á la memoria, sinó á la pronunciacion: de que nacia el ser freqüentes y obscuras las transiciones, y el peligrar en su abundancia la narracion, hallándose el historiador obligado á dexar y recoger muchas veces los sucesos menores, y el lector á volver sobre los que dexó pendientes, ó á tener en pesado exercicio la memoria.

No negamos que Antonio de Herrera, escritor diligente, á quien no solo procurarémos seguir, pero querriamos imitar, trabajó con acierto, una vez elegido el empeño de la Historia general; pero no hallamos en sus Décadas todo aquel desahogo y claridad de que necesitan para comprehenderse; ni podria darsele mayor, habiendo de acudir con la pluma á tanta muchedumbre de acaecimientos, dexándolos, y volviendo á ellos segun el arbitrio del tiempo, y sin pisar alguna vez la linea de los años.

CAPITULO II.

Tocanse las razones que han obligado á escribir con separacion la Historia de la América septentrional, ó Nueva España.

NUESTRO intento es sacar de este laberinto, y poner fuera de esta obscuridad á la Historia de Nueva España, para escribirla separadamente, franqueándola, si cupiere tanto en nuestra cortedad, de modo que en lo admirable de ella se dexe hallar sin violencia la suspension, y en lo útil se logre sin desabrimiento la enseñanza. Y nos hallamos obligados á elegir este de los tres argumentos que propusimos : porque los hechos de Christoval Colon, y las primeras conquistas de las Islas y el Darien, como no tuvieron otros sucesos en que mezclarse, estan escritas con felicidad y bastante distincion en la primera y segunda Década de Antonio de Herrera ; y la Historia del Perú anda separada en los dos tomos que escribió Garcilaso Inga, tan puntual en las noticias, y tan suave y ameno en el estilo, segun la elegancia de su tiempo, que culpariamos de ambicioso al que intentase mejorarle, alabando mucho al que supiese imitarle para proseguirle. Pero la Nueva España, ó

está sin Historia que merezca este nombre, ó necesita de ponerse en defensa contra las plumas que se encargaron de su posteridad.

Escribióla primero Francisco Lopez de Gómara con poco exâmen y puntualidad: porque dice lo que oyó, y lo afirma con sobrada credulidad, fiándose tanto de sus oídos como pudiera de sus ojos, sin hallar dificultad en lo inverisímil, ni resistencia en lo imposible.

Siguióle en el tiempo y en alguna parte de sus noticias Antonio de Herrera: y á este Bartholomé Leonardo de Argensola, incurriendo en la misma desunion, y con menor disculpa, porque nos dexó los primeros sucesos de esta conquista entretexidos y mezclados en sus Anales de Aragon, tratándolos como accesorios y traidos de lexos al propósito de su argumento. Escribió lo mismo que halló en Antonio de Herrera, con mejor caracter, pero tan interrumpido y ofuscado con la mezcla de otros acaecimientos, que se disminuye en las digresiones lo heroico del asunto, ó no se conoce su grandeza, como se mira de muchas veces.

Salió despues una Historia particular de Nueva España, obra póstuma de Bernal Diaz del Castillo, que sacó á luz un religioso de la órden de nuestra Señora de la Merced, habiéndola hallado manuscrita en la librería de un ministro grande y erudito, donde estuvo muchos años retirada, quizá por los inconvenientes que al tiempo que se im-

primió se perdonaron, ó no se conocieron. Pasa hoy por Historia verdadera, ayudándose del mismo desaliño y poco adorno de su estilo para parecerse á la verdad, y acreditar con algunos la sinceridad del escritor; pero aunque le asiste la circunstancia de haber visto lo que escribió, se conoce de su misma obra que no tuvo la vista libre de pasiones, para que fuese bien gobernada la pluma. Muéstrase tan satisfecho de su ingenuidad, como quejoso de su fortuna: andan entre sus renglones muy descubiertas la envidia y la ambicion: y paran muchas veces estos afectos destemplados en quejas contra Hernan Cortés, principal heroe de esta Historia, procurando penetrar sus designios, para deslucir y emendar sus consejos, y diciendo muchas veces como infalible, no lo que ordenaba y disponia su capitan, sino lo que murmuraban los soldados: en cuya república hay tanto vulgo como en las demas; siendo en todas de igual peligro que se permita el discurrir á los que nacieron para obedecer.

Por cuyos motivos nos hallamos obligados á entrar en este argumento, procurando desagraviarle de los embarazos que se encuentran en su contexto, y de las ofensas que ha padecido su verdad. Valdrémonos de los mismos autores que dexamos referidos en todo aquello que no hubiere fundamento para desviarnos de lo que escribieron; y nos servirémos de otras relaciones y papeles

particulares, que hemos juntado, para ir formando, con eleccion desapasionada, de lo mas fidedigno nuestra narracion, sin referir de propósito lo que se debe suponer, ó se halla repetido; ni gastar el tiempo en las circunstancias menudas, que ó manchan el papel con lo indecente, ó le llenan de lo ménos digno, atendiendo mas al volúmen que á la grandeza de la Historia. Pero ántes de llegar á lo inmediato de nuestro empeño, será bien que digamos en qué postura se hallaban las cosas de España quando se dió principio á la conquista de aquel nuevo mundo, para que se vea su principio primero que su aumento, y sirva esta noticia de fundamento al edificio que emprehendemos.

CAPITULO III.

Refiérense las calamidades que se padecian en España quando se puso la mano en la conquista de Nueva España.

Corria el año de mil y quinientos y diez y siete, digno de particular memoria en esta Monarquía, no ménos por sus turbaciones, que por sus felicidades. Hallábase á la sazon España combatida por todas partes de tumultos, discordias y parcialidades, congojada su quietud con los males

internos que amenazaban su ruina, y durando en su fidelidad mas como reprimida de su propia obligacion, que como enfrenada y obediente á las riendas del gobierno; y al mismo tiempo se andaba disponiendo en las Indias occidentales su mayor prosperidad con el descubrimiento de otra Nueva España, en que no solo se dilatasen sus términos, sinó se renovàse y duplicáse su nombre. Asi juegan con el mundo la fortuna y el tiempo: y así se suceden, ó se mezclan con perpétua alternacion los bienes y los males.

Murió en los principios del año antecedente el Rey Don Fernando el Católico: y desvaneciéndose con la falta de su artífice las lineas que tenia tiradas para la conservacion y acrecentamiento de sus estados, se fué conociendo poco á poco en la turbacion y desconcierto de las cosas públicas la gran pérdida que hicieron estos Reynos; al modo que suele rastrearse por el tamaño de los effectos la grandeza de las causas.

Quedó la suma del gobierno á cargo del Cardenal Arzobispo de Toledo Don Fray Francisco Ximenez de Cisneros, varon de espíritu resuelto, de superior capacidad, de corazon magnánimo, y en el mismo grado religioso, prudente y sufrido, juntándose en él, sin embarazarse con su diversidad, estas virtudes morales, y aquellos atributos heroycos; pero tan amigo de los aciertos, y tan activo en la justificacion de sus dictámenes, que perdia

muchas veces lo conveniente, por esforzar lo mejor; y no bastaba su zelo á corregir los ánimos inquietos, tanto como á irritarlos su integridad.

La Reyna Doña Juana, hija de los Reyes Don Fernando y Doña Isabel, á quien tocaba legitimamente la sucesion del Reyno, se hallaba en Tordesillas retirada de la comunicacion humana, por aquel accidente lastimoso que destempló la armonía de su entendimiento, y del sobrado aprehender, la truxo á no discurrir, ó á discurrir desconcertadamente en lo que aprehendia.

El Príncipe Don Carlos, primero de este nombre en España, y quinto en el Imperio de Alemania, á quien anticipó la corona el impedimento de su madre, residia en Flandes: y su poca edad, que no llegaba á los diez y siete años, el no haberse criado en estos Reynos, y las noticias que en ellos habia de quan apoderados estaban los ministros Flamencos de la primera inclinacion de su adolescencia, eran unas circunstancias melancólicas que le hacian poeo deseado aun de los que le esperaban como necesario.

El Infante Don Fernando su hermano se hallaba, aunque de ménos años, no sin alguna madurez, desabrido de que el Rey Don Fernando su avuelo no le dexáse en su último testamento nombrado por principal Gobernador de estos Reynos, como lo estuvo en el antecedente que se otorgó en Burgos: y aunque se esforzaba á con-

tenerse dentro de su propia obligacion, ponderaba muchas veces, y oía ponderar lo mismo á los que le asistian, que el no nombrarle pudiera pasar por disfavor hecho á su poca edad; pero que el excluirle despues de nombrado era otro género de inconfidencia que tocaba en ofensa de su persona y dignidad: con que se vino á declarar por mal satisfecho del nuevo gobierno, siendo sumamente peligroso para descontento, porque andaban los ánimos inquietos; y por su afabilidad, y ser nacido y criado en Castilla, tenia de su parte la inclinacion del pueblo, que, dado el caso de la turbacion, como se rezelaba, le habia de seguir, sirviéndose para sus violencias del movimiento natural.

Sobrevino á este embarazo otro de no menor cuerpo en la estimacion del Cardenal: porque el Dean de Lovaina Adriano Florencio, que fué despues Sumo Pontífice, sexto de este nombre, habia venido desde Flandes con título y apariencias de Embaxador al Rey Don Fernando; y luego que sucedió su muerte, manifestó los poderes que tenia ocultos del Príncipe Don Carlos, para que en llegando este caso, tomáse posesion del Reyno en su nombre, y se encargáse de su gobierno: de que resultó una controversia muy reñida sobre si este poder habia de prevalecer, y ser de mejor calidad que el que tenia el Cardenal. En cuyo punto discurrian los políticos de aquel tiempo con poco

recato, y no sin alguna irreverencia, vistiéndose en todos el discurso del color de la intencion. Decian los apasionados de la novedad, que el Cardenal era Gobernador nombrado por otro Gobernador, pues el Rey Don Fernando solo tenia este título en Castilla despues que murió la Reyna Doña Isabel. Replicaban otros de no menor atrevimiento (porque caminaban á la exclusion de entrambos) que el nombramiento de Adriano padecia el mismo defecto: porque el Príncipe D. Carlos, aunque estaba asistido de la prerogativa de heredero del Reyno, solo podia, viviendo la Reyna Doña Juana su madre, usar de la facultad de Gobernador de la misma suerte que la tuvo su avuelo: con que dexaban á los Príncipes incapaces de poder comunicar á sus magistrados aquella suprema potestad que falta en el Gobernador, por ser inseparable de la persona del Rey.

Pero reconociendo los dos Gobernadores que estas disputas se iban encendiendo con ofensa de la Magestad, y de su misma jurisdiccion, trataron de unirse en el gobierno: sana determinacion, si se conformáran los genios; pero discordaban, ó se compadecian mal la entereza del Cardenal con la mansedumbre de Adriano, inclinado el uno á no sufrir compañero en sus resoluciones, y acompañándolas el otro con poca actividad, y sin noticia de las leyes y costumbres de la Nacion. Produxo este imperio dividido la misma division

en los subditos; con que andaba parcial la obediencia, y desunido el poder, obrando esta diferencia de impulsos en la república lo que obrarian en la nave dos timones, que aun en tiempo de bonanza formarian de su propio movimiento la tempestad.

Conociéronse muy presto los efectos de esta mala constitucion, destemplándose enteramente los humores mal corregidos de que abundaba la república. Mandó el Cardenal (y necesitó de poca persuasion para que viniese en ello su compañero) que se armasen las ciudades y villas del Reyno, y que cada una tuviese alistada su milicia, exercitando la gente en el manejo de las armas, y en la obediencia de sus cabos; para cuyo fin señaló sueldos á los Capitanes, y concedió exênciones á los soldados. Dicen unos que miró á su propia seguridad; y otros que á tener un nervio de gente con que reprimir el orgullo de los Grandes. Pero la experiencia mostró brevemente que en aquella sazon no era conveniente este movimiento: porque los Grandes y Señores heredados (brazo dificultoso de moderar en tiempos tan revueltos) se dieron por ofendidos de que se armasen los pueblos, creyendo que no carecia de algun fundamento la voz que habia corrido de que los Gobernadores querian exâminar con esta fuerza reservada el orígen de sus señorios, y el fundamento de sus alcavalas. Y en los mismos

pueblos se experimentaron diferentes efectos: porque algunas ciudades alistaron su gente, hicieron sus alardes, y formaron su escuela militar; pero en otras se miraron estos remedos de la guerra como pension de la libertad, y como peligros de la paz: siendo en unas y otras igual el inconveniente de la novedad; porque las ciudades que se dispusieron á obedecer, supieron la fuerza que tenian para resistir; y las que resistieron se hallaron con la que habian menester para llevarse tras sí á las obedientes, y ponerlo todo en confusion.

CAPITULO IV.

Etado en que se hallaban los Reynos distantes, y las Islas de la América, que ya se llamaban Indias occidentales.

No padecian á este tiempo ménos que Castilla los demas dominios de la Corona de España, donde apenas hubo piedra que no se moviese, ni parte donde no se temiese con alguna razon el desconcierto de todo el edificio.

Andalucía se hallaba oprimida y asustada con la guerra civil que ocasionó Don Pedro Giron, hijo del Conde de Ureña, para ocupar los Estados del Duque de Medina Sidonia, cuya sucesion preten-

dia por Doña Mencía de Guzman su muger, poniendo en el juicio de las armas la interpretacion de su derecho, y autorizando la violencia con el nombre de la justicia.

En Navarra se volvieron á encender impetuosamente aquellas dos parcialidades Beamontesa y Agramontesa, que hicieron insigne su nombre á costa de su patria. Los Beamonteses, que seguian la voz del Rey de Castilla, trataban como defensa de la razon la ofensa de sus enemigos; y los Agramonteses, que, muerto Juan de Labrit y la Reyna Doña Catalina, aclamaban al Príncipe de Bearne su hijo, fundaban su atrevimiento en las amenazas de Francia, siendo unos y otros dificultosos de reducir, porque andaba en ambos partidos el odio envuelto en apariencias de fidelidad; y mal colocado el nombre del Rey, servia de pretexto á la venganza y á la sedicion.

En Aragon se movieron qüestiones poco seguras sobre el gobierno de la Corona, que por el testamento del Rey Don Fernando quedó encargado al Arzobispo de Zaragoza Don Alfonso de Aragon su hijo, á quien se opuso, no sin alguna tenacidad, el Justicia Don Juan de Lanuza, con dictámen, ó verdadero ó afectado, de que no convenia para la quietud de aquel Reyno que residiese la potestad absoluta en persona de tan altos pensamientos; de cuyo principio resultaron otras disputas, que corrian entre los Nobles como suti-

lezas de la fidelidad; y pasando á la rudeza del pueblo, se convirtieron en peligros de la obediencia y de la sujecion.

Cataluña y Valencia se abrasaban en la natural inclemencia de sus bandos, que no contentos con la jurisdiccion de la campaña, se apoderaban de los pueblos menores, y se hacian temer de las ciudades con tal insolencia y seguridad, que turbado el órden de la república, se escondian los Magistrados, y se celebraba la atrocidad, tratándose como hazañas los delitos, y como fama la miserable posteridad de los delinqüentes.

En Nápoles se oyeron con aplauso las primeras aclamaciones de la Reyna Doña Juana y el Príncipe Don Carlos; pero entre ellas mismas se esparció una voz sediciosa, de incierto orígen, aunque de conócida malignidad.

Deciase que el Rey Don Fernando dexaba nombrado por heredero de aquel Reyno al Duque de Calabria detenido entónces en el castillo de Xátiva. Y esta voz, que se desestimó dignamente á los principios, baxó como despreciada á los oídos del vulgo, donde corrió algunos dias con recato de murmuracion; hasta que tomando cuerpo en el misterio con que se fomentaba, vino á romper en alarido popular, y en tumulto declarado, que puso en congoja mas que vulgar á la Nobleza, y á todos los que tenian la parte de la razon y de la verdad.

En Sicilia tambien tomó el pueblo las armas contra el Virrey Don Hugo de Moncada con tanto arrojamiento, que le obligó á dexar el Reyno en manos de la plebe, cuyas inquietudes llegaron á echar mas hondas raíces que las de Nápoles, porque las fomentaban algunos Nobles, tomando por pretexto el bien público (que es el primer sobrescrito de las sediciones) y por instrumento al pueblo, para executar sus venganzas, y pasar con el pensamiento á los mayores precipicios de la ambicion.

No por distantes se libraron las Indias de la mala constitucion del tiempo, que á fuerza de influencia universal alcanzó tambien á las partes mas remotas de la Monarquía. Reduciase entónces todo lo conquistado de aquel nuevo mundo á las quatro Islas de Santo Domingo, Cuba, San Juan de Puerto Rico y Jamayca, y á una pequeña parte de Tierra Firme, que se habia poblado en el Darien á la entrada del golfo de Urába, de cuyos términos constaba lo que se comprehendia en este nombre de las Indias occidentales. Llamáronlas así los primeros Conquistadores solo porque se parecian aquellas regiones en la riqueza y en la distancia á las orientales, que tomaron este nombre del rio Indo que las baña. Lo demas de aquel Imperio consistia no tanto en la verdad, como en las esperanzas que se habian concebido de diferentes descubrimientos y

entradas que hicieron nuestros Capitanes con varios sucesos, y con mayor peligro que utilidad; pero en aquello poco que se poseía estaba tan olvidado el valor de los primeros Conquistadores, y tan arraigada en los ánimos la codicia, que solo se trataba de enriquecer, rompiendo con la conciencia y con la reputacion: dos frenos sin cuyas riendas queda el hombre á solas con su naturaleza, y tan indómito y feroz en ella como los brutos mas enemigos del hombre. Ya solo venian de aquellas partes lamentos y querellas de lo que allí se padecia. El zelo de la Religion y la causa pública cedian enteramente su lugar al interes y al antojo de los particulares: y al mismo paso se iban acabando aquellos pobres Indios, que gemian debaxo del peso, anhelando por el oro para la avaricia agena, obligados á buscar con el sudor de su rostro lo mismo que despreciaban, y á pagar con su esclavitud la ingrata fertilidad de su patria.

Pusieron en gran cuidado estos desórdenes al Rey Don Fernando, y particularmente la defensa y conversion de los Indios, que fué siempre la principal atencion de nuestros Reyes; para cuyo fin formó instrucciones, promulgó leyes, y aplicó diferentes medios, que perdian la fuerza en la distancia, al modo que la flecha se dexa caer á vista del blanco, quando se aparta sobradamente del brazo que la encamina. Pero

sobreviniendo la muerte del Rey ántes que se logrâse el fruto de sus diligencias, entró el Cardenal con grandes veras en la sucesion de este cuidado, deseando poner de una vez en razon aquel gobierno; para cuyo efecto se valió de quatro religiosos graves de la órden de San Géronimo, enviándolos con título de Visitadores, y de un Ministro de su eleccion que los acompañáse con despachos de Juez de residencia, para que, unidas estas dos jurisdicciones, lo comprehendiesen todo. Pero apenas llegaron á las Islas, quando hallaron desarmada toda la severidad de sus instrucciones con la diferencia que hay entre la práctica y la especulacion : y obraron poco mas que conocer y experimentar el daño de aquella república, poniéndose de peor condicion la enfermedad con la poca eficacia del remedio.

CAPITULO V.

Cesan las calamidades de la Monarquía con la venida del Rey Don Carlos : dáse principio en este tiempo á la conquista de Nueva España.

Este estado tenian las cosas de la Monarquía quando entró en la posesion de ella el Rey Don Carlos, que llegó á España por Setiembre de este

año: con cuya venida empezó á serenar la tempestad, y se fué poco á poco introduciendo el sosiego, como influido de la presencia del Rey; sea por virtud oculta de la Corona, ó porque asiste Dios con igual providencia, tanto á la Magestad del que gobierna, como á la obligacion, ó al temor natural del que obedece. Sintiéronse los primeros efectos de esta felicidad en Castilla, cuya quietud se fué comunicando á los demas Reynos de España, y pasó á los dominios de afuera, como suele en el cuerpo humano distribuirse el calor natural, saliendo del corazon en beneficio de los miembros mas distantes. Llegaron brevemente á las Islas de la América las influencias del nuevo Rey, obrando en ellas su nombre, tanto como en España su presencia. Dispusiéronse los ánimos á mayores empresas, creció el esfuerzo en los soldados, y se puso la mano en las primeras operaciones que precedieron á la conquista de Nueva España, cuyo imperio tenia el cielo destinado para engrandecer los principios de este augusto Monarca

Gobernaba entónces la Isla de Cuba el Capitan Diego Velazquez, que pasó á ella como Teniente del segundo Almirante de las Indias Don Diego Colon, con tan buena fortuna, que se le debió toda su conquista, y la mayor parte de su poblacion. Habia en aquella Isla, por ser la mas occidental de las descubiertas, y mas vecina al conti-

nente de la América septentrional, grandes noticias de otras tierras no muy distantes, que se dudaba si eran Islas; pero se hablaba en sus riquezas con la misma certidumbre que si se hubieran visto: fuese por lo que prometian las experiencias de lo descubierto hasta entónces; ó por lo poco que tienen que andar las prosperidades en nuestra aprehension para pasar de imaginadas á creidas.

Creció por este tiempo la noticia y la opinion de aquella tierra con lo que referian de ella los soldados que acompañaron á Francisco Fernandez de Cordoba en el descubrimiento de Yucatan, península situada en los confines de Nueva España: y aunque fué poco dichosa esta jornada, y no se pudo lograr entónces la conquista porque murieron valerosamente en ella el Capitan y la mayor parte de su gente, se logró por lo ménos la evidencia de aquellas regiones: y los soldados que iban llegando á esta sazon, aunque heridos y derrotados, traían tan poco escarmentado el valor, que entre los mismos encarecimientos de lo que habian padecido, se les conocia el ánimo de volver á la empresa, y le infundian en los demas Españoles de la Isla, no tanto con la voz y con el exemplo, como con mostrar algunas joyuelas de oro que traían de la tierra descubierta, baxo de ley y en corta cantidad; pero de tan crecidos quilates en la ponderacion y en el aplauso, que se

empezaron todos á prometer grandes riquezas de aquella conquista, volviendo á levantar sus fábricas la imaginacion fundadas ya sobre esta verdad de los ojos.

Algunos escritores no quieren pasar este primer oro ó metal con mezcla del que vino entónces de Yucatán: fundanse en que no le hay en aquella provincia, ó en lo poco que es menester para contradecir á quien no se defiende. Nosotros seguimos á los que escriben lo que vieron, sin hallar gran dificultad en que pudiese venir el oro de otra parte á Yucatán; pues no es lo mismo producirle que tenerle: y el no haberse hallado, segun lo refieren, sino en los adoratorios de aquellos Indios, es circunstancia que da á entender que le estimaban como exquisito, pues le aplicaban solamente al culto de sus dioses, y á los instrumentos de su adoracion.

Viendo, pues, Diego Velazquez tan bien acreditado con todos el nombre de Yucatán, empezó á entrar en pensamientos de mayor gerarquía, como quien se hallaba embarazado con reconocer por superior en aquel gobierno al Almirante Diego Colon: dependencia que consistia ya mas en el nombre que en la substancia; pero que á vista de su condicion y de sus buenos sucesos le hacia interior disonancia, y tenia como desayrada su felicidad. Trató con este fin de que se volviese á intentar aquel descubrimiento: y concibiendo nue-

vas esperanzas del fervor con que se le ofrecian los soldados, se publicó la jornada, se alistó la gente, y se previnieron tres baxeles y un bergantin con todo lo necesario para la faccion, y para el sustento de la gente. Nombró por Cabo principal de la empresa á Juan de Grijalva pariente suyo, y Capitanes á Pedro de Alvarado, Francisco Montejo y Alonso Davila, sugetos de calidad conocida, y mas conocidos en aquellas Islas por su valor y proceder, segunda y mayor nobleza de los hombres. Pero aunque se juntaron con facilidad hasta doscientos y cincuenta soldados, incluyéndose en este número los pilotos y marineros, y andaban todos solícitos contra la dilacion, procurando tener parte en adelantar el viage, tardaron finalmente en hacerse á la mar hasta los ocho de Abril del año siguiente de mil y quinientos y diez y ocho.

Iban con ánimo de seguir la misma derrota de la jornada antecedente; pero decayendo algunos grados por el impulso de las corrientes, dieron en la Isla de Cozumel, primer descubrimiento de este viage, donde se repararon sin contradiccion de los naturales. Y volviendo á su navegacion, cobraron el rumbo, y se hallaron en pocos dias á la vista de Yucatán; en cuya demanda doblaron la Punta de Cotoche por lo mas oriental de aquella Provincia; y dando las proas al poniente, y el costado izquierdo á la tierra, la fueron costeando, hasta que

arribaron al parage de Potonchan ó Champoton, donde fué desbaratado Francisco Fernandez de Cordoba: cuya venganza, aun mas que su necesidad, los obligó á saltar en tierra; y dexando vencidos y amedrentados aquellos Indios, determinaron seguir su descubrimiento.

Navegaron de comun acuerdo la vuelta del poniente, sin apartarse de la tierra mas de lo que hubieron menester para no peligrar en ella, y fueron descubriendo en una costa muy dilatada, y al parecer deliciosa, diferentes poblaciones con edificios de piedra, que hicieron novedad, y que á vista del alborozo con que se iban observando, parecian grandes ciudades. Señalabanse con la mano las torres y capiteles que se fingian con el deseo, creciendo esta vez los objetos en la distancia: y porque alguno de los soldados dixo entónces que aquella tierra era semejante á la de España, agradó tanto á los oyentes esta comparacion, y quedó tan impresa en la memoria de todos, que no se halla otro principio de haber quedado aquellas regiones con el nombre de Nueva España: palabras dichas casualmente con fortuna de repetidas, sin que se halle la propiedad ó la gracia de que valieron para cautivar la memoria de los hombres.

CAPITULO VI.

Entrada que hizo Juan de Grijalva en el rio de Tabasco, y sucesos de ella.

SIGUIERON la costa nuestros baxeles hasta llegar al parage donde se derrama por dos bocas en el mar el rio Tabasco, uno de los navegables que dan el tributo de sus aguas al Golfo Mexicano. Llamóse desde aquel descubrimiento rio de Grijalva; pero dexó su nombre á la Provincia que baña su corriente, situada en el principio de Nueva España, entre Yucatán y Guazacoalco. Descubrianse por aquella parte grandes arboledas, y tantas poblaciones en las dos riberas, que no sin esperanza de algun progreso considerable resolvió Juan de Grijalva con aplauso de los suyos entrar por el rio á reconocer la tierra: y hallando, con la sonda en la mano, que solo podia servirse para este intento de los dos navios menores, embarcó en ellos la gente de guerra, y dexó sobre las áncoras, con parte de la marinería, los otros dos baxeles.

Empezaban á vencer no sin dificultad el impulso de la corriente, quando reconocieron á poca distancia considerable número de canoas guar-

necidas de Indios armados, y en la tierra algunas quadrillas inquietas, que al parecer intimaban la guerra, y con las voces y los movimientos que ya se distinguian, daban á entender la dificultad de la entrada: ademanes que suele producir el temor en los que desean apartar el peligro con la amenaza. Pero los nuestros, enseñados á mayores intentos fueron acercando en buena órden hasta ponerse en parage de ofender, y ser ofendidos. Mandó el General que ninguno disparáse, ni hiciese demostracion que no fuese pacífica; y á ellos les debió de ordenar lo mismo su admiracion: porque estrañando la fábrica de las naves, y la diferencia de los hombres y de los trages, quedaron sin movimiento, impedidas violentamente las manos en la suspension natural de los ojos. Sirvióse Juan de Grijalva de esta oportuna y casual diversion del enemigo para saltar en tierra: siguióle parte de su gente con mas diligencia que peligro: pusola en esquadron: arbolóse la bandera real; y hechas aquellas ordinarias solemnidades, que siendo poco mas que ceremonias, se llamaban actos de posesion, trató de que entendiesen aquellos Indios que venía de paz, y sin ánimo de ofenderlos. Llevaron este mensage dos Indios muchachos que se hicieron prisioneros en la primera entrada de Yucatán, y tomaron en el bautismo los nombres de Julian y Melchor. Entendian aquella lengua de Tabasco, por ser semejante á la de su patria,

y habian aprendido la nuestra de manera que se daban á entender con alguna dificultad; pero donde se hablaba por señas, se tenia por eloqüencia su corta explicacion.

Resultó de esta embaxada el acercarse con recatada osadia hasta treinta Indios en quatro canoas. Eran las canoas unas embarcaciones que formaban de los troncos de sus árboles, labrando en ellos el vaso y la quilla con tal disposicion que cada tronco era un baxel; y los habia capaces de quince y de veinte hombres. Tal es la corpulencia de aquellos árboles, y tal la fecundidad de la tierra que los produce. Saludáronse unos y otros cortesmente: y Juan de Grijalva, despues de asegurarlos con algunas dádivas, les hizo un breve razonamiento, dándoles á entender por medio de sus intérpretes como él, y todos aquellos soldados, eran vasallos de un poderoso Monarca que tenia su Imperio donde sale el sol; en cuyo nombre venian á ofrecerles la paz y grandes felicidades, si trataban de reducirse á su obediencia. Oyeron esta proposicion con señales de atencion desabrida: y no es de omitir la natural discrecion de uno de aquellos Bárbaros, que, poniendo silencio á los demas, respondió á Grivalja con entereza y resolucion: " Que no le parecia buen género de " paz la que se queria introducir envuelta en la " sujecion y en el vasallage; ni podia dexar de " estrañar como cosa intempestiva el hablarles de

"nuevo Señor, hasta saber si estaban desconten-
"tos con el que tenian. Pero qne en el punto de
"la paz ó la guerra, pues allí no habia otro en
"que discurrir, hablarian con sus mayores, y vol-
"verian con la respuesta."

Despidiéronse con esta resolucion; y quedaron los nuestros igualmente admirados que cuidadosos, mezclándose el gusto de haber hallado Indios de mas razon y mejor discurso, con la imaginacion de que serian mas dificultosos de vencer, pues sabrian pelear los que sabian discurrir; ó por lo ménos se debia temer otro género de valor en otro género de entendimiento: siendo cierto que en la guerra peléa mas la cabeza que las manos. Pero estas consideraciones del peligro, en que discurrian variamente los Capitanes y los soldados, pasaban como avisos de la prudencia, que ó no tocaban, ó tocaban poco en la region del ánimo. Desengañáronse brevemente; porque volvieron los mismos Indios con señales de paz, diciendo:
"Que sus Caciques la admitian, no porque te-
"miesen la guerra, ni porque fuesen tan fáciles
"de vencer como los de Yucatán, cuyo suceso ha-
"bia llegado ya á su noticia; sino porque dexan-
"do los nuestros en su arbitrio la paz ó la guer-
"ra, se hallaban obligados á elegir lo mejor."
Y en señas de la nueva amistad que venian á establecer truxeron un regalo abundante de bastimentos y frutas de la tierra. Llegó poco despues el

Cacique principal con moderado acompañamiento de gente desarmada, dando á entender la confianza que hacia de sus huespedes, y que venía seguro en su propia sinceridad. Recibióle Grijalva con demostraciones de agrado y cortesía; y él correspondió con otro género de sumisiones á su modo, en que no dexaba de reconocerse alguna gravedad afectada ó verdadera: y despues de los primeros cumplimientos mandó que llegasen sus criados con otro presente que traían de diversas alhajas de mas artificio qne valor: plumages de varios colores, ropas sutiles de algodon, y algunas figuras de animales para su adorno, hechas de oro sencillo y ligero, ó formadas de madera primorosamente, con engastes y láminas de oro sobrepuesto. Y sin esperar el agradecimiento de Grijalva, le dió á entender el Cacique por medio de los intérpretes: "Que su fin era la paz; y el intento de aquel "regalo despedir á los huespedes para poder man- "tenerla." Respondióle: "Que hacia toda esti- "macion de su liberalidad, y que su ánimo era "pasar adelante, sin detenerse ni hacerles dis- "gusto:" resolucion á que ya se hallaba inclinado, parte por corresponder generosamente á la confianza y buen término de aquella gente; y parte por la conveniencia de tener retirada, y dexar amigos á las espaldas para qualquier accidente que se le ofreciese: y así se despidió y volvió á embarcar, regalando primero al Cacique y á sus

criados con algunas buxerías de Castilla, que siendo de cortísimo valor, llevaban el precio en la novedad. Ménos lo estrañáran hoy los Españoles hechos á comprar como diamantes los vidrios extrangeros.

Antonio de Herrera y los que le siguen, ó los que escribieron despues, afirman que este Cacique presentó á Grijalva unas armas de oro fino con todas las piezas de que se compone un cumplido arnés, que le armó con ellas diestramente, y que le vinieron tan bien como si se hubieran hecho á su medida: circunstancias notables para omitidas por los autores mas antiguos. Pudo tomarlo de Francisco Lopez de Gómara, á quien suele refutar en otras noticias; pero Bernal Diaz del Castillo que se halló presente, y Gonzalo Fernandez de Oviedo que escribió por aquel tiempo en la Isla de Santo Domingo, no hacen mencion de estas armas, refiriendo menudamente todas las alhajas que se truxeron de Tabasco. Quede á discrecion del lector la fé que se debe á estos autores, y séanos permitido el referirlo sin hacer desvio á la razon de dudarlo.

CAPITULO VII.

Prosigue Juan de Grijalva su navegacion, y entra el rio de Banderas, donde se halló la primera noticia del Rey de México Motezuma.

Prosiguieron su viage Grijalva y sus compañeros por la misma derrota, descubriendo nuevas tierras y poblaciones sin suceso memorable; hasta que llegaron á un rio que llamaron de Banderas, porque en su márgen, y por la costa vecina á él, andaban muchos Indios con banderas blancas pendientes de sus hastas: y en el modo de tremolarlas acompañado con las señas, voces y movimientos que se distinguian, daban á entender que estaban de paz, y que llamaban, al parecer, mas que despedian á los pasageros. Ordenó Grijalva que el Capitan Francisco de Montejo se adelantáse con alguna gente repartida en dos batéles, para reconocer la entrada, y exâminar el intento de aquellos Indios: el qual hallando buen surgidero, y poco que rezelar en el modo de la gente, avisó á los demas que podian acercarse, Desembarcaron todos, y fueron recibidos con grande admiracion y agasajo de los Indios; entre

cuyo numeroso concurso se adelantaron tres, que en el adorno parecian los principales de la tierra: y deteniéndose lo que hubieron menester para observar en el respeto de los otros qual era el superior, se fueron derechos á Grijalva haciéndole grandes reverencias; y él los recibió con igual mostracion. No entendian aquella lengua nuestros intérpretes; y así se reduxeron los cumplimientos á señas de urbanidad, ayudadas con algunas palabras de mas sonido que significacion.

Ofrecióse luego á la vista un banquete que tenian prevenido de mucha diferencia de manjares puestos ó arrojados sobre algunas esteras de palma que ocupaban las sombras de los árboles: rústica y desaliñada opulencia, pero nada ingrata al apetito de los soldados. Despues de cuyo refresco mandaron los tres Indios á su gente que manifestase algunas piezas de oro que tenian reservadas: y en el modo de mostrarlas y de tenerlas se conoció que no trataban de presentarlas, sino de comprar con ellas la mercaderia de nuestras naves, cuya fama habia llegado ya á su noticia. Pusiéronse luego en feria aquellas sartas de vidrio, peynes, cuchillos y otros instrumentos de hierro y de alquimia, que en aquella tierra podian llamarse joyas de mucho precio, pues el engaño con que se codiciaban era ya verdad en lo que valian. Fueronse trocando estas buxerías á diferentes alhajas y preséas de oro, no de muchos quilates, pero en

tanta abundancia, que en seis dias que se detuvieron aquí los Españoles, importaron los rescates mas de quince mil pesos.

No sabemos con que propiedad se dió el nombre de rescates á este género de permutaciones, ni porque se llamó rescatado el oro que en la verdad pasaba á mayor cautiverio, y estaba con mas libertad donde le estimaban ménos; pero usarémos de este mismo término por hallarle introducido en nuestras Historias, y primero en las de la India oriental: puesto que en los modos de hablar, con que se explican las cosas, no se debe buscar tanto la razon como el uso, que segun el sentir de Horacio, es árbitro legítimo de los aciertos de la lengua, y pone, ó quita, como quiere, aquella congruencia que halla el oído entre las voces y lo que significan.

Viendo, pues, Juan de Grijalva que habian cesado ya los rescates, y que las naves estaban con algun peligro descubiertas á la travesía de los nortes, se despidió de aquella gente, dexándola gustosa y agradecida; y trató de volver á su descubrimiento, llevando entendido, á fuerza de preguntas y de señas, que aquellos tres Indios principales eran subditos de un Monarca que llamaban Motezuma: que las tierras en que dominaba eran muchas y muy abundantes de oro y de otras riquezas; y que habian venido de órden suya á exâminar pacificamente el intento de nuestra gente, cuya vecindad

le tenía al perecer cuidadoso. A otras noticias se alargan los escritores; pero no parece posible que se adquiriesen entónces; ni fué poco percibir esto donde se hablaba con las manos, y se entendia con los ojos, que usurpaban necesariamente el oficio de la lengua y de los oídos.

Prosiguieron su navegacion sin perder la tierra de vista: y dexando atras dos ó tres Islas de poco nombre, hicieron pie en una que llamaron de Sacrificios; porque entrando á reconocer unos edificios de cal y canto que sobresalian á los demas, hallaron en ellos diferentes Idolos de horrible figura, y mas horrible culto: pues cerca de las gradas donde estaban colocados habia seis ó siete cadaveres de hombres recien sacrificados, hechos pedazos, y abiertas las entrañas: miserable espectáculo que dexó á nuestra gente suspensa y atemorizada, vacilando entre contrarios afectos, pues se compadecia el corazon de lo que se irritaba el entendimiento.

Detuviéronse poco en esta Isla, porque los habitadores de ella andaban amedrentados, con que no rendian considerable fruto los rescates, y así pasaron á otra que estaba poco apartada de la Tierra Firme, y en tal disposicion, que entre ella y la costa se halló parage capaz y abrigado para la seguridad de las naves. Llamáronla Isla de San Juan, por haber llegado á ella dia del Bautista, y por tener su nombre el General, en que andaria

la devocion mezclada con la lisonja, y un Indio, que señalando con la mano ácia la Tierra Firme, y dando á entender que la nombraba, repetia mal pronunciada la voz *Culúa, Culúa*, dió la ocasion del sobrenombre con que la diferenciaron de San Juan de Puerto Rico, llamándola San Juan de Ulúa: Isla pequeña de mas arena que terreno, cuya campaña tenia sobre las aguas tan moderada superioridad, que algunas veces se dexaba dominar de las inundaciones del mar; pero de estos humildes principios pasó despues á ser el puerto mas freqüentado y mas insigne de la Nueva España en todo lo que mira á la mar del norte.

Aquí se detuvieron algunos dias, porque los Indios de la tierra cercana acudian con algunas piezas de oro, creyendo que engañaban con trocarle á cuentas de vidrio. Y viendo Juan de Grijalva que su instruccion era limitada para que solo descubriese y rescatáse, sin hacer poblacion, cuyo intento se le prohibia expresamente, trató de dar cuenta á Diego Velazquez de las grandes tierras que habia descubierto, para que en caso de resolver que se pobláse en ellas, le enviáse la órden, y le socorriese con alguna gente, y otros pertrechos de que necesitaba. Despachó con esta noticia al Capitan Pedro de Alvarado en uno de los quatro navios, entregándole todo el oro y las demas alhajas que hasta entónces se habian adquirido, para que con la muestra de aquellas riquezas

fuese mejor recibida su embaxada, y se facilitáse la proposicion de poblar, á que estuvo siempre inclinado, por mas que lo niegue Francisco Lopez de Gómara, que le culpa en esto de pusilanime.

CAPITULO VIII.

Prosigue Juan de Grijalva su descubrimiento hasta costear la Provincia de Panuco. Suceso del rio de Canoas, y resolucion de volverse á la Isla de Cuba.

Apénas tomó Pedro de Alvarado la vuelta de Cuba, quando partieron los demas navíos de San Juan de Ulúa en seguimiento de su derrota: y dexándose guiar de la tierra, fueron volviendo con ella ácia la parte del septentrion, llevando en la vista las dos sierras de Tuspa y de Tusta; que corren largo trecho entre el mar y la Provincia de Trascála: despues de cuya travesía entraron en la ribera de Panuco, última region de Nueva España por la parte que mira al Golfo Mexicano, y surgieron en el rio de Canoas, que tomó entónces este nombre, porque á poco rato que se detuvieron en reconocerle, fueron asaltados de diez y seis canoas armadas, y guarnecidas de Indios guerreros que ayudados de la corriente, embistieron al na-

vio que gobernaba Alonso Dávila; y disparando sobre él la lluvia impetuosa de sus flechas, intentaron llevarsele, y tuvieron cortada una de las amarras. Bárbara resolucion, que si la hubiera favorecido el suceso, pudiera merecer el nombre de hazaña. Pero acudieron luego al socorro los otros dos navios, y la gente se arrojó apresuradamente en los batéles, cargando sobre las canoas con tanto ardor, que sin que se conociese el tiempo que hubo entre el embestir y el vencer, quedaron algunas de ellas echadas á pique, muertos muchos Indios, y puestos en fuga los que fueron mas avisados en conocer el peligro, ó mas diligentes en apartarse de él.

No pareció conveniente seguir esta victoria, por el poco fruto que se podia esperar de gente fugitiva y escarmentada; y así levantaron las áncoras, y prosiguieron su viage, hasta que llegaron á un Promontorio ó punta de tierra introducida en la jurisdiccion del mar, que al parecer se enfurecia con ella sobre cobrar lo usurpado, y estaba en continua inquietud, porfiando con la resistencia de los peñascos. Grandes diligencias se hicieron para doblar este Cabo; pero siempre retrocedian las naves al arbitrio del agua, no sin peligro de zozobrar ó embestir con la tierra: cuyo accidente dió ocasion á los Pilotos para que hiciesen sus protestas, y á la gente para que las prosiguiese con repetidos clamores, melancólica ya de tan prolixa navegacion, y mas discusiva en la aprehension de

los riesgos. Pero Juan de Grijalva, hombre en quien se daban las manos la prudencia y el valor, convocó á los Pilotos y á los Capitanes para que se discurriese en lo que se debia obrar, segun el estado en que se hallaban. Consideróse en esta júnta la dificultad de pasar adelante, y la incertidumbre de la vuelta: que una de las naves venía maltratada, y necesitaba de repararse: que los bastimentos empezaban á padecer corrupcion: que la gente venía desabrida y fatigada: y que el intento de poblar tenia contra sí la instruccion de Diego Velazquez, y la poca seguridad de poderlo conseguir sin el socorro que habian pedido: y últimamente se resolvió, sin controversia, que se tomáse la vuelta de Cuba, para rehacerse de los medios con que se debia emprender tercera vez aquella grande faccion que dexaban imperfecta. Executóse luego esta resolucion, y volviendo las naves á desandar los rumbos que habian traido, y á reconocer otros parages de la misma costa con poca detencion y alguna utilidad en los rescates, arribaron últimamente al Puerto de Santiago de Cuba en quince de Noviembre de mil y quinientos y diez y ocho.

Habia llegado pocos dias ántes al mismo Puerto Pedro de Alvarado, y fué muy bien recibido del Gobernador Diego Velazquez, que celebró con increible alborozo la noticia de aquellas grandes tierras que se habian descubierto; y sobre todo

los quince mil pesos de oro, que apoyaban su relacion, sin necesitar de su encarecimiento.

Miraba el Gobernador aquellas riquezas; y no acertando á creer á sus ojos, volvia á socorrerse de los oídos, preguntando segunda y tercera vez á Pedro de Alvarado lo que le habia referido, y hallando novedad en lo mismo que acababa de oir, como el músico que se deleyta en las claúsulas repetidas. No tardó mucho este alborozo en descubrir sus quilates, mezclándose con el desabrimiento; porque luego empezó á sentir con impaciencia que Juan de Grijalva no hubiese fundado alguna poblacion en aquellas tierras donde le hicieron buena acogida: y aunque Pedro de Alvarado intentaba disculparle, fué de los que sintieron que se debia poblar en el rio de Banderas; y siempre se dice floxamente lo que se procura esforzar contra el propio dictámen. Acusábale Diego Velazquez de poco resuelto, y enojándose con su eleccion, confesaba la culpa de haberle enviado, proponiendo encargar aquella faccion á persona de mayor actividad, sin reparar en el desayre de su pariente, á quien debia aquella misma felicidad que ponderaba; pero lo primero que hace la fortuna en los ambiciosos es cautivar la razon para que no se ponga de parte del agradecimiento. Ya nada le hacia fuerza sino el conseguir aprisa y á qualquiera costa toda la prosperidad que se prometia de aquel descubrimiento, elevando á grandes cosas la

imaginacion, y llegando con las esperanzas á donde ántes no llegaba con los deseos.

Trató luego de prevenir los medios para la nueva conquista, acreditándola con el nombre de Nueva España, que daba grande recomendacion y sonido á la empresa. Comunicó su resolucion á los Religiosos de San Gerónimo, que residian en la Isla de Santo Domingo, con palabras que se inclinaban mas á pedir aprobacion que licencia; y envió persona á la Corte con larga relacion y encarecidas señas de lo descubierto, y un memorial en que no iban obscurecidos de mal ponderados sus servicios: por cuya recompensa pedia algunas mercedes, y el título de Adelantado de las tierras que conquistáse.

Ya tenia comprados algunos baxeles, y empezado el apresto de nueva armada, quando llegó Juan de Grijalva, y le halló tan irritado, como pudiera esperarle agradecido. Reprehendióle con aspereza y publicidad; y él desayudaba con su modestia sus disculpas, aunque le puso delante de los ojos su misma instruccion, en que le ordenaba que no se detuviese á poblar; pero estaba ya tan fuera de los términos razonables con la novedad de sus pensamientos, que confesaba la órden, y trataba como delito la obediencia.

CAPITULO IX.

Dificultades que se ofrecieron en la eleccion de Cabo para la nueva armada: y quién era Hernan Cortés, que ultimamente la llevó à su cargo.

Pero conociendo entónces Diego Velazquez quanto importa la celeridad en las resoluciones, y que, si se dexa perder el tiempo, suele desazonarse la ocasion, ordenó luego que se diese carena á los quatro baxeles que sirvieron en la jornada de Grijalva, con los quales, y con los que se habian comprado, se juntaron diez de ochenta hasta cien toneladas: y caminando al mismo paso en el cuidado de armarlos, pertrecharlos y bastecerlos, se halló brevemente indeciso y rezeloso en la dificultad de nombrar Cabo que los Gobernáse. Era su intento buscar persona tan resuelta, que supiese desembarazarse de las dificultades, y tomar partido con los accidentes; pero tan apagada, que no supiese dar unos zelos, ni tener otra ambicion que de la gloria agena: lo qual, en su modo de discurrir, era lo mismo que buscar un hombre de mucho corazon y de poco espíritu; pero no siendo fá-

ciles de juntar estos extremos, tardó la resolucion algunos dias. La gente se inclinaba á Juan de Grijalva: y la voz comun suele hacer justicia en sus elecciones: porque le asistian sus buenas partes, lo que habia trabajado en aquel descubrimiento, y la noticia con que se hallaba de la navegacion y de la tierra.

Salieron á la pretension Antonio y Bernardino Velazquez, parientes mas cercanos del Gobernador, Baltasár Bermudez, Vasco Porcallo y otros Caballeros que habia en aquella Isla, capaces de aspirar á mayores empleos: y cada uno discurria en este como si estuviera sola su razon: que ordinariamente quien dilata la provision de los cargos, convida pretendientes, y parece que trata de atesorar quejosos.

Pero Diego Velazquez duraba en su irresolucion, hallando en unos que temer, y en otros que desear; hasta que aconsejándose con Amador de Lariz, Contador del Rey, y con Andrés de Duero, su Secretario, que eran toda su confianza, y conocian su condicion, le propusieron á Hernan Cortés, grande amigo de los dos, alabándole con moderacion, por no hacer sospechoso el consejo: y dando á entender que hablaban por el acierto de la eleccion, mas que por la conveniencia de su amigo. Fué bien oída la proposicion, y ellos se contentaron con verle inclinado, dándole tiempo para que lo meditáse, y volviese persuadido á

la platica, ó mejor dispuesto para dexarse persuadir.

Pero ántes que pasemos adelante, será bien que digamos quien era Hernan Cortés, y por quantos rodeos vino á ser de su valor y de su entendimiento aquella grande obra de la conquista de Nueva España, que puso en sus manos la felicidad de su destino. Llamamos destino, hablando christianamente, aquella soberana altísima disposicion de la primera causa, que dexa obrar á las segundas como dependientes suyas, y medianeras de la naturaleza, en órden á que suceda con la eleccion del hombre lo que permite ó lo que ordena Dios. Nació en Medellin, villa de Estremadura, hijo de Martin Cortés de Monroy y Doña Catalina Pizarro Altamirano, cuyos apellidos no solo dicen, sino encarecen lo ilustre de su sangre. Dióse á las letras en su primera edad, y cursó en Salamanca dos años, que le bastaron para conocer que iba contra su natural, y que no convenia con la viveza de su espíritu aquella diligencia perezosa de los estudios. Volvió á su casa resuelto á seguir la guerra: y sus padres le encaminaron á la de Italia, que entónces era la de mas pundonor, por estar calificada con el nombre del Gran Capitan; pero al tiempo de embarcarse, le sobrevino una enfermedad que le duró muchos dias: de cuyo accidente resultó el hallarse obligado á mudar de intento, aunque no de profession. Inclinóse á pasar

á las Indias, que como entónces duraba su conquista, se apetecian con el valor, mas que con la codicia. Executó su pasage con gusto de sus padres el año de mil quinientos y quatro, y llevó cartas de recomendacion para Don Nicolás de Obando, Comendador mayor de la Orden de Alcántara, que era su deudo, y gobernaba en esta sazon la Isla de Santo Domingo. Luego que llegó á ella, y se dió á conocer, halló grande agasajo y estimacion en todos, y tan agradable acogida en el Gobernador, que le admitió desde luego entre los suyos, y ofreció cuidar de sus aumentos con particular aplicacion. Pero no bastaron estos favores para divertir su inclinacion; porque se hallaba tan violento en la ociosidad de aquella Isla, ya pacificada y poseida sin contradiccion de sus naturales, que pidió licencia para empezar á servir en la de Cuba, donde se traian por entónces las armas en las manos: y haciendo este viage con beneplácito de su pariente, trató de acreditar en las ocasiones de aquella guerra su valor y su obediencia, que son los primeros rudimentos de esta facultad. Consiguió brevemente la opinion de valeroso; y tardó poco mas en darse á conocer su entendimiento: porque sabiendo adelantarse entre los soldados, sabía tambien dificultar y resolver entre los Capitanes.

Era mozo de gentil presencia y agradable rostro, y sobre estas recomendaciones comunes de la

naturaleza, tenia otras de su propio natural, que le hacian amable; porque hablaba bien de los ausentes, era festivo y discreto en las conversaciones y partia con sus compañeros quanto adquiria, con tal generosidad, que sabia ganar amigos, sin buscar agradecidos. Casó en aquella Isla con Doña Catalina Suarez Pacheco, doncella noble y recatada; sobre cuyo galanteo tuvo muchos embarazos, en que se mezcló Diego Velazquez, y le tuvo preso, hasta que ajustado el casamiento, fué su padrino, y quedaron tan amigos que se trataban con familiaridad: y le dió brevemente repartimiento de Indios, y la vara de Alcalde en la misma villa de Santiago: ocupacion que servian entónces las personas de mas cuenta, y que solía andar entre los Conquistadores mas calificados.

En este parage se hallaba Hernan Cortés quando Amador de Lariz y Andrés de Duero le propusieron para la conquista de Nueva España; y fué con tanta destreza, que quando volvieron á verse con Diego Velazquez, prevenidos de nuevas razones para esforzar su intento, le hallaron declarado por Hernan Cortés, y tan discursivo en las conveniencias de fiarle aquella empresa, que se les convirtió en lisonja la persuasion que llevaban meditada; y trataron solo de obligarle con asentir á lo mismo que deseaban. Discurrióse en la conveniencia de que se hiciese luego el nombramiento, para desarmar de una vez á los preten-

dientes: y no se descuidó Andrés de Duero en pasar, por diligencia de su profesion, la brevedad del despacho, cuya substancia fué: "Que Diego "Velazquez, como Gobernador de la Isla de Cu"ba, y promovedor de los descubrimientos de "Yucatán y Nueva España, nombraba á Her"nan Cortés por Capitan General de la armada, "y tierras descubiertas, y que se descubriesen," con todas aquellas extensiones de jurisdiccion, y claúsulas honoríficas que la amistad del Secretario puede ingerir como primores de la formalidad.

CAPITULO X.

Tratan los émulos de Cortés vivamente de descomponerle con Diego Velazquez: no lo consiguen, y sale con la armada del Puerto de Santiago.

Aceptó Cortés el nuevo cargo con todo rendimiento y estimacion, agradeciendo entónces la confianza que se hacia de su persona con las mismas veras que sintió despues la desconfianza. Publicóse la resolucion, y fué bien recibida entre los que deseaban el acierto; pero murmurada de los que deseaban el cargo: entre los quales sacaron la cara con mayor osadía los parientes de Diego

Velazquez, que hicieron grandes esfuerzos para desconfiarle de Hernan Cotés. Decianle: "Que "fiaba mucho de un hombre poco arraigado en "su obligacion: que si volvia los ojos á su modo "de obrar y discurrir, le hallaria de ánimo poco "seguro, porque no solian andar juntas su inten- "cion y sus palabras: que su agrado y liberalidad "tenian mucho de astucia, y le hacian sospe- "choso á los que no se gobiernan por las aparien- "cias de la virtud; porque cuidaba demasiada- "mente de ganar voluntades, y los amigos, quan- "do son muchos, suelen abultar como parciales: "que se acordáse de que le tuvo preso y disgus- "tado, y que pocas veces salen buenos los confi- "dentes que se hacen de los quejosos; porque "en las heridas del ánimo quedan cicatrices co- "mo en las demas, y suelen estas acordar la ofen- "sa, quando se mira como posible la venganza." A que añadian otras razones de mas ruido que substancia, sin acertar con el camino de la sinceridad; porque querian parecer zelosos, para disimular que lo estaban.

Cuentan que saliendo un dia á pasearse Diego Velazquez con Hernan Cortés y con sus parientes y amigos, le dixo un loco gracioso, de cuyos delirios gustaba: "Buena la has hecho, amigo "Diego, presto será menester otra armada para "salir á caza de Cortés." Y hay quien lo refiera como vaticinio, ponderando lo que suelen acertar

los locos, y la impresion que hizo esta profecia: así se resuelven á llamarla, en el ánimo de Diego Velazquez. Dexemos á los Filósofos el discurrir sobre si cabe el acierto de las cosas futuras entre los errores de la imaginacion; ó si es posible á la destemplanza del juicio el encontrar con la adivinacion: que ellos gastarán el ingenio en fingir habilidades á la melancolía; y nosotros creerémos que lo dixo el loco, porque le impusieron en ello los émulos de Cortés, y que andaba pobre de medios la malicia, quando se llegaba á socorrer de la locura.

Pero Diego Velazquez mantuvo á rostro firme su resolucion, y Hernan Cortés trató de ganar el tiempo en sus prevenciones. Fué la primera arbolar su estandarte, poniendo en él por empresa la señal de la Cruz, con una letra latina cuya version era: *Sigamos la Cruz, que en esta señal vencerémos*. Dexóse ver con galas de soldado, que parecian bien en su talle, y venian mejor á su inclinacion. Empezó á gastar liberalmente el caudal con que se hallaba, y el dinero que pudo juntar entre sus amigos, en comprar vituallas, y prevenirse de armas y municiones para ayudar al apresto de la armada: cuidando al mismo tiempo de atraer y ganar la gente que le habia de seguir: en que fué menester poca diligencia, porque el ruido de las caxas tenia sus ecos en el nombre de la empresa, y en la fama del Capitan. Alis-

táronse en pocos dias trescientos soldados, y entre ellos sentaron plaza Diego de Ordaz, criado principal del Gobernador, Francisco de Morla, Bernal Diaz del Castillo escritor de nuestra Historia, y otros Hidalgos que se irán nombrando en su lugar.

Llegó el tiempo de la partida, y se ordenó á la gente con bando público que se embarcáse: lo qual se executó de dia, concurriendo todo el pueblo: y aquella misma noche fué Hernan Cortés, acompañado de sus amigos, á la casa del Gobernador, donde se despidieron los dos, dándose los brazos y las manos con amigable sinceridad; y la mañana siguiente le acompañó Diego Velazquez hasta la marina, y asitió à la embarcacion. Circunstancias menores que hacen poco en la narracion, y se pudieran omitir, si no fueran necesarias para borrar la temprana ingratitud con que manchan á Cortés los que dicen que salió del puerto alzado con la armada. Así lo refieren Antonio de Herrera, y todos los que le trasladan, afirmando, con poca razon, que en el medio silencio de la noche convocó á los soldados por sus casas, y se embarcó furtivamente con ellos: y que saliendo al amanecer Diego Velazquez en seguimiento de esta novedad, se acercó á él en un barco guarnecido de gente armada, y le dió á entender con despego y libertad su inobediencia. Nosotros seguimos á Bernal Diaz del Castillo, que dice lo que vió, y

lo mas semejante á la verdad: pues no cabe en humano discurso, que un hombre tan avisado como Hernan Cortés, quando tuviera entónces esta resolucion, se adelantáse á desconfiar descubiertamente á Diego Velazquez hasta salir de su jurisdiccion, pues habia de tocar con la armada en otros lugares de la misma Isla para recoger los bastimentos y la gente que le aguardaba en ellos: ni quando dieramos en su entendimiento y sagacidad esta inadvertencia, parece creible que en lugar de tan corta poblacion, como era entónces la villa de Santiago, se pudiesen embarcar trescientos hombres llamados de noche por sus casas, y entre ellos Diego de Ordaz y otros familiares del Gobernador, sin que hubiese uno entre tantos que le avisáse de aquella novedad, ó despertasen los que observaban sus acciones al ruido de tanta conmocion: admirable silencio en los unos, y extraordinario descuido en los otros. No negarémos que Hernan Cortés se apartó de la obediencia de Diego Velazquez; pero fué despues, y con la causa que verémos,

CAPITULO XI.

Pasa Cortés con la armada á la villa de la Trinidad, donde la refuerza con número considerable de gente. Consiguen sus émulos la desconfianza de Velazquez, que hace vivas diligencias para detenerle.

Partió la armada del puerto de Santiago de Cuba en diez y ocho de Noviembre del año de mil quinientos y diez y ocho: y costeando la Isla por la banda del norte ácia el oriente, llegó en pocos dias á la villa de la Trinidad, donde tenia Cortés algunos amigos, que le hicieron grata acogida. Publicó luego su jornada, y se ofrecieron á seguirle en ella Juan de Escalante, Pedro Sanchez Farfan, Gonzalo Mexía y otras personas principales de aquella poblacion. Llegaron poco despues en su seguimiento Pedro de Alvarado y Alfonso Dávila, que fueron Capitanes en la entrada de Juan de Grijalva, y quatro hermanos de Pedro de Alvarado, que se llamaban Gonzalo, Jorge, Gomez y Juan de Alvarado. Pasó la noticia á la villa de Santi Spíritus, que estaba poco distante de la Trinidad, y de ella vinieron con el mismo intento de seguir á Cortés Alonso Hernandez Portocarrero, Gonzalo de Sandoval, Rodrigo Rándel, Juan Ve-

lazquez de Leon, pariente del Gobernador, y otras personas de calidad, cuyos nombres tendrán mejor lugar, quando se refieran sus hazañas. Con este refuerzo de gente noble, y con otros cien soldados que se juntaron de ambas poblaciones, iba tomando considerable cuerpo la armada: y al mismo tiempo se compraban bastimentos, municiones, armas y algunos caballos, ayudando todos á Cortés con su caudal y con sus diligencias, porque sabía grangear los ánimos con el agrado y con las esperanzas, y ser superior, sin dexar de ser compañero.

Pero apenas volvió las espaldas al Puerto de Santiago, quando sus émulos empezaron á levantar la voz contra él, hablando ya en su inobediencia con aquel atrevimiento cobarde que suele facilitar los cargos del ausente. Oyólos Diego Velazquez, y aunque fué con desagrado, reconocieron en su ánimo una seguridad inclinada al rezelo, y fácil de llevar ácia la desconfianza; para cuyo fin se ayudaron de un viejo que llamaban Juan Millán, hombre, que sin dexar de ser ignorante, profesaba la Astrología: loco de otro género, y locura de otra especie. Este, inducido de los demas, le dixo con grandes prevenciones del secreto algunas palabras misteriosas de la incierta seguridad de aquella armada, dándole á entender que hablaban en su lengua las estrellas: y aunque Diego Velazquez tenia entendimiento para cono-

cer la vanidad de estos pronósticos, pudo tanto el hablarle á propósito de lo que temia, que el despreciar al Astrólogo fué principio de creer á los demas.

De tan débiles principios como estos nació la primera resolucion que tomó Diego Velazquez de romper con Hernan Cortés, quitándole el gobierno de la armada. Despachó luego dos correos á la villa de la Trinidad con cartas para todos sus confidentes, y una órden expresa para que Francisco Verdugo, su cuñado, que entónces era su Alcalde mayor en aquella villa, le desposeyese judicialmente de la Capitanía general, suponiendo que ya estaba revocado el título con que la servia, y nombrada persona en su lugar. Llegó brevemente á noticia de Cortés este contratiempo, y sin rendir el ánimo á la dificultad del remedio, se dexó ver de sus amigos y soldados, para saber como tomaban el agravio de su Capitan, y conocer si podia fiarse de su razon en el juicio que hacian de ella los demas. Hallólos á todos, no solo de su parte, sino resueltos á defenderle de semejante injuria, sin negarse al último empeño de las armas. Y aunque Diego de Ordaz y Juan Velazquez de Leon estuvieron algo remisos, como mas dependientes del Gobernador, se reduxeron facilmente á lo que no pudieran resistir: con cuya seguridad pasó despues á verse con el Alcalde mayor, sabiendo ya lo que llevaba en su queja. Pon-

deróle quanto aventuraba en ponerse de parte de aquella sinrazon, disgustando á tanta gente principal como le seguia, y quanto se podia temer la irritacion de los soldados, cuya voluntad habia grangeado para servir mejor con ellos á Diego Velazquez, y le embarazaba ya para poder obedecerle: hablando en uno y otro con un género de resolucion, que sin dexar de ser modestia, estaba lejos de parecer humildad, ó falta de espíritu. Conoció Francisco Verdugo la razon que le asistia; y poco inclinado, por su misma generosidad, á ser instrumento de semejante violencia, le ofreció, no solamente suspender la órden; sino replicar á ella, y escribir á Diego Velazquez para que desistiese de aquella resolucion, que ya no era practicable por el disgusto de los soldados, ni se podria executar sin graves inconvenientes. Ofrecieron lo mismo Diego de Ordaz, y los demas que tenian con él alguna autoridad: cuyo medio se executó luego; y Hernan Cortés le escribió tambien, doliéndose amigablemente de su desconfianza, sin ponderar su desayre, ni olvidar el rendimiento, como quien se hallaba obligado á quejarse, y deseaba no tener razon de parecer quejoso, ni ponerse en términos de agraviado.

CAPITULO XII.

Pasa Hernan Cortés desde la Trinidad á la Havana, donde consigue el último refuerzo de la armada, y padece segunda persecucion de Diego Velazquez.

Hecha está diligencia, que pareció entónces bastante, para sosegar el ánimo de Diego Velazquez, trató Hernan Cortés de proseguir su navegacion ; y enviando por tierra á Pedro de Alvarado con parte de los soldados para que cuidáse de conducir los caballos, y hacer alguna gente en las estancias del camino, partió con la armada al Puerto de la Havana, último parage de aquella Isla, por donde empieza lo mas occidental de ella á dexarse ver del septentrion. Salieron los navios de la Trinidad con viento favorable ; sobreviniendo la noche, se desviaron de la capitana donde iba Cortés, sin observar como debian su derrota, ni echarle ménos, hasta que la luz del dia les puso á la vista el error de sus Pilotos : y empeñados ya en proseguirle, continuaron su viage, y llegaron al puerto, donde saltó la gente en tierra. Hospedóla con agasajo y liberalidad Pedro de Barba, que á la sazon era Gobernador de la Havana por Diego de Velazquez : y andaban todos pe-

sarosos de no haber esperado á su Capitan, ó vuelto en su demanda, sin pasar entónces con el discurso á mas que prevenir sus disculpas para quando llegáse.

Pero viendo que tardaba mas de lo que parecia posible, sin haberle sucedido algun fracaso, empezaron á inquietarse, divididos en várias opiniones: porque unos clamaban que volviesen dos ó tres baxeles á buscarle por las Islas de aquella vecindad; otros proponian que se nombráse Gobernador en su ausencia; y algunos tenian por intempestiva ó sospechosa esta proposicion; y como no habia quien mandáse, resolvian todos, y ninguno executaba. El que mas insistia en la opinion de que se nombráse Gobernador era Diego de Ordaz, que como primero en la confianza de Diego de Velazquez, queria preferir á todos, y hallarse con el interin, para estar mas cerca de la propiedad. Pero despues de siete dias que duraron estas diferencias llegó á salvamento Hernan Cortés con su capitana.

Fué la causa de su detencion, que aquella noche, navegando la armada sobre unos baxos que estan entre el Puerto de la Trinidad y el Cabo de San Anton, poco distantes de la Isla de Pinos, tocó en ellos la capitana, como navio de mayor porte, y quedó encallada en la arena, de suerte que estuvo á pique de zozobrar: accidente de gran cuidado, en que se empezó á descubrir y acreditar

el espíritu y la actividad de Cortés; porque, animando á todos á vista del peligro, supo templar la diligencia con el sosiego, y obrar lo que convenia, sin detenerse ni apresurarse. Su primer cuidado fué que se echáse el esquife á la mar: y luego ordenó que en él se fuese transportando la carga del navio á una isleta ó arrecife de arena que estaba á la vista: por cuyo medio le aligeró, hasta que pudo nadar sobre los baxíos; y sacándole despues al agua, volvió á cobrar la carga, y prosiguió su derrota, habiendo gastado en esta obra los dias de su detencion, y salido de aquel aprieto con tanto credito como felicidad.

Alojóle Pedro de Barba en su misma casa: y fué notable la aclamacion con que le recibió la gente, cuyo número empezó luego á crecer, alistándose por sus soldados algunos vecinos de la Havana, y entre ellos Francisco de Montejo, que fué despues Adelantado de Yucatán, Diego de Soto el de Toro, Garci Caro, Juan Sedeño, y otras personas de calidad y acomodadas, que autorizaron la empresa, y ayudaron con sus haciendas al último apresto de la armada. Gastáronse en estas prevenciones algunos dias; pero no sabía Cortés perder el tiempo que se detenia: y así ordenó que se sacáse á tierra la artillería, que se limpiasen y probasen las piezas, observando los Artilleros el alcance de las balas: y por haber en aquella tierra copia de algodon, mandó hacer cantidad de ar-

màs defensivas de unos colchados en forma de casacas, que llamabàn escaupiles, invencion de la necesidad, que aprobó despues la experiencia, dandolo á conocer que un poco de algodon floxamente punteado, y sujeto entre dos lienzos, era mejor defensa que el acero para resistir á las flechas y dardos arrojadizos de que usaban los Indios, porque perdian la fuerza entre la misma floxedad del reparo, y quedaban sin actividad para ofender á otro con la resulta del golpe.

Al mismo tiempo hacia que los soldados se habilitasen en el uso de los arcabuces y las ballestas, y se enseñasen á manejar la pica, á formar ó desfilar un esquadron, á dar una carga, y á ocupar un puesto, adestrándolos él mismo con la voz y con el exemplo en estos ensayos ó rudimentos del arte militar, como lo observaban los antiguos Capitanes, que fingian las batallas y los asaltos para enseñar á los visoños la verdad de la guerra: cuya disciplina, practicada cuidadosamente en el tiempo de la paz, tuvo tanta estimacion entre los Romanos, que de este exercicio tomaron el nombre los exércitos.

Al mismo paso y con el mismo fervor se iba caminando en las demas prevenciones; pero quando estaban todos mas gustosos con la vecindad del dia señalado para la partida, llegó á la Havana Gaspar de Garníca, criado de Diego Velazquez, con nuevos despachos para Pedro de

Barba, en que le ordenaba, sin dexarle arbitrio, que quitáse luego la armada á Cortés, y le enviáse preso con toda seguridad: ponderándole quan irritado quedaba con Francisco Verdugo, porque le dexó pasar de la Trinidad; y dándole á entender con este enojo lo que aventuraba en no obedecerle con mayor resolucion. Escribió tambien á Diego de Ordaz y á Juan Velazquez de Leon que asistiesen á Pedro de Barba en la execucion de esta órden; pero no faltó quien avisáse á Cortés con el mismo Garníca de todo lo que pasaba, exhortándole á que miráse por sí; pues el que le hizo el beneficio de fiarle aquella empresa trataba de quitarsela con tanto desdoro suyo, y le libraba del riesgo de ingrato, arrojándole violentamente de la obligacion en que le habia puesto.

CAPITULO XIII.

Resuelvese Hernan Cortés á no dexarse atropellar de Diego Velazquez: motivos justos de esta resolucion: y lo demas que pasó hasta que llegó el tiempo de partir de la Havana.

Aunque Hernan Cortés era hombre de gran corazon, no pudo dexar de sobresaltarse con esta noticia, que traía de mas sensible todo aquello que tuvo de ménos esperada: porque estaba cre-

yendo que Diego Velazquez se habria dado por satisfecho con lo que le escribieron y aseguraron todos en respuesta de la primera órden que llegó á la villa de la Trinidad. Pero viendo que esta nueva órden venia ya con señales de obstinacion irremediable, empezó á discurrir con ménos templanza en el modo de volver por sí. Considerabase por una parte aplaudido y aclamado de todos los que le seguian; y por otra abatido, y condenado á una prision como delinqüente. Reconocia que Diego Velazquez tenia empleado algun dinero en la primera formacion de aquella armada; pero tambien era suya y de sus amigos la mayor parte del gasto, y todo el nervio de la gente. Revolvia en su imaginacion todas las circunstancias de su agravio: y poniendo los ojos en los desayres que habia sufrido hasta entónces, se volvia contra sí, llegando á enojarse con su paciencia: y no sin alguna causa; porque esta virtud se dexa irritar y afligir dentro de los límites de la razon; pero en pasando de ellos, declina en baxeza de ánimo, y en falta de sentido. Congojabale tambien el malogro de aquella empreza, que se perderia enteramente si él volviese las espaldas: y sobre todo le apretaba en lo mas vivo del corazon el ver aventurada su honra, cuyos riesgos, en quien sabe lo que vale, tienen el primer lugar en la defensa natural.

Sobre estos discursos, á este tiempo, y con esta irritacion, tomó Hernan Cortés la primera resolu-

cion de romper con Diego Velazquez: de que se convence lo poco que le favoreció Antonio de Herrera, poniendo este rompimiento en la ciudad de Santiago, y en un hombre acabado de obligar. Estamos á lo que refiere Bernal Diaz del Castillo en esta noticia; y no es el autor mas favorable, porque Gonzalo Fernandez de Oviedo asienta que se mantuvó en la dependencia del Gobernador Diego Velazquez: hasta que ya dentro de Nueva España llegó el caso de obrar por sí, dando cuenta al Emperador de los primeros sucesos de su conquista.

No parezca digresion agena del asunto el habernos detenido en preservar de estos primeros deslucimientos á nuestro Hernan Cortés. Tan lejos tenemos las causas de la lisonja en lo que defendemos, como las del odio en lo que impugnamos; pero quando la verdad abre camino para desagraviar los principios de un hombre que supo hacerse tan grande con sus obras, debemos seguir sus pasos, y complacernos de que sea lo mas cierto lo que está mejor á su fama.

Bien conocemos que no se debe callar en la Historia lo que se tuviere por culpable, ni omitir lo que fuere de reprehension: pues sirven tanto en ella los exemplos que hacen aborrecible el vicio, como los que persuaden á la imitacion de la virtud; pero esto de inquirir lo peor de las acciones, y referir como verdad lo que se imaginó, es

mala inclinacion del ingenio, y culpa conocida en algunos escritores que leyeron á Cornelio Tácito con ambicion de imitar lo inimitable, y se persuaden á que le beben el espíritu en lo que malician ó interpretan con ménos artificio que veneno.

Volviendo pues á nuestra narracion, resuelto ya Hernan Cortés á que no le convenia disimular su queja, ni era tiempo de consejos medios, que ordinariamente son enemigos de las resoluciones grandes, trató de mirar por sí, usando de la fuerza con que se hallaba segun la hubiese menester: ántes que Pedro de Barba se determináse á publicar la órden que tenia contra él, puso toda su diligencia en apartar de la Havana á Diego de Ordaz, de quien se rezelaba mas, despues que supo los intentos que tuvo de hacerse nombrar por Gobernador en su ausencia: y así le ordenó que se embarcáse luego en uno de los baxeles, y fuese á Guanicaníco, poblacion situada de la otra parte del Cabo de San Anton, para recoger unos bastimentos que se habian encaminado por aquel parage, mientras él llegaba con el resto de la armada: y asistiendo á la execucion de esta órden con sosegada actividad, se halló brevemente desembarazado del sugeto que podia hacerle alguna oposicion; y pasó á verse con Juan Velazquez de Leon, á quien reduxo facilmente á su partido, porque estaba algo desabrido con su pariente, y era hom-

bre de mas docilidad y ménos artificio que Diego de Ordaz.

Con estas prevenciones se dexó ver de sus soldados, publicando la nueva persecucion de que estaba amenazado. Corrió la voz, y vinieron todos á ofrecersele conformes en la resolucion de asistirle, aunque diferentes en el modo de darse á entender: porque los nobles manifestaban su ánimo como efecto natural de su obligacion; pero los demas tomaron su causa con sobrado fervor, rompiendo en voces descompuestas, que llegaron á poner en cuidado al mismo que favorecian: verificándose en su inquietud y en sus amenazas lo que suele perder la razon quando se dexa tratar de la muchedumbre.

Pero ántes que tomáse cuerpo este primer movimiento de la gente, conociendo Pedro de Barba lo que aventuraba en la dilacion, buscó á Hernan Cortés, y entró desarmando todo aquel aparato con decir á voces que no trataba de poner en execucion la órden de Diego Velazquez, ni queria que por su mano se obráse una sinrazon tan conocida: con que se convirtieron las amenazas en aplausos; y aseguró luego la sinceridad de su ánimo, despachando publicamente á Gaspar de Garníca con una carta para Diego Velazquez, en que le decia, que ya no era tiempo de detener á Cortés, porque se hallaba con mucha gente para de-

xarse maltratar, ó reducirse á obedecer: y le ponderaba, no sin encarecimiento, la inquietud que ocasionó su órden en aquellos soldados, y el peligro en que se vió aquel pueblo de alguna turbacion: concluyendo la carta con aconsejarle que llevåse á Cortés por el camino de la confianza, cobrando el beneficio pasado con nuevos beneficios, y se aventuráse á fiar de su agradecimiento lo que ya no se podia esperar de la persuasion ni de la fuerza.

Hecha esta diligencia, se puso todo el cuidado en abreviar la partida: y fué necesario, para sosegar la gente, que mal hallada, al parecer, sin la cólera que habia concebido, volvia nuevamente á inquietarse con una voz que corrió de que Diego Velazquez trataba de venir á executar personalmente aquella violencia, como dicen que lo tuvo resuelto. Pero aventurára mucho, y no lo hubiera conseguido: porque suele ser flaco argumento el de la autoridad para disputar con los que tienen la razon y la fuerza de su parte.

CAPITULO XIV.

Distribuye Cortés los cargos de su armada: parte de la Havana, y llega á la Isla de Cozumel, donde pasa muestra, y anima sus soldados á la empresa.

Habiase agregado un bergantin de mediano porte á los diez baxeles que estaban prevenidos: y así formó Cortés de su gente once compañías, dando una á cada baxel: para cuyo gobierno nombró por Capitanes á Juan Velazquez de Leon, Alonso Hernandez Portocarrero, Francisco de Montejo, Christoval de Olid, Juan de Escalante, Francisco de Morla, Pedro de Alvarado, Francisco Saucedo, y Diego de Ordaz; que no le apartó para olvidarle, ni se resolvió á tenerle ocioso, dexándole desobligado: y reservando para sí el gobierno de la capitana, encargó el bergantin á Ginés de Nortes. Dió tambien el cuidado de la artillería á Francisco de Orozco, soldado de reputacion en las guerras de Italia, y el cargo de Piloto mayor á Anton de Alaminos, diestro en aquellos mares, por haber tenido esta misma ocupacion en los dos viages de Francisco Fernandez de Cordoba y Juan

de Grijalva. Formó sus instrucciones, previniendo con cuidadosa prolixidad las contingencias: y llegado el dia de la embarcacion, se dixo con solemnidad una Misa del Espíritu Santo, que oyeron todos con devocion, poniendo á Dios en el principio, para asegurar los progresos de la obra que emprendian: y Hernan Cortés en el primer acto de su jurisdiccion dió para el regimiento de la armada el nombre de San Pedro, que fué lo mismo que invocarle y reconocerle por Patron de aquella empresa, como lo habia sido de todas sus acciones desde sus primeros años. Ordenó luego á Pedro de Alvarado, que adelantándose por la banda del norte, buscáse en Guanicaníco á Diego de Ordaz, para que juntos le esperasen en el Cabo de San Anton: y á los demas que siguiesen la capitana: y en caso que el viento ó algun accidente los apartáse, tomasen el rumbo de la Isla de Cozumel, que descubrió Juan de Grijalva, poco distante de la tierra que buscaban, donde se habia de tratar y resolver lo que conviniese para entrar en ella, y proseguir el intento de su jornada.

Partieron ultimamente del puerto de la Havana en diez de Febrero del año de mil y quinientos y diez y nueve, favorecidos al principio del viento: pero tardó poco en declararles su inconstancia: porque al caer del sol se levantó un recio temporal que los puso en grande turbacion; y al cerrar de la noche fué necesario que los baxeles se apar-

tasen para no ofenderse, y corriesen impetuosamente, dexándose llevar del viento, y eligiendo como voluntaria la velocidad que no podian resistir. El navio que gobernaba Francisco de Morla padeció mas que todos, porque un embate del mar le llevó de traves el timon, y le dexó á pique de perderse. Hizo diferentes llamadas con que puso en nuevo cuidado á los compañeros, que atentos al peligro ageno, sin olvidar el propio, hicieron quanto les fué posible para mantenerse cerca, forcejando á veces, y á veces contemporizando con el viento. Cesó la tormenta con la noche; y quando se pudieron distinguir con la primera luz los baxeles, acudió Cortés, y se acercaron todos al que zozobraba; y á costa de alguna detencion se remedió el daño que habia padecido.

En este tiempo Pedro de Alvarado, que, como vimos, se adelantó en busca de Diego de Ordaz, se halló con el dia arrojado de la tempestad mas dentro del Golfo que pensaba: porque el mismo cuidado de apartarse de la tierra que iba costeando le obligó á correr sin reserva, tomando como seguridad el peligro menor. Reconoció el Piloto por la brújula y carta de marear que habian decaido tanto del rumbo que traían, y se hallaban ya tan distantes del Cabo de San Anton, que seria temeridad el volver atras; y propuso como conveniente el pasar de una vez á la Isla de Cozumel. Dexólo á su arbitrio Pedro de Alvarado, acordán-

dole con floxedad la órden que traía de Hernan Cortés, que fué lo mismo que dispensarla: y así continuaron su viage, y surgieron en la Isla dos dias ántes que la armada. Saltaron en tierra con ánimo de alojarse en un pueblo vecino á la costa, que el Capitan y algunos de los soldados conocian ya desde el viage de Juan de Grijalva; pero le hallaron despoblado, porque los Indios que le habitaban, al reconocer el desembarco de los extrangeros, dexaron sus casas, retirándose la tierra adentro con sus pobres alhajas, pequeño estorvo de la fuga.

Era Pedro de Alvarado mozo de espíritu y valor, hecho á obedecer con resolucion; pero nuevo en el mandar, para tomarla por sí. Engañóse creyendo que, mientras llegáse la armada, sería virtud en un soldado todo lo que no fuese ociosidad; y así ordenó que marcháse la gente á reconocer lo interior de la Isla: y á poco mas de una legua hallaron otro lugar, despoblado tambien, pero no tan desproveido como el primero; porque habia en él alguna ropa, gallinas y otros bastimentos, que se aplicaron los soldados como bienes sin dueño, ó como despojos de la guerra que no habia: y entrando en un adoratorio de aquellos sus idolos abominables, hallaron algunas joyuelas ó pendientes que servian á su adorno, y algunos instrumentos del sacrificio hechos de oro con mezcla de cobre, que aun siendo baladí, se

les hacia ligero. Jornada sin utilidad ni consejo, que solo sirvió de escarmentar á los naturales de la Isla, y embarazar el intento que se llevaba de pacificarlos. Conoció, aunque tarde, Pedro de Alvarado que era licencia lo que tuvo por actividad: y así se retiró con su gente al primer alojamiento, haciendo en el camino tres prisioneros, dos Indios y una India, desgraciados en huir, que se dieron sin resistencia.

Llegó la armada el dia siguiente, habiendo recogido el baxel de Diego de Ordaz, porque Hernan Cortés le avisó desde el Cabo de San Anton que viniese á incorporarse con ella, temiendo la contingencia de que se hubiese descaminado con la tempestad Pedro de Alvarado, que le traía cuidadoso: y aunque se alegró interiormente de hallarle ya en salvamento, mandó prender al Piloto, y reprehendio asperamente al Capitan, porque no habia guardado y hecho guardar su órden, y por el atrevimiento de hacer entrada en la Isla, y permitir á sus soldados que saqueasen el lugar donde llegaron: sobre lo qual le dixo algunos pesares en público, y con toda la voz, como qüien deseaba que su reprehension fuese doctrina para los demas. Llamó luego á los tres prisioneros, y por medio de Melchor el intérprete (que venía solo en esta jornada, porque habia muerto su compañero) les dió á entender lo que sentia el mal pasage que hicieron á su pueblo aquellos soldados: y mandando que se les restituyese el oro

y la ropa que ellos mismos eligieron, los puso en libertad, y les dió algunas buxerías que llevasen de presente á sus Caciques, para que á vista de estas señales de paz perdiesen el miedo que habian concebido.

Alojóse la gente en el puerto mas vecino á la costa, y descansó tres dias sin pasar adelante, por no aumentar la turbacion de los Isleños. Pasó muestra en esquadron el exército, y se hallaron quinientos y ocho soldados, diez y seis caballos, y ciento y nueve entre Maestres, Pilotos y Marineros, sin los dos Capellanes el Licenciado Juan Diaz, y el Padre Fray Bartholomé de Olmedo Religioso de la Orden de nuestra Señora de la Merced, que asistieron á Cortés hasta el fin de la conquista.

Pasada la muestra, volvió á su alojamiento acompañado de los Capitanes y soldados mas principales: y tomando entre ellos lugar poco diferente, los habló en esta substancia; "Quando considero, amigos "y compañeros mios, como nos ha juntado en esta "Isla nuestra felicidad, quantos estorvos y perse- "cuciones dexamos atras, y como se nos han des- "hecho las dificultades, conozco la mano de Dios "en esta obra que emprendemos, y entiendo "que en su altísima providencia es lo mismo fa- "vorecer los principios, que prometer los sucesos. "Su causa nos lleva, y la de nuestro Rey, que "tambien es suya, á conquistar regiones no cono- "cidas: y ella misma volverá por sí, mirando por

"nosótros. No es mi ánimo facilitaros la em-
"presa que acometemos: combates nos esperan
"sangrientos, facciones increibles, batallas desi-
"guales en que habréis menester socorreros de to-
"do vuestro valor, miserias de la necesidad, in-
"clemencias del tiempo, y asperezas de la tierra,
"en que os será necesario el sufrimiento, que es
"el segundo valor de los hombres, y tan hijo del
"corazon como el primero: que en la guerra mas
"veces sirve la paciencia que las manos; y quiza
"por esta razon tuvo Hércules el nombre de in-
"vencible, y se llamaron trabajos sus hazañas.
"Hechos estais á padecer, y hechos á pelear en
"esas Islas que dexais conquistadas: mayor es
"nuestra empresa, y debemos ir prevenidos de
"mayor osadía: que siempre son las dificultades
"del tamaño de los intentos. La antigüedad
"pintó en lo mas alto de los montes el templo de
"la Fama, y su simulacro en lo mas alto del tem-
"plo, dando á entender que para hallarla, aun
"despues de vencida la cumbre, era menester el
"trabajo de los ojos. Pocos somos; pero la
"union multiplica lor exércitos, y en nuestra
"conformidad está nuestra mayor fortaleza. Uno,
"amigos, ha de ser el consejo en quanto se
"resolviere, una la mano en la execucion,
"comun la utilidad, y comun la gloria en lo
"que se conquistáre. Del valor de qualquiera
"de nosotros se ha de fabricar y componer

" la seguridad de todos. Vuestro caudillo soy; y
" seré el primero en aventurar la vida por el me-
" nor de los soldados. Mas tendréis que obedecer
" en mi exemplo, que en mis órdenes: y puedo
" aseguraros de mí, que me basta el ánimo á con-
" quistar un mundo entero; y aun me lo promete
" el corazon con no sé que movimiento extraor-
" dinario, que suele ser el mejor de los presagios.
" Alto, pues, á convertir en obras las palabras; y
" no os parezca temeridad esta confianza mia,
" pues se funda en que os tengo á mi lado, y
" dexo de fiar de mí todo lo que espero de vos-
" otros."

Así los persuadia y animaba, quando llegó noticia de que se habian dexado ver algunos Indios á pequeña distancia; y aunque al parecer venian desunidos y sin aparato de guerra, mandó Cortés que se previniese la gente sin ruido de caxas, y que estuviese encubierta al abrigo del mismo alojamiento hasta ver si se acercaban, y con qué determinacion.

CAPITULO XV.

Pacifica Hernan Cortés los Isleños de Cozumel: hace amistad con el Cacique: derriba los ídolos: da principio á la introduccion del Evangelio; y procura cobrar unos Españoles que estaban prisioneros en Yucatán.

Estaban los Indios en pequeñas tropas discurriendo al parecer entre sí, como quien observaba el movimiento, y se animaba en la quietud de nuestra gente. Ibanse acercando los mas atrevidos; y como estos no recibian daño, se atrevian los cobardes: con que en breve rato llegaron algunos al quartel, y hallaron en Cortés y en los demas tan favorable acogida, que convocaron á sus compañeros. Vinieron muchos aquel dia, y andaban entre los soldados con alegre familiaridad, tan hallados con sus huespedes, que apenas se les conocia la admiracion; ántes se portaban como gente enseñada á tratar con forasteros. Habia en esta Isla un ídolo muy venerado entre aquellos bárbaros, cuyo nombre tenia inficionada la devocion de diferentes provincias de la Tierra firme, que freqüentaban su templo en contínuas peregrinaciones: y así estaban los Isleños de Cozumel

hechos á comerciar con naciones extrangeras de diversos trages y lenguas; por cuya causa ó no extrañarian la novedad de nuestra gente, ó la extrañarian sin encogimiento.

Aquella noche se retiraron todos á sus casas: y el dia siguiente vino el Cacique principal de la Isla á visitar á Cortés con grande, aunque deslucido acompañamiento, trayendo él mismo su embaxada y su regalo. Recibióle con agasajo y cortesia, y por medio del intérprete le aseguró de su benevolencia, y le ofreció su amistad y la de su gente: á que respondió, que la admitia, y que era hombre que la sabria mantener. Oyóse, entre los Indios que le acompañaban, uno que, al parecer, repetia mal pronunciado el nombre de Castilla: y Hernan Cortés, en quien nunca el divertimiento llegaba á ser descuido, reparó en ello, y mandó al intérprete que averiguáse la significacion de aquella palabra; cuya advertencia, aunque pareció entónces casual, fué de tanta consideracion para facilitar la conquista de Nueva España como verémos despues.

Decia el Indio que nuestra gente se parecia mucho á unos prisioneros que estaban en Yucatán, naturales de una tierra que se llamaba Castilla: y apénas lo oyó Cortés, quando resolvió ponerlos en libertad, y traerlos á su compañía. Informóse mejor: y hallando que estaban en poder de unos Indios principales, que residian dos jornadas la

tierra adentro de Yucatán, comunicó su intento al Cacique para que le dixese si eran Indios guerreros los que tenian en su dominio aquellos Christianos, y con qué fuerza se podria conseguir el sacarlos de esclavitud. Respondióle con pronta y notable advertencia, que sería lo mas seguro tratar de rescatarlos á trueque de algunas dádivas; porque entrando de guerra, se expondria á que matasen los esclavos, y á no quedar ayroso con el castigo de sus dueños. Abrazó Hernan Cortés su consejo, admirándose de hallar tan buena política en el Cacique, á quien debió de enseñar algo de la razon que llaman de estado aquello poco que tenia de Príncipe.

Dispuso luego que Diego de Ordaz pasáse con su baxel y con la gente de su cargo á la costa de Yucatán por la parte mas vecina á Cozumel, que serian quatro leguas de travesía, y que echáse en tierra los Indios que señaló el mismo Cacique para esta diligencia: los quales llevaron carta de Cortés para los prisioneros, con algunas buxerías que sirviesen de precio á su rescate; y Diego de Ordaz órden para esperarlos ocho dias, en cuyo término ofrecieron los Indios volver con la respuesta.

Entretanto Cortés marchó con su gente unida á reconocer la Isla; no porque le pareciese necesario ir en defensa, sino porque no se desmandasen los soldados, y recibiesen algun daño los naturales. Deciales: " Que aquella era una pobre gente sin re-

" sistencia, cuya sinceridad pedia como deuda el " buen tratamiento, y cuya pobreza ataba las ma- " nos á la codicia: que de aquel pequeño pedazo " de tierra no se habia de sacar otra riqueza que la " buena fama. Y no penseis (proseguia) que la " opinion que aquí se ganáre se estrecha á los cor- " tos límites de una Isla miserable; pues el con- " curso de los peregrinos que suelen acudir á ella, " como habeis entendido, llevará vuestro nombre " á otras regiones, donde habrémos menester des- " pues el credito de piadosos y amigos de la razon, " para facilitar nuestros intentos, y tener ménos " que pelear donde haya mas que adquirir." Con estas y otras amigables pláticas los llevaba contentos y reprimidos. Iban siempre acompañados del Cacique y de muchos Indios que acudian con bastimentos: y pasaban cuentas de vidrio por buena moneda, creyendo que hacian á los compradores el mismo engaño que padecian.

A poco trecho de la costa se halláron en el templo de aquel ídolo tan venerado, fábrica de piedra en forma quadrada, y de no despreciable arquitectura. Era el ídolo de figura humana; pero de horrible aspecto y espantosa fiereza, en que se dexaba conocer la semejanza de su original. Observóse esta misma circunstancia en todos los ídolos que adoraba aquella Gentilidad, diferentes en la hechura y en la significacion; pero conformes en lo feo y abominable; ó acertasen aquellos bárbaros

en lo que fingian; ó fuese que el demonio se les aparecia como es, y dexaba en su imaginacion aquellas especies: con que sería primorosa imitacion del artífice la fealdad del simulacro.

Dicen que se llamaba este ídolo Cozumel, y que dió á la Isla el nombre que se conserva hoy en ella; mal conservado, si es el mismo que el demonio tomó para sí: falta de advertencia que se ha vinculado en los mapas contra toda razon. Hábia gran concurso de Indios quando llegaron los Españoles, y en medio de ellos estaba un sacerdote, que se diferenciaba de los demas en no sé que ornamento, ó media vestidura de que tenia mal cubiertas las carnes: y, al parecer, les predicaba, ó inducia con voces y ademanes dignos de risa; porque desvariaba en tono de sermon, y con toda aquella gravedad y ponderacion que cabe en un hombre desnudo. Interrumpióle Cortés, y vuelto al Cacique, le dixo: "Que para mantener la amistad que entre "los dos tenian asentada, era necesario que dexáse "la falsa adoracion de sus ídolos, y que á su e-"xemplo hiciesen lo mismo sus vasallos." Y apartándose con él y con el intérprete, le dió á entender su engaño, y la verdad de nuestra Religion, con argumentos manuales acomodados á la rudeza de sus oídos: pero tan eficaces, que el Indio quedó asombrado, sin acertar á responder, como quien tenia entendimiento para conocer su ignorancia. Cobróse, y pidió licencia para comunicar aque

negocio á los sacerdotes: porque en puntos de Religion les dexaba, ó les cedia la suprema autoridad. De cuya conferencia resultó el venir aquel venerable predicador acompañado de otros de su profesion, y el dar todos grandes voces, que descifradas por el intérprete contenian diferentes protestas de parte del cielo contra qualquiera que se atreviese á turbar el culto de sus dioses, intimando que se veria el castigo al mismo instante que se intentáse el atrevimiento. Irritóse Cortés de oir semejante amenaza; y los soldados, hechos á observar su semblante, conocieron su determinacion, y embistieron con el ídolo, arrojándole del altar hecho pedazos, y executando lo mismo con otros ídolos menores que ocupaban diferentes nichos. Quedaron atónitos los Indios de ver posible aquel destrozo: y como el cielo se estuvo quedo, y tardó la venganza que esperaban, se fué convirtiendo en desprecio la adoracion, y empezaron á correrse de tener dioses tan sufridos: siendo esta vergüenza el primer esfuerzo que hizo la verdad en sus corazones. Corrieron la misma fortuna otros adoratorios: y en el principal de ellos, limpio ya de aquellos fragmentos inmundos, se fabricó un altar, y se colocó una imágen de Nuestra Señora, fixando á la entrada una cruz grande que labraron con piadosa diligencia los carpinteros de la armada. Dixose Misa en aquel altar el dia siguiente, y asistieron á ella, mezclados con los Españoles

el Cacique y mucho número de Indios con un silencio, que parecia devocion, y pudo ser efecto natural del respeto que infunden aquellas santas ceremonias, ó sobrenatural del mismo inefable misterio.

Así ocuparon el tiempo Cortés y sus soldados, hasta que pasados los ocho dias que llevó de término Diego de Ordaz para esperar á los Españoles que estaban cautivos en Yucatan, volvió á la Isla sin traer noticia de ellos, ni de los Indios que se encargaron de buscarlos. Sintiolo mucho Hernan Cortés ; pero en la duda de que le hubiesen engañado aquellos bárbaros, por quedarse con los rescates que tanto codiciaban, no quiso detener su viage, ni dar á entender su rezelo al Cacique; ántes se despidió de él con urbanidad y agasajo, encargándole mucho la cruz y aquella santa imágen que dexaba en su poder, cuya veneracion fiaba de su amistad, entretanto que, mejor instruido, pudiese abrazar la verdad con el entendimiento.

CAPITULO XVI.

Prosigue Hernan Cortés su viage, y se halló obligado de un accidente á volver á la misma Isla: recoge con esta detencion á Gerónimo de Aguilar, que estaba cautivo en Yucatán, y se da cuenta de su cautiverio.

Volvió Cortés á su navegacion con ánimo de seguir el mismo rumbo que abrió Juan de Grijalva, y buscar aquellas tierras de donde le retiró su damasiada obediencia. Iba la armada viento en popa, y todos alegres de verse ya en viage; pero á pocas horas de prosperidad se hallaron en un accidente que los puso en cuidado. Disparó una pieza el navio de Juan de Escalante; y volviendo todos á mirarle, repararon al principio en que seguia con dificultad; y despues en que tomaba la vuelta de la Isla. Conoció Hernan Cortés lo que aquellas señas daban á entender: y sin detener en el discurso la resolucion, mandó que toda la armada volviese en su seguimiento. Fué bien necesaria la diligencia de Juan de Escalante para escapar el baxel: porque se iba llenando de agua tan irremediablemente, que llegó á la Isla en tér-

minos de anegarse, aunque tardaron poco los que venian en su socorro. Desembarcó la gente; y acudieron luego á la costa el Cacique y algunos de sus Indios, que al parecer no dexaban de estrañar con algun rezelo la brevedad de la vuelta; pero luego que entendieron la causa, ayudaron con alegre solicitud á la descarga del baxel, y asistieron despues á los reparos, y á la carena de que necesitaba: siendo en uno y en otro de mucho servicio sus canoas, y la destreza con que las manejaban.

Entretanto que esto se disponia, fué Hernan Cortés acompañado del Cacique y de algunos de sus soldados á visitar y reconocer el templo, y halló la cruz y la imágen de Nuestra Señora en el mismo lugar donde quedaron colocadas: notando con gran consuelo suyo algunas señales de veneracion que se reconocian en la limpieza y perfumes del templo, y en diferentes flores y ramos con que tenian adornado el altar. Dió las gracias al Cacique de que se hubiese tenido en su ausencia aquel cuidado: y él las admitia, y se congratulaba con todos, encareciendo como hazaña de su buen proceder aquellas dos ó tres horas de constancia.

Digno es de particular reparo este accidente que detuvo el viage de Cortés, obligándole á desandar aquellas leguas que habia navegado. Algunos sucesos, aunque caben en la posibilidad y en la

contingencia, se hacen advertir como algo mas que casuales. Quien vió interrumpida la navegacion de la armada, y aquel navio que se anegaba, pudo tener este embarazo por una desgracia fácil de suceder; pero quien viese que aquel mismo tiempo que fué necesario para reparar el navio, lo fué tambien para que llegáse á la Isla uno de los cautivos Christianos que estaban en Yucatán, y que se hallaba este con bastante noticia de aquellas lenguas para suplir la falta del intérprete, y que fué despues uno de los principales instrumentos de aquella conquista, no se contentará con poner todo este suceso en la jurisdiccion de los acasos, ni dexará de buscar, á mayores fines, superior providencia.

Quatro dias tardaron en el aderezo del baxel; y el último de ellos, quando ya se trataba de la embarcacion, se dexó ver á larga distancia una canoa que venía atravesando el Golfo de Yucatan en derechura de la Isla. Conocióse á breve rato que traía Indios armados, y pareció novedad la diligencia con que se aprovechaban de los remos, y se iban acercando á la Isla sin rezelarse de nuestra armada. Llegó esta novedad á noticia de Hernan Cortés, y ordenó que Andrés de Tapia se alargáse con algunos soldados ácia el parage donde se encaminaba la canoa, y procuráse exâminar el intento de aquellos Indios. Tomó Andrés de Tapia puesto acomodado para no ser descubierto; pero al reconocer que saltaban en tierra con prevencion de

arcos y flechas, los dexó que se apartasen de la costa, y los embistió con la mar á las espaldas, porque no se le pudiesen escapar. Quisieron huir luego que le descubrieron; pero uno de ellos, sosegando á los demas, se detuvo á tres ó quatro pasos, y dixo en voz alta algunas palabras castellanas, dándose á conocer por el nombre de Christiano. Recibióle Andrés de Tapia con los brazos, y gustoso de su buena suerte le llevó á la presencia de Hernan Cortés acompañado de aquellos Indios, que segun lo que se conoció despues, eran los mensageros que dexó Diego de Ordaz en la costa de Yucatán. Venía desnudo el Christiano; aunque no sin algun género de ropa que hacia decente la desnudez, ocupado el un hombro con el arco y el carcax, y terciada sobre el otro una manta á manera de capa, en cuyo extremo traía atadas unas horas de Nuestra Señora, que manifestó luego, enseñándolas á todos los Españoles, y atribuyendo á su devocion la dicha de verse con los Christianos: tan bozal en las cortesías, que no acertaba á desasirse de la costumbre, ni á formar claúsulas enteras, sin que tropezase la lengua en palabras que no se dexaban entender. Agasajóle mucho Hernan Cortés: y cubriéndole entónces con su mismo capote, se informó por mayor de quien era, y ordenó que le vistiesen y regalasen, celebrando entre todos sus soldados como felicidad suya y de su jornada el haber redimido de aquella

esclavitud á un Christiano: que por entónces solo se habian descubierto los motivos de la piedad.

Llamábase Gerónimo de Aguilar, natural de Ecija: estaba ordenado de Evangelio: y segun lo que despues refirió de su fortuna y sucesos, habia estado cerca de ocho años en aquel miserable cautiverio: Padeció naufragio en los baxos que llaman de los Alacranes una carabela en que pasaba del Darien á la Isla de Santo Domingo; y escapando en el esquife con otros veinte compañeros, se hallaron todos arrojados del mar en la costa de Yucatan, donde los prendieron, y llevaron á una tierra de Indios Caribes: cuyo Cacique mandó apartar luego á los que venian mejor tratados, para sacrificarlos á sus ídolos, y celebrar despues un banquete con los miserables despojos del sacrificio. Uno de los que se reservaron para otra ocasion, defendidos entónces de su misma flaqueza, fué Gerónimo de Aguilar; pero le prendieron rigurosamente, y le regalaban con igual inhumanidad, pues le iban disponiendo para el segundo banquete. ¡ Rara bestialidad! horrible á la naturaleza y á la pluma. Escapó como pudo de una jaula de madera en que le tenian; no tanto porque le pareciese posible salvar la vida, como para buscar otro género de muerte: y caminando algunos dias apartado de las poblaciones, sin otro alimento que el que le daban las hierbas del campo,

cayó despues en manos de unos Indios, que le presentaron á otro Cacique enemigo del primero, á quien hizo ménos inhumano la oposicion á su contrario, y el deseo de afectar mejores cóstumbres. Sirvióle algunos años, experimentando en esta nueva esclavitud diferentes fortunas: porque al principio le obligó á trabajar mas de lo que alcanzaban sus fuerzas; pero despues le hizo mejor tratamiento, pagado al parecer, de su obediencia, y particularmente de su honestidad: para cuya experiencia le puso en algunas ocasiones, ménos decentes en la narracion: :que no hay tan bárbaro entendimiento donde no se dexe conocer alguna inclinacion á las virtudes. Dióle ocupacion cerca de su persona, y en breves dias tuvo su estimacion y su confianza.

Muerto este Cacique, le dexó recomendado á un hijo suyo, con quien se hizo el mismo lugar, y le favorecieron mas las ocasiones de acreditarse; porque le movieron guerra los Caciques comarcanos, y en ella se debieron á su valor y consejo diferentes victorias: con que ya tenia el valimiento de su amo, y la veneraciou de todos, hallándose con tanta autoridad, que quando llegó la carta de Cortés, pudo facilmente disponer su libertad, tratándola como recompensa de sus servicios, y ofrecer como dádiva suya las preséas que se le enviaron para su rescate.

Así lo referia él: y que de los otros Españoles

que estaban cautivos en aquella tierra, solo vivia un marinero natural de Palos de Moguer, que se llamaba Gonzalo Guerrero; pero que habiéndole manifestado la carta de Hernan Cortés, y procurado traerle consigo, no lo pudo conseguir, porque se hallaba casado con una India bien acomodada, y tenia en ella tres ó quatro hijos, á cuyo amor atribuía su ceguedad: fingiendo estos afectos naturales, para no dexar aquella lastimosa. comodidad, que en sus cortas obligaciones pesaba mas que la honra y que la Religion. No hallamos que se refiera de otro Español en estas conquistas semejante maldad: indigno por cierto de esta memoria que hacemos de su nombre; pero no podemos borrar lo que escribieron otros, ni dexan de tener su enseñanza estas miserias á que está sujeta nuestra naturaleza, pues se conoce por ellas á lo que puede llegar el hombre, si le dexa Dios.

CAPITULO XVII.

Prosigue Hernan Cortés su navegacion, y llega al rio de Grijalva, donde halla resistencia en los Indios, y pelea con ellos en el mismo rio, y en la desembarcacion.

Partieron segunda vez de aquella Isla en quatro de Marzo del mismo año de mil y quinientos y diez y nueve, y sin que se les ofreciese acaecimiento digno de memoria, doblaron la punta de Cotoche, que, como vimos, está en lo mas oriental de Yucatán; y siguiendo la costa, llegaron al parage de Champoton, donde se disputó si convenia salir á tierra: opinion á que se inclinaba Hernan Cortés por castigar en aquellos Indios la resitencia que hicieron á Juan de Grijalva, y ántes á Francisco Fernandez de Cordoba: y algunos soldados de los que se hallaron en ambas ocasiones fomentaban con espíritu de venganza esta resolucion: pero el Piloto mayor y los demas de su profesion se opusieron á ella con evidente demostracion: porque el viento, que favorecia para pasar adelante, era contrario para acercarse por aquella parte á la tierra: y así continuaron su

viage, y llegaron al rio de Grijalva, donde hubo ménos que dicurrir: porque el buen pasage que hicieron á su armada los Indios de Tabasco, y el oro que entónces se llevó de aquella provincia, eran dos incentivos poderosos que llamaban los ánimos á la tierra. Y Hernan Gortés condescendió con el voto comun de sus soldados, mirando á la conveniencia de conservar aquellos amigos; aunque no pensaba detenerse muchos dias en Tabasco, y siempre llevaba la mira en los dominios del Príncipe Motezuma, cuyas noticias tuvo Juan de Grijalva en aquella provincia: siendo su dictámen que en este género de conquistas se debia ir primero á la cabeza que á los miembros, para llegar con las fuerzas á lo mas dificultoso.

Sirvióse de la experiencia que ya se tenia de aquel parage para disponer la entrada: y dexando aferrados los navios de mayor porte, hizo pasar á los que podian navegar por el rio, y á los esquifes toda la gente prevenida de sus armas, y empezó á caminar contra la corriente, observando el órden con que gobernó su faccion Juan de Grijalva. Reconocieron á breve rato considerable número de canoas de Indios armados, que ocupaban las dos riberas al abrigo de diferentes tropas que se descubrian en la tierra. Fuése acercando Hernan Cortés con su fuerza unida, y ordenó que ninguno disparáse, ni diese á entender que se trataba de ofenderlos: imitando tambien en esto á Grijalva,

como quien deseaba sin vanidad el acierto, y sabía quanto se aventuran los que se precian de abrir sendas, y tiran solo á diferenciarse de sus antecesores. Eran grandes las voces con que los Indios procuraban detener á los forasteros: y luego que se pudieron distinguir, se conoció que Gerónimo de Aguilar entendia la lengua de aquella nacion, por ser la misma, ó muy semejante á la que se hablaba en Yucatan: y Hernan Cortés tuvo por obra del cielo el hallarse con intérprete de tanta satisfaccion. Dixo Aguilar, que las voces que se percibian eran amenazas, y que aquellos Indios estaban de guerra; por cuya causa se fué deteniendo Cortés, y le ordenó que se adelantáse en uno de los esquifes, y los requiriese con la paz, procurando ponerlos en razon. Executólo así, y volvió brevemente con noticia de que era grande el número de Indios que estaban prevenidos para defender la entrada del rio, tan obstinados en su resolucion, que negaron con insolencia los oídos á su embaxada. No quisiera Hernan Cortés dar principio en aquella tierra á su conquista, ni embarazar el curso de su navegacion; pero considerando que se hallaba ya en el empeño, no le pareció conveniente volver atras, ni de buena conseqüencia el dexar consentido aquel atrevimiento.

Ibase acercando la noche, que en tierra no conocida trae sobre los soldados segunda obscuri-

dad; y así determinó hacer alto para esperar el dia: y dando al mayor acierto de la faccion aquel tiempo que la dilataba, dispuso que se truxese la artillería de los baxeles mayores, y que se armáse toda la gente con aquellos escaupiles, ó capotes de algodon, que resistian á las flechas: y dió las demas órdenes que tuvo por necesarias, sin encarecer el riesgo, ni desestimarle. Puso gran cuidado en esta primera empresa de su armada, conociendo lo que importa siempre el empezar bien, y particularmente en la guerra, donde los buenos principios sirven al credito de las armas, y al mismo valor de los soldados: siendo como propiedad de la primera ocasion el influir en las que vienen despues, ó el tener no sé qué fuerza oculta sobre los demas sucesos.

Luego que llegó la mañana se dispusieron los baxeles en forma de media luna, que se iba disminuyendo en su mismo tamaño, y remataba en los esquifes: para cuya ordenanza daba sobrado término la grandeza del rio: y se prosiguió la entrada con un género de sosiego que iba convidando con la paz; pero á breve rato se descubrieron las canoas de los Indios, que esperaban en la misma disposicion, y con las mismas amenazas que la tarde ántes. Ordenó Cortés que ninguno de los suyos se moviese hasta que diesen la carga: diciendo á todos que allí se debia usar primero de la rodela que de la espada, por ser aquella una guerra cuya justicia

consistia en la provocacion: y deseoso de hacer mas por la razon, para tenerla de su parte, dispuso que se adalantáse Aguilar secunda vez, y los volviese á requerir con la paz: dándoles á entender que aquella armada era de amigos, que solo entraban á tratar de su bien en fé de la confederacion que tenian hecha con Juan de Grijalva; y que el no admitirlos sería faltar á ella, y ocasionarlos á que se abriesen el paso con las armas, quedando por su cuenta el daño que recibiesen.

Respondieron á este segundo requerimiento con hacer la seña de embestir; y se fueron mejorando ayudados de la corriente, hasta que puestos en distancia proporcionada con el alcance de sus flechas, dispararon á un tiempo tanta multitud de ellas desde las canoas, y desde la márgen mas vecina del rio, que anduvo algo apresurada en los Españoles la necesidad de cubrirse y cuidar de su defensa, Pero recibida la primera carga, conforme á la órden que llevaban, usaron luego de sus armas y de su esfuerzo con tanta diligencia, que los Indios de las canoas desembarazaron el paso puestos en confusion, arrojándose muchos al agua con el espanto que concibieron del mismo daño que conocian en los suyos. Prosiguieron nuestros baxeles su entrada sin otra oposicion: y acostándose á la ribera sobre el lado izquierdo, trataron de salir á tierra; pero en parage tan pantanoso y cubierto de maleza, que se vieron en se-

gundo conflicto: porque los indios que estaban emboscados, y los que escaparon del rio, se unieron á repetir sus cargas con nueva obstinacion, cuyas flechas, dardos y piedras hacian mayor la dificultad del pantáno. Pero Hernan Cortés fué doblando su gente sin dexar de pelear, en tal disposicion, que las hileras que formaba detenian el ímpetu de los Indios, y cubrian á los ménos diligentes en la desembarcacion.

Formado su esquadron á vista de los enemigos, cuyo número crecia por instantes, ordenó al Capitan Alonso Dávila, que con cien soldados se adelantáse por el bosque á ocupar la villa principal de aquella provincia, que tambien se llamaba Tabasco, y distaba poco de aquel parage, segun las noticias que se tenian de la primera entrada. Cerró luego con la multitud enemiga, y la fué retirando con igual ardimiento que dificultad; porque se peleaba muchas veces con el lodo á rodilla: y se refiere de Hernan Cortés, que forcejando para vencer aquel impedimento, perdió en el lodo uno de los zapatos, y peleó mucho rato con el pie descalzo, sin conocer la falta ni el desabrigo: generoso divertimiento, dexar de estar en sí, para estar mejor en lo que hacia.

Vencido el pantáno, se conoció flaqueza en los Indios, que en un instante desaparecieron entre la maleza, parte atemorizados de verse ya sin las ventajas del terreno, y parte cuidadosos de acudir

á Tabasco: de cuyo riesgo tuvieron noticia, por haberse descubierto la marcha de Alonzo Dávila: como se verificó despues en la multitud de gente que acudió á la defensa de aquella poblacion.

Tenianla fortificada con un género de muralla, que usaban casí en todas las Indias, hecha de troncos robustos de arboles fixos en la tierra, al modo de nuestras estacadas; pero apretados entre sí con tal disposicion, que las junturas les servian de troneras para despedir sus flechas. Era el recinto de figura redonda, sin traveses, ni otras defensas: y al cerrarse el círculo, dexaba hecha la entrada, cruzando por algun espacio las dos lineas, que componian una calle angosta en forma de caracol, donde acomodaban dos ó tres garitas ó castillejos de madera, que estrechaban el paso, y servian de ordinario á sus centinelas: bastante fortaleza para las armas de aquel nuevo mundo, donde no se entendian, con feliz ignorancia, las artes de la guerra, ni aquellas ofensas y reparos que enseñó la malicia, y aprendió la necesidad de los hombres.

CAPITULO XVIII.

Ganan los Españoles á Tabasco: salen despues doscientos hombres á reconocer la tierra, los quales vuelven rechazados de los Indios, mostrando su valor en la resistencia y en la retirada.

A ESTA villa, corte de aquella provincia, y de esta suerte fortificada, llegó Hernan Cortés algo ántes que Alfonso Dávila, á quien detuvieron otros pantános y lagunas, donde le llevó engañosamente el camino: y sin dar tiempo á los Indios para que se reparasen, ni á los suyos para que discurriesen en la dificultad, incorporó con su gente los cien hombres que venian de refresco: y repartiendo algunos instrumentos que parecieron necesarios para deshacer la estacada, dió la señal de acometer, deteniéndose á decir solamente: "Aquel pueblo, amigos, ha de ser esta noche nuestro alojamiento: en él se han retraido los mismos que acabais de vencer en la campaña. Esa frágil muralla que los defiende, sirve mas á su temor que á su seguridad. Vamos pues á seguir la victoria comenzada, ántes que pierdan esos bárbaros la costumbre de huir, ó sirva nues-

" tra detencion á su atrevimiento." Esto acabó de pronunciar con la espada en la mano: y diciendo lo demas con el exemplo, se adelantó á todos, infundiendo en todos el deseo de adelantarse.

Embistieron á un tiempo con igual resolucion: y desviando con las rodelas y con las espadas la lluvia de flechas que cegaba el camino, se hallaron brevemente al pie de aquella rústica fortificacion que cercaba al lugar. Sirvieron entónces sus mismas troneras á los arcabuces y ballestas de nuestra gente; con que se apartó el enemigo, y tuvieron lugar los que no peleaban de echar en tierra parte de la estacada. No hubo dificultad en la entrada, porque los Indios se retiraron á lo interior de la villa; pero á pocos pasos se reconoció que tenian atajadas las calles con otras estacadas del mismo género, donde iban haciendo rostro, y dando sus cargas, aunque con poco efecto, porque se embarazaban en su muchedumbre; y los que se retiraban huyendo de un reparo en otro, desordenaban á los que acometian.

Habia en el centro de la villa una gran plaza, donde los Indios hicieron el último esfuerzo; pero á breve resistencia volvieron las espaldas, desamparando el lugar, y corriendo atropelladamente á los bosques. No quiso Hernan Cortes seguir el alcance, por dar tiempo á sus soldados para que descansasen, y á los fugitivos para que

se inclinasen á la paz, dexándose aconsejar de su escarmiento.

Quedó entónces Tabasco por los Españoles: poblacion grande, y con todas las prevenciones de puesta en defensa, porque habian retirado sus familias y haciendas, y tenian hecha su provision de bastimentos: con que faltó el pillage á la codicia; pero se halló lo que pedia la necesidad. Quedaron heridos catorce ó quince de nuestros soldados, y con ellos nuestro historiador Bernal Diaz del Castillo: sigámosle tambien en lo que dice de sí; pues no se puede negar que fué valiente soldado; y en el estílo de su Historia se conoce que se explicaba mejor con la espada. Murieron de los Indios considerable número; y no se averiguó el de sus heridos; porque cuidaban mucho de retirarlos, teniendo á gran primor en su milicia que el enemigo no se alegráse de ver el daño que recibian.

Aquella noche se alojó nuestro exército en tres adoratorios que estaban dentro de la misma plaza donde sucedió el último combate: y Hernan Cortés echó su ronda, y distribuyó sus centinelas, tan cuidadoso y tan desvelado como si estuviera en la frente de un exército enemigo y veterano: que nunca sobran en la guerra estas prevenciones, donde suelen nacer de la seguridad los mayores peligros; y sirve tanto el rezelo como el valor de los Capitanes.

Hallóse con el dia la campaña desierta, y al parecer segura, porque en todo lo que alcanzaban la vista y el oído, ni habia señal, ni se percibia rumor del enemigo. Reconociéronse, y se hallaron con la misma soledad los bosques vecinos al quartel; pero no se resolvió Hernan Cortés á desampararle; ni dexó de tener por sospechosa tanta quietud, entrando en mayor cuidado, quando supo que el intérprete Melchor, que vino de la Isla de Cuba, se habia escapado aquella misma noche, dexando pendientes de un árbol los vestidos de Christiano: cuyos informes podian hacer daño entre aquellos bárbaros, como se verificó despues, siendo él quien los induxo á que prosiguiesen la guerra, dándoles á entender el corto número de nuestros soldados, y que no eran inmortales como creían, ni rayos las armas de fuego que manejaban: cuya aprehension los tenia en términos de rogar con la paz. Pero no tardó mucho en pagar su delito; pues aquellos mismos que tomaron las armas á su persuasion, hallándose vencidos segunda vez, se vengaron de su consejo, sacrificándole miserablemente á sus ídolos.

Resolvió Hernan Cortés en esta incertidumbre de indicios, que Pedro de Alvarado y Francisco de Lugo, cada uno con cien hombres, marchasen por dos sendas, que se descubrian algo distantes, á reconocer la tierra: y que, si hallasen gente de guerra, procurasen retirarse al quartel, sin entrar en

empeño superior á sus fuerzas. Executóse luego esta resolucion: y Francisco de lugo á poco mas de una hora de marcha dió en una emboscada de innumerables Indios, que le acometierón por todas partes, cargándole con tanta ferocidad, que se halló necesitado á formar de sus cien hombres un esquadroncillo pequeño con quatro frentes, donde peleaban todos á un tiempo, y no habia parte que no fuese vanguardia. Crecia el número de los enemigos, y la fatiga de los Españoles, quando permitió Dios que Pedro de Alvarado (á quien iba apartando de su compañero la misma senda que seguia) encontrase con unos pantános que le obligaron á torcer el camino, poniéndole este accidente en parage donde pudo oír las respuestas de los arcabuces: con cuyo aviso aceleró la marcha, dexándose llevar del rumor de la batalla, y llegó á descubrir los esquadrones del enemigo á tiempo que los nuestros andaban forcejando con la última necesidad. Acercóse quanto pudo, amparado entre la maleza de un bosque: y avisando á Cortés de aquella novedad con un Indio de Cuba que venía en su compañía, puso en órden su gente, y cerró con el esquadron de su banda tan determinadamente, que los Indios, atemorizados del repentino asalto, le abrieron la entrada, huyendo á diversas partes, sin darle lugar para que los rompiese.

Respiraron con este socorro los soldados de Francisco de Lugo: y luego que los dos Capitanes tuvieron unida su gente y dobladas sus hileras, embistieron con otro esquadron que cerraba el camino del quartel, para ponerse en disposicion de executar la órden que tenian de retirarse.

Hallaron resistencia; pero ultimamente se abrieron el paso con la espada, y empezaron su marcha, siempre combatidos, y alguna vez atropellados. Peleaban los unos mientras los otros se mejoraban: y siempre que alargaban el paso para ganar algun pedazo de tierra, cargaba sobre todos el grueso de los enemigos, sin hallar á quien ofender quando volvian el rostro; porque se retiraban con la misma velocidad que acometian, moviéndose á una parte y otra estas avenidas de gente con aquel ímpetu, al parecer, que obedecen las olas del mar á la oposicion de los vientos.

Tres quartos de legua habrian caminado los Españoles, teniendo siempre en exercicio las armas y el cuidado, quando se dexó ver á poca distancia Hernan Cortés, que con el aviso que tuvo de Pedro de Alvarado, venía marchando al socorro de estas dos compañías con todo el resto de la gente: y luego que le descubrieron los Indios, se detuvieron, dexando alejar á los que perseguian: y estuvieron un rato á la vista, dando á entender que

amenazaban, ó que no temian; aunque despues se fueron deshaciendo en varias tropas, y dexaron á sus enemigos la campaña. Pero Hernan Cortés se volvió á su quartel sin entrar en mayor empeño; porque instaba la necesidad de que se curasen los que venian heridos, que fueron once de ambas compañías, de los quales murieron dos: que en esta guerra era número de mayor sonido, y se ponderó entre todos como pérdida que hizo costosa la jornada.

CAPITULO XIV.

Pelean los Españoles con un exército poderoso de los Indios de Tabasco y su comarca: describese su modo de guerrear, y como quedó por Hernan Cortés la victoria.

Hiciéronse en esta ocasion algunos prisioneros: y Hernan Cortés ordenó que Gerónimo de Aguilar los fuese exâminando separadamente, para saber en qué fundaban su obstinacion aquellos Indios, y con que fuerzas se hallaban para mantenerla. Respondieron con alguna variedad en las circunstancias; pero concordaron en decir que estaban



convocados todos los Caciques de la comarca para asistir á los de Tabasco, y que el dia siguiente se habia de juntar un exército poderoso para acabar con los Españoles: de cuya prevencion era un pequeño trozo el que peleó con Francisco de Lugo y Pedro de Alvarado. Pusieron en algun cuidado á Hernan Cortés estas noticias; y sin dudar en lo que convenia, resolvió preguntarlo á sus Capitanes, y obrar con su consejo lo que se habia de executar con sus manos. Propúsoles "La dificultad en "que se hallaban, el corto número de su gente, "y la prevencion grande que tenian hecha los "Indios para deshacerlos;" sin encubrirles circunstancia alguna de lo que decian los prisioneros: y pasó despues á considerar por otra parte "El "empeño de sus armas, poniéndoles delante su "mismo valor, la desnudez y flaqueza de sus con-"trarios, y la facilidad con que los habian ven-"cido en Tabasco y en la desembarcacion." Y sobre todo, cargó la consideracion "En la mala "consequëncia de volver las espaldas á la amena-"za de aquellos bárbaros, cuya jactancia podria "llevar la voz á la misma tierra donde camina-"ban: siendo de tanto peso este descredito, que "en su modo de entender, ó se debia dexar en-"teramente la empresa de Nueva España, ó no "pasar de allí sin que se consiguiese la paz, ó la "sujecion de aquella provincia; pero que este

" dictámen suyo se quedaba en términos de pro-
" posicion : porque su ánimo era executar lo que
" tuviesen por mejor."

Bien sabian todos que no era afectada en él esta docilidad ; porque se preciaba mucho de amigo del consejo, y de conocer el acierto, aunque le halláse en opinion agena : siendo esta una de sus mejores propiedades, y bastante argumento de su prudencia : pues no sobresale tanto el entendimiento en la razon que forma, como en la que reconoce. Votaron con esta seguridad, y concordaron todos en que ya no era practicable el salir de aquella tierra, sin que sus habitadores quedasen reducidos ó castigados : con que pasó Cortés á las prevenciones de su empresa. Hizo luego que se llevasen los heridos á los baxeles, que se sacasen á la tierra los caballos, y que se previniese la artillería, y estuviese todo á punto para la mañana siguiente, que fué dia de la Anunciacion de Nuestra Señora, memorable hasta hoy en aquella tierra por el suceso de esta batalla.

Luego que amaneció, dispuso que oyése Misa toda la gente ; y encargando el gobierno de la infantería á Diego de Ordaz, montaron á caballo él y los demas Capitanes, y empezaron su marcha al paso de la artillería, que caminaba con dificultad, por ser la tierra pantanosa y quebrada. Fueronse acercando al parage donde, segun las noticias de los prisioneros, se habia de juntar la gente del

enemigo; y no hallaron persona de quien poder informarse, hasta que, llegando cerca de un lugar que llamaban Cinthla, poco ménos de una legua del quartel, descubrieron á larga distancia un exército de Indios tan numeroso y tan dilatado, que no se le hallaba el término con lo que alcanzaba la vista.

Describirémos como venian, y su modo de guerrear, cuya noticia servirá para las demas ocasiones de esta conquista, por ser uno en casí todas las Naciones de Nueva España el arte de la guerra. Eran arcos y flechas la mayor parte de sus armas: sujetaban el arco con nervios de animales, ó correas torcidas de piel de venado: y en las flechas suplian la falta del hierro con puntas de hueso y espinas de pescados. Usaban tambien un género de dardos que jugaban ó despedian segun la necesidad, y unas espadas largas que esgrimian á dos manos, al modo que se manejan nuestros montantes, hechas de madera, en que ingerian, para formar el corte, agudos pedernales. Servianse de algunas mazas de pesado golpe con puntas de pedernal en los extremos, que encargaban á los mas robustos: y habia Indios pedreros que revolvian y disparaban sus hondas con igual pujanza que destreza. Las armas defensivas, de que usaban solamente los Capitanes y personas de cuenta, eran colchados de algodon, mal aplicados al pecho, petos y rodelas de tabla, ó conchas de tortuga, guarnecidas con

láminas del metal que alcanzaban: y en algunos era el oro lo que en nosotros el hierro. Los demas venian desnudos, y todos afeados con varias tintas y colores, de que se pintaban el cuerpo y el rostro: gala militar de que usaban, creyendo que se hacian horribles á sus enemigos, y sirviéndose de la fealdad para la fiereza, como se cuenta de los Arios de la Germánia: por cuya costumbre, semejante á la de estos Indios, dice Tácito que son los ojos los primeros que se han de vencer en las batallas. Ceñian las cabezas con unas como coronas hechas de diversas plumas, levantadas en alto: persuadidos tambien á que el penacho los hacia mayores, y daba cuerpo á sus exércitos. Tenian sus instrumentos y toques de guerra con que se entendian y animaban en las ocasiones: flautas de gruesas cañas, caracoles marítimos, y un género de caxas que labraban de troncos huecos y adelgazados por el cóncavo hasta que respondiesen á la baqueta con el sonido: desapacible música, que debia de ajustarse con la desproporcion de sus ánimos.

Formaban sus esquadrones amontonando, mas que distribuyendo la gente: y dexaban algunas tropas de retén que socorriesen á los que peligraban. Emvestian con ferocidad, espantosos en el estruendo con que peleaban, porque daban grandes alaridos y voces para amedrentar al enemigo: costumbre que refieren algunos entre las barbaridades y rudezas de aquellos Indios, sin reparar en que la

tuvieron diferentes naciones de la antigüedad, y no la despreciaron los Romanos: pues Julio Cesar alaba los clamores de sus soldados, culpando el silencio en los de Pompeyo: y Caton el Mayor solia decir que debia mas victorias á las voces que á las espadas: creyendo unos y otros que se formaba el grito del soldado en el aliento del corazon. No disputamos sobre el acierto de esta costumbre; solo decimos que no era tan bárbara en los Indios, que no tuviese algunos exemplares. Componianse aquellos exércitos de la gente natural, y diferentes tropas auxîliares de las provincias comarcanas, que acudian á sus confederados conducidas por sus Caciques, ó por algun Indio principal de su parentela: y se dividian en compañías, cuyos Capitanes guiaban, pero apenas gobernaban su gente; porque, en llegando la ocasion, mandaba la ira, y á veces el miedo: batallas de muchedumbre, donde se llegaba con igual ímpetu al acometimiento que á la fuga.

De este género era la milicia de los Indios: y con este género de aparato se iba acercando poco á poco á nuestros Españoles aquel exército, ó aquella inundacion de gente que venía, al parecer, anegando la campaña. Reconoció Hernan Cortés la dificultad en que se hallaba; pero no desconfió del suceso: ántes animó con alegre semblante á sus soldados, y poniéndolos al abrigo de una eminencia que les guardaba las espaldas, y la ar-

tillería en sitio que pudiese hacer operacion, se emboscó con sus quince caballos, alargándose entre la maleza para salir de traves quando lo dictáse la ocasion. Llegó el exército de los Indios á distancia proporcionada, y dando primero la carga de sus flechas, embistieron con el esquadron de los Españoles tan impetuosamente y tan de tropel, que, no bastando los arcabuses y las ballestas á detenerlos, se llegó brevemente á las espadas. Era grande el estrago que se hacia en ellos; y la artillería, como venian tan cerrados, derribaba tropas enteras; pero estában tan obstinados y tan en sí, que, en pasando la bala, se volvian á cerrar, y encubrian á su modo el daño que padecian, levantando el grito, y arrojando al ayre puñados de tierra para que no se viesen los que caían, ni se pudiesen percibir sus lamentos.

Acudia Diego de Ordaz á todas partes, haciendo el oficio de Capitan, sin olvidar el de soldado; pero como eran tantos los enemigos, no se hacia poco en resistir: y ya se empezaba á conocer la desigualdad de las fuerzas, quando Hernan Cortés (que no pudo acudir ántes al socorro de los suyos, por haber dado en unas acequias) salió á la campaña, y embistió con todo aquel exército, rompiendo por lo mas denso de los esquadrones, y haciéndose tanto lugar con sus caballos, que los Indios heridos y atropellados, cuidaban solo de

apartarse de ellos, y arrojaban las armas para huir, tratándolas ya como impedimento de su ligereza.

Conoció Diego de Ordaz que habia llegado el socorro que esperaba por la flaqueza de la vanguardia enemiga, que empezó á remolinar con la turbacion que tenia á las espaldas: y sin perder tiempo avanzó con su infantería, cargando á los que le oprimian con tanta resolucion, que los obligó á ceder; y fué ganando la tierra que perdian, hasta que llegó al parage que tenian despejado Hernan Cortés y sus Capitanes. Unieronse todos para hacer el último esfuerzo; y fué necesario alargar el paso, porque los Indios se iban retirando con diligencia, aunque caminaban haciendo cara, y no dexaban de pelear á lo largo con las armas arrojadizas: en cuya forma de apartarse, y excusar concertadamente el combate, perseveraron hasta que, estrechándose él alcance, y viéndose otra vez acometidos, volvieron las espaldas, y se declaró en fuga la retirada.

Mandó Hernan Cortés que hiciese alto su gente, sin permitir que se ensangrentase mas la victoria: solo dispuso que se truxesen algunos prisioneros, porque pensaba servirse de ellos para volver á las pláticas de la paz, único fin de aquella guerra, que se miraba solo como circunstancia del intento principal. Quedaron muertos en la campaña mas de ochocientos Indios, y fué grande el número de

los heridos. De los nuestros murieron dos soldados, y salieron heridos setenta.

Constaba el exército enemigo de quarenta mil hombres, segun lo que hallamos escrito: que, aunque bárbaros y desnudos, como ponderan algunos extrangeros, tenian manos para ofender; y quando les faltáse el valor, que es propio de los hombres, no les faltaria la ferocidad, de que son capaces los brutos.

Fué la faccion de Tabasco, diga lo qué quisiere la envidia, verdaderamente digna de la demostracion que se hizo despues, edificando en memoria de ella, y del dia en que sucedió, un templo con la advocacion de Nuestra Señora de la Victoria, y dando el mismo nombre á la primera villa que se pobló de Españoles en esta provincia. Debese atribuir al valor de los soldados la mayor parte del suceso: pues suplieron la desigualdad del número con la constancia y con la resolucion; aunque tuvieron de su parte la ventaja de pelear bien ordenados contra un exército sin disciplina. Hizo Hernan Cortés posible la victoria, rompiendo con sus caballos la batalla del exército enemigo: accion en que lucieron igualmente las manos y el consejo del Capitan, siendo tanto el discurrirlo ántes, como el executarlo despues: y no se puede negar que tuvieron su parte los mismos caballos, cuya novedad atemorizó totalmente á los Indios,

porque no los habian visto hasta entónces, y aprehendieron con el primer asombro, que eran monstruos feroces compuestos de hombre y bruto, al modo que, con menor disculpa, creyó otra gentilidad sus Centauros.

Algunos escriben que anduvo en esta batalla el Apostol Santiago peleando en un caballo blanco por sus Españoles: y añaden que Hernan Cortés, fiado en su devocion, aplicaba este socorro al Apostol San Pedro; pero Bernal Diaz del Castillo niega con aseveracion este milagro, diciendo que ni le vió, ni oyó hablar en él á sus compañeros. Exceso es de la piedad el atribuir al cielo estas cosas que suceden contra la esperanza, ó fuera de la opinion: á que confesamos poca inclinacion, y que en qualquier acontecimiento extraordinario dexamos voluntariamente su primera instancia á las causas naturales; pero es cierto que los que leyeren la Historia de las Indias hallarán muchas verdades que parecen encarecimientos, y muchos sucesos que, para hacerse creibles, fué necesario tenerlos por milagrosos.

CAPITULO XX.

Efectúase la paz con el Cacique de Tabasco: y celebrándose en esta provincia la festividad del Domingo de Ramos, se vuelven á embarcar los Españoles para continuar su viage.

El dia siguiente mandó Hernan Cortés que se truxesen á su presencia los prisioneros, entre los quales habia dos ó tres Capitanes. Venian temerosos, creyendo hallar en el vencedor la misma crueldad que usaban ellos con sus rendidos; pero Hernan Cortés los recibió con grande benignidad: y animándolos con el semblante y con los brazos, los puso en libertad, dándoles algunas buxerías, y diciéndoles solamente, *Que él sabia vencer, y sabria perdonar.* Pudo tanto esta piadosa demostracion, que dentro de pocas horas vinieron al quartel algunos Indios cargados de maiz, gallinas y otros bastimentos, para facilitar con este regalo la paz que venian á proponer de parte del Cacique principal de Tabasco. Era gente vulgar y deslucida la que traía esta embaxada: reparo que hizo Gerónimo de Aguilar, por ser estílo de aquella tierra el enviar á semejantes funciones Indios principales con el mejor adorno de sus galas. Y aun-

que Hernan Cortés deseaba la paz, no quiso admitirla sin que viniese la proposicion como debia; ántes mandó que los despidiesen, y sin dexarse ver, respondió al Cacique por medio del intérprete: "Que si deseaba su amistad, enviáse personas de "mas razon, y mas decentes á solicitarla:" siendo de opinion que no se debia dispensar en estas exterioridades, de que se compóne la autoridad, ni sufrir inadvertencias en el respeto del que viene á rogar: porque en este género de negocios suele andar el modo muy cerca de la substancia.

Emendó el Cacique su falta de reparo, enviando el dia despues treinta Indios de mayor porte con aquellos adornos de plumas y pendientes á que se reducia toda su ostentacion. Traían estos su acompañamiento de Indios cargados con otro regalo del mismo género; pero mas abundante. Admitiólos Hernan Cortés á su presencia, asistido de todos sus Capitanes, afectando alguna gravedad y entereza: porque le pareció conveniente suspender en aquel acto su agrado natural. Llegaron con grandes sumisiones: y hecha la ceremonia de incensarle con unos braserillos en que se administraba el humo del aníme copal y otros perfumes (obsequio de que usaban en las ocasiones de su mayor veneracion) propusieron su embaxada, que empezó en disculpas frívolas de la guerra pasada, y paró en pedir rendidamente la paz. Respondió Hernan Cortés ponderando su irritacion, para que

se hiciese mas estimable lo que concedia á vista de las ofensas que olvidaba: y ultimamente se asentó la paz con grande aplauso de los Embaxadores, que se retiraron muy contentos, y facilmente enriquecidos con aquellas preséas valadíes de que hacian tanta estimacion.

Vino despues el Cacique á visitar á Cortés con todo el séquito de sus Capitanes y aliados, y con un presente de ropas de algodon, plumas de varios colores, y algunas piezas de oro baxo, de mas artificio que valor. Manifestó luego su regalo, como quien obligaba para ser admitido, y ponia la liberalidad al principio del rendimiento. Agasajóle mucho Hernan Cortés: y la visita fué toda cumplimientos y seguridades de la nueva amistad dadas y recibidas por medio del intérprete con igual correspondencia. Hacian el mismo agasajo los Capitanes Españoles á los Indios principales del acompañamiento: y andaba entre unos y otros la paz alegrando los semblantes, y supliendo con los brazos los defectos de la lengua.

Despidióse el Cacique, dexando aplazada sesion para otro dia: y dió á entender su confianza y sinceridad con mandar á sus vasallos que volviesen luego á poblar el lugar de Tabasco, y llevasen consigo sus familias, para que asistiesen al servicio de los Españoles.

El dia siguiente volvió al quartel con el mismo

acompañamiento, y con veinte Indias bien adornadas á la usanza de su tierra: las quales, dixo, traía de presente á Cortés, para que en el viage cuidasen de su regalo y el de sus compañeros, por ser diestras en acomodar al apetito la variedad de sus manjares, y en hacer el pan de maiz, cuya fábrica era desde su principio ministerio de mugeres.

Molian estas el grano entre dos piedras, al modo de las que nos dió á conocer el uso del chocolate: y hecho harina, le reducian á masa, sin necesitar de levadura, y le tendian ó amoldaban sobre unos instrumentos, como torteras de barro, de que se valian para darle en el fuego la última sazon: siendo este el pan de cuya abundancia proveyó Dios aquel nuevo mundo para suplir la falta del trigo, y un género de mantenimiento agradable al paladar, sin ofensa del estómago. Venía con estas mugeres una India principal de buen talle y mas que ordinaria hermosura, que recibió despues con el bautismo el nombre de Marina, y fué tan necesaria en la conquista como verémos en su lugar.

Apartóse Hernan Cortés con el Cacique y con los principales de su séquito, y les hizo un razonamiento con la voz de su intérprete, dándoles á entender "Como era vasallo y ministro de un "poderoso Monarca, y que su intento era hacer-"los feliçes, poniéndolos en la obediencia de su

" Príncipe: reducirlos á la verdadera Religion, y " destruir los errores de su idolatría." Esforzó estas dos proposiciones con su natural eloqüencia y con su autoridad, de modo que los Indios quedaron persuadidos, ó por lo ménos inclinados á la razon. Su respuesta fué: " Que tendrian á gran " conveniencia suya el obedecer á un Monarca, " cuyo poder y grandeza se dexaba conocer en el " valor de tales vasallos." Pero en el punto de la " Religion anduvieron mas detenidos.

Haciales fuerza el ver deshecho su exército por tan pocos Españoles, para dudar si estaban asistidos de algun Dios superior á los suyos; pero no se resolvian á confesarlo; ni en admitir entónces la duda hicieron poco por la verdad.

Instaban los pilotos en que se abreviáse la partida; porque, segun sus observaciones, se aventuraba la armada en la detencion. Y aunque Hernan Cortés sentia el apartarse de aquella gente hasta dexarla mejor instruida, se halló obligado á tratar del viage: y por venir cerca el Domingo de Ramos, señaló este dia para la embarcacion: disponiendo que se celebráse primero su festividad segun el rito de la Iglesia (observantísimo siempre en estas piedades religiosas) para cuyo efecto se fabricó un altar en el campo, y se cubrió de una enramada en forma de capilla: rústico, pero decente edificio, que tuvo la felicidad de segundo

templo en Nueva España: y al mismo tiempo se iban embarcando bastimentos, y caminando en las demas prevenciones del viage. Ayudaban á todo los Indios con oficiosa actividad: y el Cacique asistia á Cortés con sus Capitanes, durando todos en su veneracion, y convidando siempre con su obediencia. De cuya ocasion se valieron algunas veces el Padre Fray Bartolomé de Olmedo, y el Licenciado Juan Diaz para intentar reducirlos al camino de la verdad, prosiguiendo los buenos principios que dió Cortés á esta plática, y aprovechándose de los deseos de acertar que manifestaron en su respuesta; pero solo se encontraba en ellos una docilidad de rendidos, mas inclinada á recibir otro Dios, que á dexar alguno de los suyos. Oían con agrado, y deseaban, al parecer, hacerse capaces de lo que oían; pero apénas se hallaba la razon admitida de la voluntad, quando volvia arrojada del entendimiento. Lo mas que pudieron conseguir entónces los dos sacerdotes fué dexarlos bien dispuestos, y conocer que pedia mas tiempo la obra de habilitar su rudeza para entenderse mejor con su ceguedad.

El Domingo por la mañana acudieron innumerables Indios de toda aquella comarca á ver la fiesta de los Christianos: y hecha la bendicion de los Ramos con la solemnidad que se acostumbra, se distribuyeron entre los soldados, y se ordenó la

procesion, á que asistieron todos con igual modestia y devocion. Digno espectáculo de mejor concurso, y que tendria algo de mayor realce á vista de aquella infidelidad, como sobresale ó resalta la luz en la oposicion de las sombras; pero no dexó de influir algun género de edificacion en los mismos Infieles; pues decian á voces, segun lo refirió despues Aguilar: "Gran Dios debe de ser "este, a quien se rinden tanto unos hombres tan "valerosos." Erraban el motivo, y sentian la verdad.

Acabada la Misa, se despidió Cortés del Cacique y de todos los Indios principales: y volviendo á renovar la paz con mayores ofertas y demostraciones de amistad, executó su embarcacion, dexando aquella gente, en quanto á la Religion, con aquella parte de salud que consiste en desear, ó no resistir el remedio.

CAPITULO XXI.

Prosigue Hernan Cortés su viage; llegan baxeles á San Juan de Ulúa: salta la gente en tierra, y reciben embaxada de los Gobernadores de Motezuma. Dáse noticia de quien era Doña Marina.

El Lunes siguiente al Domingo de Ramos, se hicieron á la vela nuestros Españoles: y siguiendo la costa con las proas al poniente, dieron vista á la provincia de Guazacoalco, y reconocieron, sin detenerse en el rio de Banderas, la Isla de Sacrificios, y los demas parages que descubrió y desamparó Juan de Grijalva: cuyos sucesos iban refiriendo con presuncion de noticiosos los soldados que le acompañaron, y Cortés aprehendiendo en la infelicidad de aquella jornada lo que debia emendar en la suya, con aquel género de prudencia que se aprovecha del error ageno. Llegaron finalmente á San Juan de Ulúa el Jueves Santo á medio dia, y apénas aferraron las naves entre la Isla y la tierra, buscando el resguardo de los nortes, quando vieron salir de la costa mas vecina dos canoas grandes, que en aquella tierra se llamaban piraguas, y en ellas algunos Indios que

se fueron acercando con poco rezelo á la armada: y daban á entender con esta seguridad, y con algunos ademanes, que venian de paz, y con necesidad de ser oídos.

Puestos á poca distancia de la capitana, empezaron á hablar en otro idioma diferente, que no entendió Gerónimo de Aguilar: y fué grande la confusion en que se halló Hernan Cortés, sintiendo como estorvo capital de sus intentos el hallarse sin intérprete quando mas le habia menester; pero no tardó el cielo en socorrer esta necesidad: grande artífice de traer como casuales las obras de su providencia. Hallábase cerca de los dos aquella India, que llamarémos ya Doña Marina: y conociendo en los semblantes de entrambos lo que discurrian, ó lo que ignoraban, dixo en lengua de Yucatán á Gerónimo de Aguilar, que aquellos Indios hablaban la mexicana, y pedian audiencia al Capitan de parte del Gobernador de aquella provincia. Mandó con esta noticia Hernan Cortés que subiesen á su navio: y cobrándose del cuidado antecedente, volvió el corazon á Dios, conociendo que venía de su mano la felicidad de hallarse ya con instrumento, tan fuera de su esperanza, para darse á entender en aquella tierra tan deseada.

Era Doña Marina, segun Bernal Diaz del Castillo, hija de un Cacique de Guazacoalco, una de las provincias sujetas al Rey de México, que partia sus

términos con la de Tabasco: y por ciertos accidentes de su fortuna, que refieren con variedad los autores, fué transportada en sus primeros años á Xicalango, plaza fuerte que se conservaba entónces en los confines de Yucatán con presidio mexícano. Aquí se crió pobremente, desmentida en paños vulgares su nobleza, hasta que, declinando mas su fortuna, vino á ser, por venta, ó por despojo de guerra, esclava del Cacique de Tabasco: cuya liberalidad la puso en el dominio de Cortés. Hablábase en Guazacoalco y en Xicalango el idioma general de México, y en Tabasco el de Yucatán, que sabía Gerónimo de Aguilar: con que se hallaba Doña Marina capaz de ambas lenguas, y decia á los Indios en la mexicana lo que Aguilar á ella en la Yucatán: durando Hernan Cortés en este rodeo de hablar con dos intérpretes, hasta que Doña Marina aprendió la castellana, en que tardó pocos dias, porque tenia rara viveza de espíritu, y algunos dotes naturales que acordaban la calidad de su nacimiento. Antonio de Herrera dice que fué natural de Xalisco, trayéndola desde muy lejos á Tabasco; pues esta Xalisco sobre el otro mar en lo último de la Nueva Galicia. Pudo hallarlo así en Francisco Lopez de Gómara; pero no sabemos por qué se aparta en esto, y en otras noticias mas substanciales, de Bernal Diaz del Castillo, cuya obra manuscrita tuvo á la mano; pues le sigue y le cita en muchas partes de su Historia.

Fué siempre Doña Marina fidelísima interprete de Hernan Cortés; y él la estrechó en esta confidencia por términos ménos decentes que debiera, pues tuvo en ella un hijo que se llamó Don Martin Cortés, y se puso hábito de Santiago, calificando la nobleza de su madre. Reprehensible medio de asegurarla en su fidelidad, que dicen algunos tuvo parte de política; pero nosotros creeriamos ántes que fué desacierto de una pasion mal corregida, y que no es nuevo en el mundo el llamarse razon de estado la flaqueza de la razon.

Lo que dixeron aquellos Indios quando llegaron á la presencia de Cortés, fué: "Que Pilpatoe y "Teutile, Gobernador el uno, y el otro Capitan "General de aquella provincia por el grande Em- "perador Motezuma, los enviaban á saber del "Capitan de aquella armada, con qué intento "habia surgido en sus costas, y á ofrecerle el "socorro y la asistencia de que necesitáse para "continuar su viage." Hernan Cortés los agasajó mucho: dioles algunas buxerías: hizo que los regalasen con manjares y vino de Castilla: y teniéndolos ántes obligados que atentos, les respondió: "Que su venida era á tratar, sin género de "hostilidad, materias muy importantes á su Prín- "cipe y á toda su monarquía: para cuyo efecto "se veria con sus Gobernadores, y esperaba "hallar en ellos la buena acogida que el año án- "tes experimentaron los de su nacion." Y to-

mando algunas noticias por mayor de la grandeza de Motezuma, de sus riquezas y forma de gobierno, los despidió contentos y asegurados.

El dia siguiente, Viernes Santo, por la mañana desembarcaron todos en la playa mas vecina, y mandó Cortés que se sacasen á tierra los caballos y la artillería, y que los soldados, repartidos en tropas, hiciesen fagina, sin descuidarse con las avenidas, y fabricasen número suficiente de barracas en que defenderse del sol, que ardia con bastante fuerza. Plantóse la artillería en parte que mandáse la campaña; y tardaron poco en hallarse todos debaxo de cubierto: porque acudieron al trabajo muchos Indios que envió Teutile con bastimentos, y órden para que ayudasen en aquella obra, los quales fueron de grande alivio: porque traían sus instrumentos de pedernal con que cortaban las estacas, y fixándolas en tierra, entretexian con ellas ramos y hojas de palma, formando las paredes y el techo con presteza y facilidad: maestros en este género de arquitectura, que usaban en muchas partes para sus habitaciones; y ménos bárbaros en medir sus edificios con la necesidad de la naturaleza, que los que fabrican grandes palacios para que viva estrechamente su vanidad. Traían tambien algunas mantas de algodon, que acomodaron sobre las barracas principales, para que estuviesen mas defendidas del sol: y en la mejor de ellas ordenó Hernan Cortés que se levantáse un altar, sobre cuyos a-

dornos se colocó una imágen de Nuestra Señora, y se puso una cruz grande á la entrada: prevencion para celebrar la Pasqua, y primera atencion de Cortés, en que andaba siempre su cuidado compitiendo con el de los sacerdotes. Bernal Diaz del Castillo asienta que se dixo Misa en este altar el mismo dia de la desembarcacion: no creemos que el Padre Fray Bartolomé de Olmedo, y el Licenciado Juan Diaz ignorasen que no se podia decir en Viernes Santo. Fiase muchas veces de su memoria con sobrada celeridad; pero mas se debe estrañar que le siga, ó casí le traslade en esto Antonio de Herrera. Sería en ambos inadvertencia; cuyo reparo nos obliga ménos á la correccion agena, que á temer, para nuestra enseñanza, las facilidades de la pluma.

Supose de aquellos Indios que el General Teutile se hallaba con número considerable de gente militar, y andaba introduciendo con las armas el dominio de Motezuma en unos lugares recien conquistados de aquel parage, cuyo gobierno político estaba á cargo de Pilpatoe: y la demostracion de enviar bastimentos, y aquellos paisanos que ayudasen en la obra de las barracas, tuvo, segun lo que se pudo colegir, algo de artificio; porque se hallaban asombrados y rezelosos de haber entendido el suceso de Tabasco, cuya noticia se habia divulgado ya por todo el contorno: y considerándose con menores fuerzas, se valieron de aquellos

presentes y socorros para obligar á los que no podian resistir. Diligencias del temor, que suele hacer liberales á los que no se atreven á ser enemigos.

HISTORIA

De le Conquista, Poblacion y Progresos de Nueva España.

LIBRO II.

CAPITULO PRIMERO.

Vienen el General Teutile, y el Gobernador Pilpatoe á visitar á Cortés en nombre de Motezuma. Dáse cuenta de lo que pasó con ellos, y con los Pintores que andaban dibuxando el exército de los Españoles.

Pasaron aquella noche y el dia siguiente con mas sosiego que descuido, acudiendo siempre algunos Indios al trabajo del alojamiento, y á traer víveres á trueco de buxerías, sin que hubiese novedad, hasta que el primer dia de la Pasqua por la mañana vinieron Teutile y Pilpatoe con grande acompañamiento á visitar á Cortés, que los recibió con igual aparato, adornándose del respeto de sus

Capitanes y soldados: porque le pareció conveniente crecer en la autoridad, para tratar con Ministros de mayor Príncipe. Pasadas las primeras cortesías y cumplimientos (en que excedieron los Indios, y Cortés procuró templar la severidad con el agrado) los llevó consigo á la barraca mayor, que tenia veces de templo, por ser ya hora de los divinos oficios, haciendo que Aguilar y Doña Marina les dixesen, que ántes de proponerles el fin de su jornada, queria cumplir con su Religion, y encomendar al Dios de sus dioses el acierto de su proposicion.

Celebróse luego la Misa con toda la solemnidad que fué posible: cantóla Fray Bartolomé de Olmedo, y la oficiaron el Licenciado Juan Diaz, Gerónimo de Aguilar, y algunos soldados que entendian el canto de la Iglesia: asistiendo á todo aquellos Indios con un género de asombro, que siendo efecto de la novedad, imitaba la devocion. Volvieron luego á la barraca de Cortés, y comieron con él los dos Gobernadores, poniéndose igual cuidado en el regalo y en la ostentacion.

Acabado el banquete, llamó Hernan Cortés á sus intérpretes, y no sin alguna entereza, dixo: "Que su venida era á tratar con el Emperador "Motezuma, de parte de Don Carlos de Austria, "Monarca del Oriente, materias de gran conside- "racion, convenientes, no solo á su persona y Es- "tados, sino al bien de todos sus vasallos; para

" cuya introduccion necesitaba de llegar á su Real
" presencia, y esperaba ser admitido á ella con
" toda la benignidad y atencion que se debia á la
" misma grandeza del Rey que le enviaba." Torcieron el semblante ambos Gobernadores á esta proposicion, oyéndola, al parecer, con desagrado: y ántes de responder á ella, mandó Teutile que truxesen á la barraca un regalo que tenia prevenido; y fueron entrando en ella hasta veinte ó treinta Indios cargados de bastimentos, ropas sutiles de algodon, plumas de varios colores, y una caxa grande en que venian diferentes piezas de oro primorosamente labradas. Hizo su presente con despejo y urbanidad: y despues de verle admitido y celebrado, se volvió á Cortés, y por medio de los mismos intérpretes le dixo: " Que reci-
" biese aquella pequeña demostracion con que le
" agasajaban dos esclavos de Motezuma, que te-
" nian órden para regalar á los extrangeros que
" llegasen á sus costas; pero que tratasen luego
" de proseguir su viage: llevando entendido, que
" el hablar á su Príncipe era negocio muy arduo,
" y que no andaban ménos liberales en darle de
" presente aquel desengaño, ántes que experimen-
" tase la dificultad de su pretension."

Replicóle Cortés con algun enfado: " Que los
" Reyes nunca negaban los oidos á las embaxadas
" de otros Reyes, ni sus Ministros podian, sin

« consulta suya, tomar sobre sí tan atrevida reso-
« lucion: que lo que en este caso les tocaba, era
« avisar á Motezuma de su venida, para cuya dili-
« gencia les daria tiempo; pero que le avisasen
« tambien de que venía resuelto á verle, y con
« ánimo determinado de no salir de su tierra lle-
« vando desayrada la representacion de su Rey."
Puso en tanto cuidado á los Indios esta animosa determinacion de Cortés, que no se atrevieron á replicarle; ántes le pidieron encarecidamente que no se moviese de aquel alojamiento hasta que llegáse la respuesta de Motezuma; ofreciendo asistirle con todo lo que hubiese menester para el sustento de sus soldados.

Andaban á este tiempo algunos Pintores Mexicanos, que vinieron entre el acompañamiento de los dos Gobernadores, copiando con gran diligencia sobre lienzos de algodon, que traían prevenidos y emprimados para este ministerio, las naves, los soldados, las armas, la artillería y los caballos, con todo lo demas que se hacia reparable á sus ojos: de cuya variedad de objetos formaban diferentes paises de no despreciable dibuxo y colorido.

Nuestro Bernal Diaz se alarga demasiado en la habilidad de estos Pintores: pues, dice que retrataron á todos los Capitanes, y que iban muy parecidos los retratos. Pase por encarecimiento ménos parecido á la verdad; porque, dado que poseyesen

con fundamento el arte de la pintura, tuvieron poco tiempo para detenerse á las prolixidades ó primores de la imitacion.

Haciánse estas pinturas de órden de Teutile para avisar con ellas á Motezuma de aquella novedad: y á fin de facilitar su inteligencia, iban poniendo á trechos algunos carácteres, con que, al parecer, explicaban y daban significacion á lo pintado. Era este su modo de escribir, porque no alcanzaron el uso de las letras, ni supieron fingir aquellas señales ó elementos que inventaron otras naciones para retratar las sílabas, y hacer visibles las palabras; pero se daban á entender con los pinceles, significando las cosas materiales con sus propias imágenes, y lo demas con números y señales significativas, en tal disposicion, que el número, la letra y la figura formaban concepto, y daban entera la razon. Primoroso artificio, de que se infiere su capacidad, semejante á los geroglíficos que practicaron los Egipcios: siendo en ellos ostentacion del ingenio lo que en estos Indios estílo familiar: de que usaron con tanta destreza y felicidad los Mexicanos, que tenian libros enteros de este género de carácteres y figuras legibles, en que conservaban la memoria de sus antigüedades, y daban á la posteridad los anales de sus Reyes.

Llegó á noticia de Cortés la obra en que se ocupaban estos Pintores, y salió á verlos, no sin algu-

na admiracion de su habilidad; pero advertido de que se iba dibuxando en aquellos lienzos la consulta que Teutile formaba, para que supiese Motezuma su proposicion, y las fuerzas con que se hallaba para mantenerla, reparó, con la viveza de su ingenio, en que estaban con poca accion y movimiento aquellas imágenes mudas, para que se entendiese por ellas el valor de sus soldados: y así resolvió ponerlos en exercicio, para dar mayor actividad ó representacion á la pintura.

Mandó con este fin que se tomasen las armas: puso en esquadron toda su gente: hizo que se previniese la artillería; y diciendo á Teutile y á Pilpatoe que los queria festejar á la usanza de su tierra, montó á caballo con sus Capitanes. Corrieronse primero algunas parejas, y despues se formó una escaramuza con sus ademanes de guerra; en cuya novedad estuvieron los Indios como embelesados, y fuera de sí: porque reparando en la ferocidad obediente de aquellos brutos, pasaban á considerar algo mas que natural en los hombres que los manejaban. Respondieron luego á una seña de Cortés los arcabuces, y poco despues la artillería: creciendo, al paso que se repetia y se aumentaba el estruendo, la turbacion y el asombro de aquella gente con tan varios efectos, que unos se dexaron caer en tierra, otros empezaron á huir, y los mas advertidos afectaban la admiracion, para disimular el miedo.

Asegurólos Hernan Cortés, dándoles á entender que entre los Españoles eran así las fiestas militares, como quien deseaba hacer formidables las veras con el horror de los entretenimientos: y se reconoció luego que los Pintores andaban inventando nuevas efigies y carácteres con que suplir lo que faltaba en sus lienzos. Dibuxaban unos la gente armada y puesta en esquadron: otros los caballos en su exercicio y movimiento: figuraban con la llama y el humo el oficio de la artillería, y pintaban hasta el estruendo con la semejanza del rayo; sin omitir alguna de aquellas circunstancias espantosas que hablaban mas derechamente con el cuidado de su Rey.

Entretanto Cortés se volvió á su barraca con los Gobernadores; y despues de agasajarlos con algunas joyuelas de Castilla, dispuso un presente de varias preseas, que remitiesen de su parte á Motezuma: para cuyo regalo se escogieron diferentes curiosidades del vidrio ménos valadí, ó mas resplandeciente; á que se añadió una camisa de holanda; una gorra de terciopelo carmesí, adornada con una medalla de oro, en que estaba la imágen de San Jorge, y una silla labrada de taracea, en que debieron de hacer tanto reparo los Indios, que se tuvo por alhaja de Emperador. Con esta corta demostracion de su liberalidad, que entre aquella gente pareció magnificencia, suavizó Hernan Cortés la dureza de su pretension, y despidió á

los dos Gobernadores igualmente agradecidos y cuidadosos.

CAPITULO II.

Vuelve la Respuesta de Motezuma con un presente de mucha riqueza; pero negada la licencia que se pedia para ir á México.

Hicieron alto los Indios á poca distancia del quartel, y entraron, al parecer, en consulta sobre lo que debian obrar: porque resultó de esta detencion el quedarse Pilpatoe á la mira de lo que obraban los Españoles: para cuyo efecto, determinado el sitio, se formaron diferentes barracas y en breves horas amaneció fundado un lugar en la campaña, de considerable poblacion. Previnose luego Pilpatoe contra el reparo que podia causar esta novedad, avisando á Hernan Cortés que se quedaba en aquel parage para cuidar de su regalo, y asistir mejor á las provisiones de su exército; y aunque se conoció el artificio de este mensage (porque su fin principal era estar á la vista del exército, y velar sobre sus movimientos) se les dexó el uso de su disimulacion, sacando fruto del mismo pretexto: porque acudian con todo lo necesario, y los traía mas puntuales y cuidadosos el rezelo de que se llegáse á entender su desconfianza.

Teutile pasó al lugar de su alojamiento, y despachó á Motezuma el aviso de lo que pasaba en aquella costa, remitiéndole con toda diligencia los lienzos que se pintaron de su órden, y el regalo de Cortés. Tenian para este efecto los Reyes de México grande prevencion de correos distribuidos por todos los caminos principales del Reyno; á cuyo ministerio aplicaban los Indios mas veloces, y los criaban cuidadosamente desde niños, señalando premios del erario público á favor de los que llegasen primero al sitio destinado: y el Padre Josef de Acosta, fiel observador de las costumbres de aquella gente, dice que la escuela principal donde se agilitaban estos Indios corredores era el primer adoratorio de México, donde estaba el ídolo sobre ciento y veinte gradas de piedra, y ganaban el premio los que llegaban primero á sus pies. Notable exercicio para enseñado en el templo; y seria esta la menor indecencia de aquella miserable palestra. Mudabanse estos correos de lugar en lugar, como los caballos de nuestras postas; y hacian mayor diligencia, porque se iban sucediendo unos á otros ántes de fatigarse: con que duraba sin cesar el primer ímpetu de la carrera.

En la Historia general hallamos referido que llevó sus despachos y pinturas el mismo Teutile, y que volvió en siete dias con la respuesta: sobrada ligereza para un General. No parece verisímil, habiendo sesenta leguas por el camino mas breve desde México á San Juan de Ulúa; ni se puede

creer facilmente que viniese á esta funcion el Embaxador Mexicano, que nuestro Bernal Diaz llama Quintalbor, ó los cien Indios nobles con que le acompaña el Rector de Villahermosa; pero esto hace poco en la substancia. La respuesta llegó en siete dias, número en que concuerdan todos, y Teutile vino con ella al quartel de los Españoles. Traía delante de sí un presente de Motezuma, que ocupaba los hombros de cien Indios de carga: y ántes de dar su embaxada, hizo que se tendiesen sobre la tierra unas esteras de palma, que llamaban petates, y que sobre ellas se fuesen acomodando y poniendo, como en aparador, las alhajas de que se componia el presente.

Venian diferentes ropas de algodon, tan delgadas y bien texidas, que necesitaban del tacto para diferenciarse de la seda, cantidad de penachos, y otras curiosidades de pluma, cuya hermosa y natural variedad de colores, buscados en las aves exquisitas que produce aquella tierra, sobreponian y mezclaban con admirable prolixidad, distribuyendo los matíces, y sirviéndose del claro y obscuro tan acertadamente, que sin necesitar de los colores artificiales, ni valerse del pincel, llegaban á formar pintura, y se atrevian á la imitacion del natural. Sacaron despues muchas armas, arcos, flechas y rodelas de maderas extraordinarias. Dos láminas muy grandes de hechura circular, la una de oro, que mostraba entre sus relieves la imágen del sol; y la otra de plata, en que venia figurada la luna:

y últimamente cantidad considerable de joyas y piezas de oro, con alguna pedrería, collares, sortijas y pendientes á su modo, y otros adornos de mayor peso en figuras de aves y animales, tan primorosamente labrados, que á vista del precio se dexaba reparar el artificio.

Luego que Teutile tuvo á la vista de los Españoles toda esta riqueza, se volvió á Cortés, y haciendo seña á los intérpretes, le dixo: " Que el " grande Emperador Motezuma le enviaba aque- " llas alhajas en agradecimiento de su regalo, y en " fe de lo que estimaba la amistad de su Rey; " pero que no tenia por conveniente, ni entónces " era posible, segun el estado presente de sus co- " sas, el conceder su beneplácito á la permision " que pedia para pasar á su Corte;" cuya repulsa procuró Teutile honestar, fingiendo asperezas en el camino, Indios indómitos que tomarian las armas para embarazar el paso, y otras dificultades que traían muy descubierta la intencion, y daban á entender con algun misterio, que habia razon particular, y era esta la que verémos despues, para que Motezuma no se dexáse ver de los Españoles.

Agradeció Cortés el presente con palabras de toda veneracion, y respondió á Teutile: " Que no " era su intento faltar á la obediencia de Motezu- " ma; pero que tampoco le sería posible retro- " ceder contra el decoro de su Rey, ni dexar de " persistir en su demanda con todo el empeño á

"que obligaba la reputacion de una Corona vene-"rada y atendida entre los mayores Príncipes de "la tierra;" discurriendo en este punto con tanta viveza y resolucion, que los Indios no se atreviéron á replicarle; ántes le ofrecieron hacer segunda instancia á Motezuma: y él los despidió con otro regalo como el primero, dándoles á entender que esperaria, sin moverse de aquel lugar, la respuesta de su Rey; pero que sentiria mucho que tardáse, y hallarse obligado á solicitarla desde mas cerca.

Admiró á todos los Españoles el presente de Motezuma; pero no todos hicieron igual concepto de aquellas opulencias; ántes discurrian con variedad, y porfiaban entre sí, no sin presuncion de lo que discurrian. Unos entraban en esperanzas de mejor fortuna, prometiéndose grandes progresos de tan favorables principios: otros ponderaban la grandeza del presente, para colegir de ella el poder de Motezuma, y pasar con el discurso á la dificultad de la empresa. Muchos acusaban absolutamente como temeridad el intentar con tan poca gente obra tan grande: y los mas defendian el valor y la constancia de su Capitan, dando por hecha la conquista, y entendiendo cada uno aquella prosperidad segun el afecto que predominaba en su ánimo: porfías y corrillos de soldados, donde se conoce mejor que en otras partes lo que puede el corazon con el entendimiento. Pero Hernan Cortés los dexaba discurrir, sin manifestar su dic-

támen, hasta aconsejarse con el tiempo: y para no tener ociosa la gente, que es el mejor camino de tenerla ménos discursiva, ordenó que saliesen dos baxeles á reconocer la costa, y á buscar algun puerto ó ensenada de mejor abrigo para la armada, que en aquel parage estaba con poco resguardo contra los vientos septentrionales, y algun pedazo de tierra ménos esteril, donde acomodar el alojamiento entretanto que llegáse la respuesta de Motezuma, tomando pretexto de lo que padecia la gente en aquellos arenales, donde heria y reverberaba el sol con doblada fuerza, y habia otra persecucion de mosquitos, que hacian ménos tolerables las horas del descanso. Nombró por Cabo de esta jornada al Capitan Francisco de Montejo, y eligió los soldados que le habian de acompañar, entresacando los que se inclinaban ménos á su opinion. Ordenóle que se alargáse quanto pudiese por el mismo rumbo que llevó el año ántes en compañía de Grijalva, y que truxese observadas las poblaciones que se descubriesen desde la costa, sin salir á reconocerlas; señalándole diez dias de término para la vuelta: por cuyo medio dispuso lo que parecia conveniente, dió que hacer á los inquietos, y entretuvo á los demas con la esperanza del alivio: quedando cuidadoso y desvelado entre la grandeza del intento y la cortedad de los medios; pero resuelto á mantenerse hasta ver todo el fondo á la dificultad, y tan dueño de sí, que

desmentia la batalla interior con el sosiego y alegría del semblante.

CAPITULO III.

Dase Cuenta de lo mal que se recibió en México la porfia de Cortés, de quién era Motezuma, la grandeza de su Imperio, y el estado en que se hallaba su monarquía quando llegaron los Españoles.

Causó grande turbacion en México la segunda instancia de Cortés. Enojóse Motezuma, y propuso, con el primer ímpetu, acabar de una vez con aquellos extrangeros, que se atrevian á porfiar contra su resolucion; pero entrando despues en mayor consideracion, se cayó de ánimo, y ocupó el lugar de la ira la tristeza y la confusion. Llamó luego á sus ministros y parientes: hicieronse misteriosas juntas: acudióse á los templos con públicos sacrificios: y el pueblo empezó á desconsolarse de ver tan cuidadoso á su Rey, y tan asustados á los que tenian por su cuenta el gobierno: de que resultó el hablarse con poca reserva en la ruina de aquel imperio, y en las señales y presagios de que estaba, segun sus tradiciones, amenazado. Pero ya parece necesario que averigüemos quien era

Motezuma: qué estado tenia en esta sazon su monarquía: y por qué razon se asustaron tanto él y sus vasallos con la venida de los Españoles.

Hallábase entónces en su mayor aumento el imperio de México, cuyo dominio reconocian casi todas las provincias y regiones que se habian descubierto eu la América septentrional, gobernadas entónces por él, y por otros Régulos ó Caciques tributarios suyos. Corria su longitud de oriente á poniente mas de quinientas leguas; y su latitud de norte á sur llegaba por algunas partes á doscientas: tierra poblada, rica y abundante. Por el oriente partia sus límites con el mar Atlántico, que hoy se llama del norte, y discurria sobre sus aguas aquel largo espacio que hay desde Panúco á Yucatán. Por el occidente tocaba con el otro mar, registrando el Oceano Asiático (ó sea el Golfo de Anián) desde el Cabo Mendozino hasta los extremos de la Nueva Galicia. Por la parte del medio dia se dilataba mas, corriendo sobre el mar del sur desde Acapulco á Guatemála: y llegaba á introducirse por Nicaragua en aquel Istmo, ó estrecho de tierra, que divide y engarza las dos Américas. Por la banda del norte se alargaba ácia la parte de Panúco hasta comprehender aquella provincia; pero se dexaba estrechar considerablemente de los montes ó serranías que ocupaban los Chichimecas y Otomies, gente bárbara, sin república ni policia, que habita en las caver-

nas de la tierra, ó en las quiebras de los peñascos, sustentándose de la caza y frutas de árboles silvestres; pero tan diestros en el uso de sus flechas, y en servirse de las asperezas y ventajas de la montaña, que resistieron varias veces á todo el poder Mexicano: enemigos de la sujecion, que se contentaban con no dexarse vencer, y aspiraban solo á conservar entre las fieras su libertad,

Creció este imperio de humildes principios á tan desmesurada grandeza en poco mas de ciento y treinta años; porque los Mexicanos, nacion belicosa por naturaleza, se fueron haciendo lugar con las armas entre las demas naciones que poblaban aquella parte del mundo. Obedecieron primero á un Capitan valeroso que los hizo soldados, y les dió á conocer la gloria militar: despues eligieron Rey, dando el supremo dominio al que tenia mayor credito de valiente: porque no conocian otra virtud que la fortaleza; y si conocian otras, eran inferiores en su estimacion. Observaron siempre esta costumbre de elegir por su Rey al mayor soldado, sin atender á la sucesion; aunque en igualdad de hazañas preferian la sangre Real: y la guerra, que hacia los Reyes, iba poco á poco ensanchando la monarquía. Tuvieron al principio de su parte la justicia de las armas, porque la opresion de sus confinantes los puso en términos de inculpable defensa, y el cielo favoreció su causa con los primeros sucesos; pero creciendo

despues el poder, perdió la razon, y se hizo tiranía.

Verémos los progresos de esta nacion, y sus grandes conquistas, quando hablemos de la serie de sus Reyes, y esté ménos pendiente la narracion principal. Fué el undecimo de ellos, segun lo pintan sus anales, Motezuma, segundo de este nombre, varon señalado y venerable entre los Mexicanos, aun ántes de reynar.

Era de la sangre Real, y en su juventud siguió la guerra, donde se acreditó de valeroso y esforzado Capitan con diferentes hazañas, que le dieron grande opinion. Volvió á la Corte algo elevado con estas lisonjas de la fama: y viéndose aplaudido y estimado como el primero de su nacion, entró en esperanzas de empuñar el cetro en la primera eleccion: tratándose en lo interior de su ánimo, como quien empezaba á coronarse con los pensamientos de la Corona.

Puso luego toda su felicidad en ir ganando voluntades, á cuyo fin se sirvió de algunas artes de la política: ciencia que no todas veces se desdeña de andar entre los bárbaros, y que ántes suele hacerlos, quando la razon que llaman de estado se apodera de la razon natural. Afectaba grande obediencia y veneracion á su Rey, y extraordinaria modestia y compostura en sus acciones y palabras, cuidando tanto de la gravedad y entereza del semblante, que solian decir los Indios que le venía bien



el nombre de Motezuma, que en su lengua significa *Príncipe Sañudo:* aunque procuraba templar esta severidad, forzando el agrado con la liberalidad.

Acreditabase tambien de muy observante en el culto de su religion: poderoso medio para cautivar á los que se gobiernan por lo exterior: y con este fin labró en el templo mas freqüentado un apartamiento á manera de tribúna, donde se recogiá muy á la vista de todos, y se estaba muchas horas entregado á la devocion del aura popular, ó colocando entre sus Dioses el ídolo de sus ambicion.

Hizose tan venerable con este género de exterioridades, que, quando llegó el caso de morir el Rey su antecesor, le dieron su voto sin controversia todos los electores, y le admitió el pueblo con grande aclamacion. Tuvo sus ademanes de resistencia, dexándose buscar para lo que deseaba, y dió su aceptacion con especies de repugnancia. Pero, apenas ocupó la silla imperial, quando cesó aquel artificio, en que traía violentado su natural, y se fueron conociendo los vicios que andaban encubiertos con nombre de virtudes.

La primera accion en que manifestó su altivez, fué despedír toda la familia real, que, hasta él, se componia de gente mediana y plebeya: y con pretexto de mayor decencia se hizo servir de los nobles, hasta en los ministerios ménos decentes de su casa. Dexabase ver pocas veces de sus va-

sallos, y solamente lo muy necesario de sus ministros y criados, tomando el retiro y la melancolía como parte de la magestad. Para los que conseguian el llegar á su presencia inventó nuevas reverencias y ceremonias, extendiendo el respeto hasta los confines de la adoracion. Persuadióse á que podia mandar en la libertad y en la vida de sus vasallos, y executó grandes crueldades, para persuadirlo á los demas.

Impuso nuevos tribútos sin pública necesidad, que se repartian por cabezas entre aquella inmensidad de súbditos; y con tanto rigor, que hasta los pobres mendigos reconocian miserablemente el vasallage, trayendo á sus erarios algunas cosas viles, que se recibian, y se arrojaban en su presencia.

Consiguió con estas violencias que le temiesen sus pueblos; pero como suelen andar juntos el temor y el aborrecimiento, se le rebelaron algunas provincias: á cuya sujecion salió personalmente, por ser tan zeloso de su autoridad, que se ajustaba mal á que mandáse otro en sus exércitos; aunque no se le puede negar que tenia inclinacion y espíritu militar. Solo resistieron á su poder, y se mantuvieron en su rebeldía las provincias de Mechoacan, Tlascala y Tepeaca: y solia decir él que no las sojuzgaba, porque habia menester aquellos enemigos para proveerse de cautivos que aplicar á



los sacrificios de sus Dioses; tirano hasta en lo que dexaba de castigar.

Habia reynado catorce años, quando llegó á sus costas Hernan Cortés; y el último de ellos fué todo presagios y portentos de grande horror y admiracion, ordenados ó permitidos por el cielo para quebrantar aquellos ánimos feroces, y hacer ménos imposible á los Españoles aquella grande obra, que con medios tan desiguales iba disponiendo y encaminando su providencia.

CAPITULO IV.

Refierense diferentes prodigios y señales que se vieron en México ántes que llegáse Cortés: de que aprendieron los Indios que se acercaba la ruina de aquel imperio.

Sabido quien era Motezuma, y el estado y grandeza de su imperio, resta inquirir los motivos en que se fundaron este Príncipe y sus ministros para resistir porfiadamente á la instancia de Hernan Cortés: primera diligencia del demonio, y primera dificultad de la empresa. Luego que se tuvo en México noticia de los Españoles, quando el año ántes arribó á sus costas Juan de Grijalva, empeza-

-ron á verse en aquella tierra diferentes prodigios y señales de grande asombro, que pusieron á Motezuma en una como certidumbre de que se acercaba la ruina de su imperio y á todos sus vasallos en igual confusion y desaliento.

Duró muchos dias un cometa espantoso de forma piramidal, que descubriéndose á la media noche, caminaba lentamente hasta lo mas alto del cielo, donde se deshacia con la presencia del sol.

Vióse despues en medio del dia salir por el poniente otro cometa, ó exhalacion, á manera de una serpiente de fuego con tres cabezas, que corria velocísimamente, hasta desaparecer por el horizonte contrapuesto, arrojando infinidad de centellas, que desvanecian en el ayre.

La gran lagúna de México rompió sus márgenes, y salió impetuosamente á inundar la tierra, llevándose tras sí algunos edificios, con un género de ondas que parecian hervores, sin que hubiese avenida ó temporal, á que atribuir este movimiento de las aguas. Encendióse de sí mismo uno de sus templos; y sin que se hallase el orígen ó la causa del incendio, ni medio con que apagarle, se vieron arder hasta las piedras, y quedó reducido á poco mas que ceniza. Oyeronse en el ayre, por diferentes partes, voces lastimosas, que pronosticaban el fin de aquella monarquía: y sonaba repetidamente el mismo vaticinio en las respuestas de los ídolos, pronunciando en ellos el demonio lo que

" ofenderme. Yo cumplo así lo que me ordenan " los Dioses. Despierta, Señor, que los tienen " irritados tu soberbia y tu crueldad. Despierta, " digo otra vez, ó mira como duermes : pues no " te recuerdan los cauterios de tu conciencia ; ni " ya puedes ignorar que los clamores de tus " pueblos llegaron al cielo primero que á tus " oídos."

Estas ó semejantes palabras dixo el villano, ó el espíritu que hablaba en él; y volvió las espaldas con tanto denuedo, que nadie se atrevió á detenerle. Iba Motezuma, con el primer movimiento de su ferocidad, á mandar que le matasen, y le detuvo un nuevo dolor que sintió en el muslo, donde halló, y reconocieron todos estampada la señal del fuego, cuya pavorosa demostracion le dexó atemorizado y discursivo; pero con resolucion de castigar al villano, sacrificándole á la placacion de sus Dioses. Avisos ó amonestaciones motivadas por el demonio, que traían consigo el vicio de su orígen, sirviendo mas á la ira y á la obstinacion, que al conocimiento de la culpa.

En ambos acontecimientos pudo tener alguna parte la credulidad de aquellos bárbaros, de cuya relacion lo entendieron así los Españoles. Dexamos su recurso á la verdad ; pero no tenemos por inverisímil que el demonio se valiese de semejantes artificios para irritar á Motezuma contra los Españoles, y poner estorvos á la introduccion del



Evangelio: pues es cierto que pudo, suponiendo la permision divina en el uso de su ciencia, fingir ó fabricar estos fantásmas y apariciones monstruosas; ó bien formáse aquellos cuerpos visibles, condensando el ayre con la mezcla de otros elementos; ó lo que mas veces sucede, viciando los sentidos, y engañando la imaginacion, de que tenemos algunos exemplos en las sagradas letras, que hacen creibles los que se hallan del mismo género en las historias profanas.

Estas y otras señales portentosas que se vieron en México, y en diferentes partes de aquel imperio, tenian tan abatido el ánimo de Motezuma, y tan asustados á los prudentes de su consejo, que, quando llegó la segunda embaxada de Cortés, creyeron que tenian sobre sí toda la calamidad y ruina de que estaban amenazados.

Fueron largas las conferencias, y varios los pareceres. Unos se inclinaban á que, viniendo aquella gente armada y forastera en tiempo de tantos prodigios, debia ser tratada como enemiga; porque admitirla, ó el fiarse de ella, sería oponerse á la voluntad de sus Dioses, que enviaban delante del golpe aquellos avisos, para que procurasen evitarle. Otros andaban mas detenidos ó temerosos, y procuraban excusar el rompimiento, encareciendo el valor de los extrangeros, el rigor de sus armas, y la ferocidad de los caballos; y trayendo á la memoria el estrago y mortandad que

hicieron en Tabasco, de cuya guerra tuvieron luego noticia. Y aunque no se persuadian á que fuesen inmortales, como lo publicaba el temor de aquellos vencidos, no acertabán á considerarlos como animales de su especie, ni dexaban de hallar en ellos alguna semejanza de sus Dioses por el manejo de los rayos con que, á su parecer, peleaban, y por el predominio con que se hacian obedecer de aquellos brutos, que entendian sus órdenes, y militaban de su parte.

Oyólos Motezuma, y mediando entre ambas opiniones, determinó que se negáse á Cortés con toda resolucion la licencia que pedia para venir á su Corte mandándole que desembarazáse luego aquellas costas, y enviándole otro regalo como el antecedente, para obligarle á obedecer: pero que, si esto no bastáse á detenerle, se discurriria en los medios violentos, juntando un exército poderoso de tal calidad, que no se pudiese temer otro suceso como el de Tabasco: pues no se debia desestimar el corto número de aquellos extrangeros, en cuyas armas prodigiosas, y valor extraordinario se conocian tantas ventajas; particularmente quando llegaban á sus costas en tiempo tan calamitoso, y de tantas señales espantosas, que, al parecer, encarecian sus fuerzas: pues llegaban á merecer el cuidado, y la prevencion de sus Dioses.

CAPITULO V.

Vuelve Francisco de Montejo con noticia del lugar de Quiabislán. Llegan los embaxadores de Motezuma, y se despiden con desabrimiento. Muevense algunos rumores entre los soldados, y Hernan Cortés usa de artificio para sosegarlos.

Mientras duraban en la Corte de Motezuma estos discursos melancólicos, trataba Hernan Cortés de adquirir noticias de la tierra, de ganar las voluntades de los Indios que acudian al quartel, y de animar á sus soldados, procurando infundir en ellos aquellas grandes esperanzas que le anunciaba su corazon. Volvió de su viage Francisco de Montejo, habiendo seguido la costa por espacio de algunas leguas la vuelta del norte, y descubierto una poblacion que se llamaba Quiabislán, situada en tierra fertil y cultivada, cerca de un parage ó ensenada bastantemente capaz, donde, al parecer de los Pilotos, podian surgir los navios, y mantenerse al abrigo de unos grandes peñascos, en que desarmaba la fuerza de los vientos. Distaba este lugar de San Juan de Ulúa como doce leguas, y Hernan Cortéz empezó á mirarle como sitio a-

comodado para mudar á él su alojamiento; pero ántes que lo resolviese, llegó la respuesta de Motezuma.

Vinieron Teutile y los Cabos principales de sus tropas con aquellos braserillos de copal: y despues de andar un rato envueltas en humo las cortesías, hizo demostracion del presente, que fué algo menor, pero del mismo género de alhajas y piezas de oro que vinieron con la primera embaxada. Solo traía de particular quatro piedras verdes al modo de esmeraldas, que llamaban chalcuítes; y dixo Teutile á Cortés con gran ponderacion, que las enviaba Motezuma señaladamente para el Rey de los Españoles, por ser joyas de inestimable valor: encarecimiento de que se pudo hacer poco aprecio donde tenia el vidrio tanta estimacion.

La embaxada fué resuelta y desabrida, y el fin de ella despedir á los huespedes, sin dexarles arbitrio para replicar. Era cerca de la noche, y al empezar su respuesta Hernan Cortés, hicieron en la barraca que servia de Iglesia la señal del Ave Maria. Pusose de rodillas á rezarla, y á su imitacion todos los que le asistian: de cuyo silencio y devocion quedaron admirados los Indios; Teutile preguntó á Doña Marina la significacion de aquella ceremonia. Entendiólo Cortés, y tuvo por conveniente, que con ocasion de satisfacer á su curiosidad, se les habláse algo en la Religion. Tomó

la mano el Padre Fray Bartolomé de Olmedo, y procuró ajustarse á su ceguedad, dándoles alguna escasa luz de los misterios de nuestra Fé. Hizo lo que pudo su eloqüencia, para que entendiesen que solo habia un Dios principio y fin de todas las cosas, y que en sus ídolos adoraban al demonio, enemigo mortal del género humano : vistiendo esta proposicion con algunas razones fáciles de comprehender, que escuchaban los Indios con un género de atencion, como que sentian la fuerza de la verdad. Y Hernan Cortés se valió de este principio para volver á su respuesta, diciendo á Teutile: "Que uno de los puntos de su embaxada, y el "principal motivo que tenia su Rey para proponer su amistad á Motezuma, era la obligacion "con que deben los Príncipes Christianos oponerse á los errores de la idolatría, y lo que deseaba instruirle para que conociese la verdad, y "ayudarle á salir de aquella esclavitud del demonio, tirano invisible de todos sus Reynos, que "en lo esencial le tenia sujeto y avasallado, aunque en lo exterior fuese tan poderoso Monarca. "Y que, viniendo él de tierras tan distantes á negocios de semejante calidad, y en nombre de "otro Rey mas poderoso, no podria dexar de hacer nuevos esfuerzos, y perseverar en sus instancias hasta conseguir que se le oyése; pues "venía de paz, como lo daba á entender el corto "número de su gente, de cuya limitada pre-

" vencion no se podian rezelar mayores in-
" tentos."

Apenas oyó Teutile esta resolucion de Cortés, quando se levantó apresuradamente, y con un género de impaciencia, entre cólera y turbacion, le dixo: " Que el gran Motezuma habia usado " hasta entónces de su benignidad, tratándole co-
" mo á huesped; pero que determinándose á re-
" plicarle, sería suya la culpa, si se halláse tratado
" como enemigo." Y sin esperar otra razon, ni despedirse, volvió las espaldas, y partió de su presencia con paso acelerado, siguiéndole Pilpatoe y los demas que le acompañaban. Quedó Hernan Cortés algo embarazado al ver semejante resolucion; pero tan en sí, que volviendo á los suyos, mas inclinado á la risa que á la suspension, les dixo: " Verémos en qué para este desafío: que
" ya sabemos como pelean sus exércitos, y las mas
" veces son diligencias del temor las amenazas." Y entre tanto que se recogia el presente, prosiguió, dando á entender: " Que no conseguirian
" aquellos bárbaros el comprar á tan corto precio
" la retirada de un exército Español; porque
" aquellas riquezas se debian mirar como dádivas
" fuera de tiempo, que traían mas de flaqueza que
" de liberalidad." Así procuraba lograr las ocasiones de alentar á los suyos: y aquella noche, aunque no parecia verisímil que los Mexicanos tuviesen prevenido exército con que asaltar el

quartel, se doblaron las guardias, y se miró como contingente lo posible. Que nunca sobra el cuidado en los Capitanes, y muchas veces suele parecer ocioso, y salir necesario.

Luego que llegó el dia, se ofreció novedad considerable que ocasionó alguna turbacion: porque se habian retirado la tierra adentro los Indios que poblaban las barracas de Pilpatoe, y no parecia un hombre por toda la campaña. Faltaron tambien los que solian acudir con bastimentos de las poblaciones comarcanas: y estos principios de necesidad, temida mas que tolerada, bastaron para que se empezasen á desazonar algunos soldados, mirando como desacierto el detenerse á poblar en aquella tierra: de cuya murmuracion se valieron para levantar la voz algunos parciales de Diego Velazquez, diciendo con ménos recato en las conversaciones: "Que Hernan Cortés queria perderlos, y pasar con su ambicion adonde no alcanzaban sus fuerzas: que nadie podria excusar de temeridad el intento de mantenerse con tan poca gente en los dominios de un Príncipe tan poderoso: y que ya era necesario que clamasen todos sobre volver á la Isla de Cuba, para que se rehiciesen la armada y el exército, y se tomáse aquella empresa con mayor fundamento."

Entendiólo Hernan Cortes, y valiéndose de sus amigos y confidentes, procuró exâminar de qué opinion estaba el resto principal de su gente; y

halló que tenia de su parte á los mas y á los mejores: sobre cuya seguridad se dexó hallar de los mal contentos. Hablóle en nombre de todos Diego de Ordaz: y no sin alguna destemplanza, en que se dexaba conocer su pasion, le dixo: "Que la "gente del exército estaba sumamente desconsolada, y en términos de romper el freno de la "obediencia; porque habia llegado á entender "que se trataba de proseguir aquella empresa: y "que no se le podia negar la razon; porque ni el "número de los soldados, ni el estado de los "baxeles, ni los bastimentos de reserva, ni las demas prevenciones tenian proporcion con el intento de conquistar un imperio tan dilatado y "tan poderoso: que nadie estaba tan mal consigo "que se quisiese perder por capricho ageno: y "que ya era menester que tratáse de dar la vuelta "á la Isla de Cuba, para que Diego Velazquez reforzase su armada, y tomáse aquel empeño con "mejor acuerdo y con mayores fuerzas."

Oyóle Hernan Cortés sin darse por ofendido, como pudiera, de la proposicion y del estilo de ella; ántes le respondió, sosegada la voz y el semblante: "Que estimaba su advertencia, porque "no sabía la desazon de los soldados; ántes creía "que estaban contentos y animosos: porque en "aquella jornada no se podian quejar de la fortuna, si no los tenia cansados la felicidad; pues "un viage tan sin zozobras, lisongeado del mar y

" de los vientos: unos sucèsos como los pudo fingir
" el deseo: tan conocidos favores del cielo en Co-
" zumél: una victoria en Tabasco: y en aquella
" tierra tanto regalo y prosperidad, no eran ante-
" cedentes de que se debia inferir semejante desa-
" liento: ni era de mucho garbo el desistir ántes
" de ver la cara del peligro, particularmente
" quando las dificultades solian parecer mayores
" desde lejos, y deshacerse luego en las manos los
" encarecimientos de la imaginacion. Pero que,
" si la gente estaba ya tan desconfiada y temerosa
" como decia, sería locura fiarse de ella para una
" empresa tan dificultosa: y que así trataria luego
" de tomar la vuelta de la Isla de Cuba, como se
" lo proponian, confesando que no le hacia tanta
" fuerza el ver esta opinion en el vulgo de los sol-
" dados, como el hallarla asegurada en el consejo
" de sus amigos." Con estas y otras palabras de este género desarmó por entónces la intencion de aquellos parciales inquietos, sin dexarles que desear hasta que llegáse el tiempo de su desengaño: y con esta disimulacion artificiosa, primor algunas veces permitido á la prudencia, dió á entender que cedia para dar mayores fuerzas á su resolucion.

CAPITULO VI.

Publícase la Jornada para la Isla de Cuba. Claman los soldados que tenia prevenidos Cortés. Solicita su amistad el Cacique de Zempoala: y ultimamente hace la poblacion.

Poco rato despues que se apartaron de Hernan Cortés Diego de Ordaz y los demas de su séquito, hizo que se publicáse la jornada para la Islá de Cuba, distribuyendo las órdenes para que se embarcasen los Capitanes con sus compañías en los mismos baxeles de su cargo, y estuviesen á punto de partir el dia siguiente al amanecer; pero no se divulgó bien entre los soldados esta resolucion, quando se conmovieron los que estaban prevenidos, diciendo á voces: "Que Hernan Cortés "los habia llevado engañados, dándoles á enten- "der que iban á poblar en aquella tierra; y que "no querian salir de ella, ni volver á la Isla de "Cuba: á que añadian que, si él estaba en dictá- "men de retirarse, podria executarlo con los que "se ajustasen á seguirle: que á ellos no les falta- "ria alguno de aquellos Caballeros que se encar- "gáse de su gobierno." Creció tanto, y tan bien adornado este clamor, que se llevó tras sí á muchos



de los que entraron violentos ó persuadidos en la contraria faccion; y fué menester que los mismos amigos de Cortés, que movieron á los unos, apaciguasen á los otros. Alabaron su determinacion: ofrecieron que hablarian á Cortés para que suspendiese la execucion del viage; y ántes que se entibiáse aquel reciente fervor de los ánimos, partieron á buscarle asistidos de mucha gente: en cuya presencia le dixeron, levantando la voz: "Que el exército estaba en términos de amotinarse sobre aquella novedad: quejaronse, ó hicieron que se quejaban de que hubiese tomado semejante resolucion sin el consejo de sus Capitanes: ponderabanle como desáyre indigno de Españoles el dexar aquella empresa en los primeros rumores de la dificultad, y el volver las espaldas ántes de sacar la espada. Traíanle á la memoria lo que sucedió á Juan de Grijalva; pues todo el enojo de Diego Velazquez fué porque no hizo alguna poblacion en la tierra que descubrió, y se mantuvo en ella; por cuya resolucion le trató de pusilánime, y le quitó el gobierno de la armada." Y ultimamente le dixeron lo que él mismo habia dictado; y él lo escuchó como noticia en que hallaba novedad: y dexándose rogar y persuadir, hizo lo que deseaba, y dió á entender que se reducia. Respondióles: "Que estaba mal informado; porque algunos de los mas interesados en el acierto de aquella fac-

" cion (y no los nombró por dar mayor misterio
" á su razon) le habian asegurado que toda la gen-
" te clamaba desconsoladamente sobre dexar
" aquella tierra, y volverse á la Isla de Cuba: y
" que de la misma suerte que tomó aquella reso-
" lucion contra su dictámen, por complacer á sus
" soldados, se quedaria con mayor satisfaccion
" suya, quando los hallaba en opinion mas conve-
" niente al servicio de su Rey, y á la obligacion
" de buenos Españoles; pero que tuviesen enten-
" dido que no queria soldados sin voluntad, ni era
" la guerra exercicio de forzados: que qualquiera
" que tuviese por bien el retirarse á la Isla de
" Cuba, podria executarlo sin embarazo: y que
" desde luego mandaria prevenir embarcacion y
" bastimentos para el viage de todos los que no se
" ajustasen á seguir voluntariamente su fortuna."
Tuvo grande aplauso esta resolucion: oyóse aclamado el nombre de Cortés: llenóse el ayre de voces y de sombreros, al modo que suelen explicar su contento los soldados: unos se alegraban porque lo sentian así; y otros, por no diferenciarse de los que sentian lo mejor. Ninguno se atrevió por entónces á contradecir la poblacion; ni los mismos que tomaron la voz de los mal contentos acertaban á volver por sí: pero Hernan Cortés oyó sus disculpas sin apurarlas, y guardó su queja para mejor ocasion.

Sucedió á este tiempo que, estando de centinela

en una de las avenidas Bernal Diaz del Castillo y otro soldado, vieron asomar por el parage mas vecino á la playa cinco Indios que venian caminando ácia el quartel: y pareciéndoles poco número para poner en arma al exército, los dexaron acercar. Detuvieronse á poca distancia, y dieron á entender con las señas que venian de paz, y que traían embaxada para el General de aquel exército. Llevólos consigo Bernal Diaz, dexando á su compañero en el mismo sitio, para que cuidáse de observar si los seguian algunas tropas. Recibiólos Hernan Cortés con toda gratitud; y mandando que los regalasen ántes de oirlos, reparó en que parecian de otra nacion, porque se diferenciaban de los Mexicanos en el trage; aunque traían, como ellos, penetradas las orejas y el labio inferior de gruesos zarcillos y pendientes, que aun siendo de oro, los afeaban. La lengua tambien sonaba con otro género de pronunciacion: hasta que, viniendo Aguilar y Doña Marina, se conoció que hablaban en idioma diferente, y se tuvo á dicha que uno de ellos entendiese y pronunciáse dificultosamente la lengua mexicana: por cuyo medio, no sin algun embarazo, se averiguó que los enviaba el Señor de Zempoala, provincia poco distante, para que visitasen de su parte al Caudillo de aquella gente valerosa; porque habian llegado á sus oidos las maravillas que obraron sus armas en la provincia de Tabasco; y por ser Príncipe guerre-

ro, y amigo de hombres valerosos, deseaba su amistad: ponderando mucho la estimacion que hacia su Dueño de los grandes soldados, como quien procuraba que no se atribuyése al miedo lo que tenia mejor sonido en la inclinacion.

Admitió Hernan Cortés con toda estimacion la buena correspondencia y amistad que le proponian de parte de su Cacique, teniendo á favor del cielo el recibir esta embaxada en tiempo que estaba despedido y rezeloso de los Mexicanos, celebrándola mas, quando entendió que la provincia de Zempoala estaba en el paso de aquel lugar que descubrió desde la costa Francisco Montejo, donde pensaba entónces mudar su alojamiento. Hizo algunas preguntas á los Indios, para informarse de la intencion y fuerzas de aquel Cacique: y una de ellas fué, ¿ como, estando tan vecinos, habian tardado tanto en venir con aquella proposicion? Á que respondieron, que no podian concurrir los de Zempoala donde asistian los Mexicanos, cuyas crueldades se sufrian mal entre los de su nacion.

No le sonó mal esta noticia á Hernan Cortés: y apurándola con alguna curiosidad, vino á entender que Motezuma era príncipe violento, y aborrecible por su soberbia y tiranías: que tenia muchos de sus pueblos mas atemorizados que sujetos: y que habia por aquel parage algunas provincias que deseaban sacudir el yugo de su dominio: con que se le hizo ménos formidable su poder, y ocurrieron á su ima-

ginacion varias especies de ardides y caminos de aumentar su exército, que le animaban confusamente. Lo primero que se le ofreció fué ponerse de parte de aquellos afligidos; y que no sería dificultoso, ni fuera de razon el formar partido contra un tirano entre sus mismos rebeldes. Así lo discurrió entónces, y así le sucedió despues: verificándose, con otro exemplo, en la ruina de aquel imperio tan poderoso, que la mayor fuerza de los Reyes consiste en el amor de sus vasallos. Despachó luego á los Indios con algunas dádivas en señal de benevolencia: y les ofreció que iria brevemente á visitar á su Dueño para establecer su amistad, y estar á su lado en quanto necesitáse de su asistencia.

Era su intento pasar por aquella provincia, y reconocer á Quiabislán, donde pensaba fundar su primera poblacion, por los buenos informes que tenia, de su fertilidad; pero le importaba, para otros fines que iba madurando, adelantar la formacion de su república en aquellas mismas barracas, suponiendo que se habia de mudar la situacion del pueblo á parte ménos desacomodada. Comunicó su resolucion á los Capitanes de su confidencia: y suavizada por este medio la proposicion, se convocó la gente para nombrar los ministros del gobierno; en cuya breve conferencia prevalecieron los que sabian el ánimo de Cortés, y salieron por Alcaldes Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de

Montejo: por Regidores Alonso Dávila, Pedro y Alonso de Alvarado, y Gonzalo de Sandoval: y por Alguacil mayor, y Procurador general Juan de Escalante y Francisco Alvarez Chico. Nombróse tambien el Escribano de Ayuntamiento, con otros ministros inferiores: y hecho el juramento ordinario de guardar razon y justicia, segun su obligacion, al mayor servicio de Dios y del Rey, tomaron su posesion con la solemnidad que se acostumbra, y comenzaron á exercer sus oficios, dando á la nueva poblacion el nombre de la *Villa Rica de la Vera Cruz*: cuyo título conservó despues en la parte donde quedó situada, llamándose *Villa Rica* en memoria del oro que se vió en aquella tierra, y *de la Vera Cruz* en reconocimiento de haber saltado en ella el Viernez de la Cruz.

Asistió Hernàn Cortés á estas funciones como uno de aquella república, haciendo por entónces persona de particular entre los demas vecinos: y aunque no podia facilmente apartar de sí aquel género de superioridad que suele consistir en la veneracion agena, procuraba autorizar con su respeto aquellos nuevos ministros para introducir la obediencia en los demas: cuya modestia tenia en el fondo alguna razon de estado; porque le importaba la autoridad de aquel Ayuntamiento, y la dependencia de aquellos subditos, para que el brazo de la justicia y la voz del pueblo llenasen los vacíos de la jurisdiccion militar que residia en él por



delegacion de Diego Velazquez: y á la verdad estaba revocada, y se mantenia sobre flacos cimientos; para entrar con ella en una empresa tan dificultosa. Defecto que le traía cuidadoso, porque andaba disimulado entre los que le obedecian y le embarazaba en su misma resolucion para hacerse obedecer.

CAPITULO VII.

Renuncia Hernan Cortés en el primer Ayuntamiento que se hizo en la Vera Cruz, el título de Capitan General, que tenia por Diego Velazquez: vuelvenle á eligir la Villa y el pueblo.

El dia siguiente por la mañana se juntó el Ayuntamiento con pretexto de tratar algunos puntos concernientes á la conservacion y aumento de aquella poblacion: y poco despues pidió licencia Hernan Cortés para entrar en él á proponer un negocio del mismo intento. Pusieronse en pie los Capitulares para recibirle: y él, haciendo reverencia á la Villa, pasó á tomar el asiento inmediato al primer Regidor, y habló en esta substancia, ó poco diferente:

"Ya, Señores, por la misericordia de Dios, te-
"nemos en este Consistorio representada la per-

“ sona de nuestro Rey, á quien debemos descu-
“ brir nuestros corazones, y decir sin artificio la
“ verdad, que es el vasallage en que mas le reco-
“ nocemos los hombres de bien. Yo vengo á
“ vuestra presencia, como si llegara á la suya, sin
“ otro fin que el de su servicio, en cuyo zelo me
“ permitiréis la ambicion de no confesarme vues-
“ tro inferior. Discurriendo estais en los medios
“ de establecer esta nueva república, dichosa ya
“ en estar pendiente de vuestra direccion. No
“ será fuera de propósito que oigais de mí lo que
“ tengo premeditado y resuelto, para que no ca-
“ mineis sobre algun presupuesto ménos seguro,
“ cuya falta os obligue á nuevo discurso y nueva
“ resolucion. Esta Villa, que empieza hoy á cre-
“ cer al abrigo de vuestro gobierno, se ha fundado
“ en tierra no conocida, y de grande poblacion:
“ donde se han visto ya señales de resistencia, bas-
“ tantes para creer que nos hallamos en una em-
“ presa dificultosa, donde necesitarémos igual-
“ mente del consejo y de las manos; y donde
“ muchas veces habrá de proseguir la fuerza lo que
“ empezáre, y no consiguiere la prudencia. No
“ es tiempo de máxîmas políticas, ni de consejos
“ desarmados. Vuestro primer cuidado debe
“ atender á la conservacion de ese exército que os
“ sirve de muralla: y mi primera obligacion es
“ advertiros que no está hoy como debe, para
“ fiarle nuestra seguridad y nuestras esperanzas.



" Bien sabeis que yo gobierno el exército sin otro
" título que un nombramiento de Diego Velaz-
" quez, que fué con poca intermision escrito y revo-
" cado. Dexo á parte la sinrazon de su descon-
" fianza, por ser de otro propósito ; pero no pue-
" do negar que la jurisdiccion militar, de que tan-
" to necesitamos, se conserva hoy en mí contra la
" voluntad de su dueño, y se funda en un título
" violento que trae consigo mal disimulada la fla-
" queza de su orígen. No ignoran este defecto los
" soldados ; ni yo tengo tan humilde el espíritu,
" que quiera mandarlos con autoridad escrupu-
" losa ; ni es el empeño en que nos hallamos para
" entrar en él con un exército que se mantiene
" mas en la costumbre de obedecer, que en la ra-
" zon de la obediencia. A vosotros, Señores, toca
" el remedio de este inconveniente : y el Ayunta-
" miento, en quien reside hoy la representacion
" de nuestro Rey, puede en su real nombre pro-
" veer el gobierno de sus armas, eligiendo per-
" sona en quien no concurran estas nulidades.
" Muchos sugetos hay en el exército capaces de
" esta ocupacion ; y en qualquiera que tenga otro
" género de autoridad, ó que la reciba de vuestra
" mano, estará mejor empleada. Yo desisto des-
" de luego del derecho que pudo comunicarme la
" posesion, y renuncio en vuestras manos el título
" que me puso en ella, para que discurrais con
" todo el arbitrio en vuestra eleccion, y pueda

"aseguraros que toda mi ambicion se reduce "al acierto de nuestra empresa, y que sabré, "sin violentarme, acomodar la pica en la mano "que dexa el baston: que, si en la guerra se "aprende el mandar obedeciendo, tambien hay "casos en que el haber mandado enseña á obe- "decer."

Dicho esto, arrojó sobre la mesa el título de Diego Velázquez, besó el baston, y dexándole entregado á los Alcaldes, se retiró á su barraca. No debia de llevar inquieto el ánimo con la incertidumbre del suceso: porque tenia dispuestas las cosas de manera que aventuró poco en esta resolucion; pero no carece de albanza la hidalguía del reparo, y el arte con que apartó de sí la debilidad ó ménos decencia de su autoridad. Los Capitulares se detuvieron poco en su eleccion: porque algunos tendrian meditado lo que habian de proponer; y otros no hallárian que replicar. Votaron todos que se admitiese la dexacion de Cortés; pero que se le debia obligar á que tomáse de nuevo á su cargo el gobierno del exército, dándole su título la Villa en nombre del Rey, por el tiempo, y en el interin que su Magestad otra cosa ordenáse: y resolvieron que se comunicáse al pueblo la nueva eleccion, para ver como se recibia, ó porque no se dudaba de su beneplácito. Convocóse la gente á voz de pregonero: y publicada la renunciacion de Cortés, y el acuerdo del

Ayuntamiento, se oyó el aplauso que esperaba, ó el que se habia prevenido. Fueron grandes las aclamaciones, y el regocijo de la gente. Unos victoreaban al Ayuntamiento por su buena eleccion: otros pedian á Cortés, como si se le negáran: y si algunos eran de contrario sentir, ó fingian el contento á voces, ó cuidaban de que no se hiciese reparar el silencio. Hecha esta diligencia, partieron los Alcaldes y Regidores, llevando tras sí la mayor parte de aquellos soldados, que ya representaban el pueblo, á la barraca de Hernan Cortés, y le dixeron, ó notificaron, que la Villa Rica de la Vera Cruz en nombre del Rey Don Carlos, y con sabiduría y aprobacion de sus vecinos, en concejo abierto le habia elegido y nombrado por Gobernador del exército de Nueva España: y en caso necesario le requeria y ordenaba que se encargáse de esta ocupacion, por ser así conveniente al bien público de la villa, y al mayor servicio de su Magestad.

Acceptó Hernan Cortés con grande urbanidad y estimacion el nuevo cargo (que así le llamaba para diferenciarle, hasta en el nombre, del que habia renunciado) y empezó á gobernar la milicia con otro género de seguridad interior, que hacia sus efectos en la obediencia de los soldados.

Sintieron esta novedad con grande imprudencia los dependientes de Diego Velazquez; porque no se ajustaron á disimular su pasion, ni supieron ceder

á la corriente, quando no la podian contrastar. Procuraban desautorizar al Ayuntamiento, y desacreditar á Cortés, culpando su ambicion, y hablando con desprecio de los engañados que no la conocian. Y como la murmuracion tiene oculto el veneno, y no sé qué dominio sobre la inclinacion de los oídos, se hacia lugar en las conversaciones, y no faltaba quien la escucháse, y procuráse adelantar. Hizo lo que pudo Hernan Cortés para remediar en los principios este inconveniente, no sin rezelo de que se llevâse tras sí á los inquietos, ó perturbáse á los fáciles de inquietar. Tenia ya experimentado el poco fruto de su paciencia, y que los medios suaves le producian contrarios efectos, poniendo el daño de peor calidad; y así determinó valerse del rigor, que suele ser mas poderoso con los atrevidos. Mandó que se hiciesen algunas prisiones, y que publicamente fuesen llevados á la armada, y puestos en cadena Diego de Ordaz, Pedro Escudero, y Juan Velazquez de Leon. Puso grande terror en el exército esta demostracion; y él trataba de aumentarle, diciendo con entereza y resolucion, que los prendia por sediciosos y turbadores de la quietud pública; y que habia de proceder contra ellos hasta que pagasen con la cabeza su obstinacion: en cuya severidad, verdadera ó afectada, se mantuvo algunos dias sin llegar á lo estrecho de la justicia, porque deseaba mas su enmienda que su castigo. Estuvieron al

principio sin comunicacion; pero depues se la concedió, dando á entender que la toleraba: y se valió mañosamente de esta permision para introducir algunos de sus confidentes que procurasen reducirlos y ponerlos en razon; como lo consiguió con el tiempo, dexándose desenojar tan autorizadamente, que los hizo sus amigos, y estuvieron á su lado en todos los accidentes que se le ofrecieron despues.

CAPITULO VIII.

Marchan los Españoles, y parte la armada la vuelta de Quiabislán. Entran de paso en Zempoala, donde les hace buena acogida el Cacique, y se toma nueva noticia de las tiranías de Motezuma.

Luego que se executaron estas prisiones salió Pedro de Alvarado con cien hombres á reconocer la tierra, y traer algunas vituallas: porque ya se hacia sentir la falta de los Indios que proveían el exército. Ordenósele que no hiciese hostilidad, ni llegáse á las armas sin necesidad, en que le pusiesen la defensa ó la provocacion: y tuvo suerte de executarlo así con poca diligencia, porque á breve distancia se halló en unos pueblos ó caserías, cuyos moradores le dexaron libre la entrada, huyendo á

los bosques. Reconocieronse las casas que estaban desiertas de gente, pero bien proveidas de maiz, gallinas y otros bastimentos; y sin hacer daño en los edificios ni en las alhajas, tomaron los soldados lo que habian menester, como adquirido con el derecho de la necesidad, y volvieron al quartel cargados y contentos.

Dispuso luego su marcha Hernan Cortés como lo tenia resuelto, y partieron los baxeles á la ensenada de Quiabislán; y él siguió por tierra el camino de Zempoala, dando el costado derecho á la costa, y echó sus batidores delante que reconociesen la campaña: previniendo advertidamente los accidentes que se podian ofrecer en tierra donde fuera descuido la seguridad.

Hallaronse á pocas horas sobre el rio de Zempoala, en cuya vecindad se situó despues la villa de la Vera Cruz; y porque iba profundo, fué necesario recoger algunas canoas y embarcaciones de pescadores que hallaron en la orilla, donde pasó la gente, dexando nadar á los caballos. Vencida esta dificultad, llegaron á unos pueblos del distrito de Zempoala, segun se averiguó despues, y no se tuvo á buena señal el hallarlos desamparados, no solo de los Indios, sino de sus alhajas y mantenimientos, con indicios de fuga prevenida y cuidadosa: solo dexaron en sus adoratorios diferentes ídolos, varios instrumentos ó cuchillos de pedernal, y arrojados por el suelo algunos despojos miserables de vícti-



mas humanas, que hicieron á un tiempo lástima y horror.

Aqui fué donde se vieron la primera vez, nó sin admiracion, los libros mexicanos, de que dexamos hecha mencion. Habia tres ó quatro en los adoratorios que debian de contener los ritos de su religion, y eran de una membrana larga ó lienzo barnizado, que plegaban en iguales dobleces, de modo que cada doblez formaba una hoja, y todos juntos componian el volúmen: parecidos á los nuestros por la vista exterior, y por el texto escritos ó dibujados con aquel género de imágenes y cifras que dieron á conocer los pintores de Teutile.

Alojóse luego el exército en las mejores casas, y se pasó la noche no sin alguna incomodidad, prevenidas las armas, y con centinelas á lo largo, en cuyo desvelo sosegasen los demas.

El dia siguiente se volvió á la marcha en la misma ordenanza por el camino mas hollado, que declinaba la vuelta del poniente, con algun desvio de la costa: y en toda la mañana no se halló persona de quien tomar lengua, ni mas que una soledad sospechosa, cuyo silencio les hacia ruido en la imaginacion y en el cuidado: hasta que, entrando en unos prados de grande amenidad, se descubrieron doce Indios, que venian en busca de Hernan Cortés con un regalo de gallinas y pan de maiz, que le enviaba el Cacique de Zempoala,

pidiéndole con encarecimiento que no dexáse de llegar á su pueblo, donde tenia prevenido alojamiento para su gente, y sería regalado con mayor liberalidad. Supose de estos Indios que el lugar donde residia su Cacique distaba un sol de aquel parage, que en su lengua era lo mismo que un dia de marcha; porque no conocian la division de las leguas, y median la distancia con los soles, contando el tiempo, y no los pasos del camino. Despachó Cortés á los seis Indios con grande estimacion del regalo y de la oferta, quedándose con los otros seis para que le guiasen, y para hacerles algunas preguntas; porque no acababa de reducirse á la sinceridad de este agasajo, que de no esperado parecia poco seguro.

Aquella noche se hizo alto en un pueblo de corta vecindad, cuyos moradores anduvieron solícitos en el hospedage de los Españoles, y al parecer poco rezelosos: de cuya quietud se conjeturaba que estarian de paz los de su nacion; y no se engañó la esperanza, aunque suele consolarse con facilidad. A la mañana se movió el exército con la frente á Zempoala, dexándose llevar de las guias con la cautela y prevencion conveniente. Y al declinar el dia, estando ya cerca del pueblo, vinieron veinte Indios al recibimiento de Cortés, galanes á su modo: y hechas sus ceremonias, dixeron: "Que no salia con ellos su Cacique por estar "impedido; y así los enviaba para que cum-

"pliesen por él con aquella demostracion, que-
"dando con mucho deseo de conocer á tan vale-
"rosos huespedes, y recibir con su amistad á los
"que ya tenia en su inclinacion."

Era el lugar de grande poblacion y de hermosa vista, situado entre dos rios que fertilizaban la campaña, baxando de lo alto de unas sierras poco distantes, de frondosa y apacible aspereza. Los edificios eran de piedra, cubiertos ó adornados con un género de cal muy blanca y resplandeciente, de agradables y suntuosos lejos: tanto, que uno de los batidores que iban delante, volvió aceleradamente diciendo á voces, que las paredes eran de plata: de cuyo engaño se hizo grande fiesta en el exército; y pudo ser que lo creyesen entónces los que despues se burlaban de su credulidad.

Estaban las plazas y las calles ocupadas de innumerable pueblo que concurrió á ver la entrada, sin armas que pudiesen dar cuidado, ni otro rumor que el de la muchedumbre. Salió el Cacique á la puerta de su palacio: y era su impedimento una gordura monstruosa que le oprimia y le desfiguraba. Fuése acercando con dificultad, apoyado en los brazos de algunos Indios nobles, que, al parecer, le daban todo el movimiento. Su trage, sobre cuerpo desnudo una manta de fino algodon, enriquecida con varias joyas y pendientes, de que traía tambien empedradas las orejas y los labios. Príncipe de rara hechura, en quien hacian notable

consonancia el peso y la gravedad. Fué necesario que Cortés detuviese la risa de los soldados; y porque tenia que reprimir en sí, dió la órden con forzada severidad; pero luego que empezó el Cacique su razonamiento, recibiendo con los brazos á Cortés, y agasajando á los demas Capitanes, dió á conocer su buena razon, y ganó por el oído la estimacion de los ojos. Habló concertadamente, y cortó la plática de los cumplimientos con despejo y discrecion, diciendo á Cortés que se retirâse á descansar del camino, y alojar su gente: que despues le visitaria en su quartel, para que hablasen mas de espacio en los intereses comunes.

Tenian prevenido el alojamiento en unos patios de grandes aposentos, donde pudieron acomodarse todos con bastante desahogo, y fueron asistidos con abundancia de quanto hubieron menester. Envió despues el Cacique á prevenir su visita con un regalo de alhajas de oro, y otras curiosidades que valdrian hasta dos mil pesos: y vino á poco rato con lucido acompañamiento en unas andas, que traían sobre sus hombros los mas principales de su familia; y tendrian entónces esta dignidad los mas robustos. Salió Cortés á recibirle, asistido de sus Capitanes; y dándole la puerta y el lugar, se retiró con él y con sus intérpretes, porque le pareció conveniente hablarle sin testigos. Y despues de hacerle aquella oracion acostumbrada sobre el intento de su venida, la grandeza de su Rey, y

los errores de la idolatría, pasó á decirle: "Que "uno de los fines de aquel exército valeroso era "deshacer agravios, castigar violencias, y ponerse "de parte de la justicia y de la razon." Tocando este punto advertidamente, porque deseaba introducirle poco á poco en la queja de Motezuma, y ver, segun las premisas que traía, lo que podia fiar de su indignacion. Conocióse luego en la variacion del semblante que se le habia tocado en la herida: y ántes de resolverse á la respuesta, empezó á suspirar como quien sentia la dificultad de quejarse; pero despues venció la pasion, y prorumpiendo en lamentos de su infelicidad, le dixo: "Que todos los Caciques de aquella comarca se "hallaban en miserable y vergonzosa esclavitud, "gimiendo entre las violencias y tiranías de Mo-"tezuma, sin fuerzas para volver por sí, ni es-"píritu para discurrir en el remedio: que se ha-"cia servir y adorar de sus vasallos como uno de "sus Dioses, y queria que se venerasen sus vio-"lencias y sinrazones como decretos celestiales; "pero que no era su ánimo proponerle que se "aventuráse á favorecerlos: porque Motezuma "tenia mucho poder y muchas fuerzas para que "se resolviese con tan poca obligacion á declararse "por su enemigo; ni sería en él buena urbanidad "pretender su benevolencia, vendiendo á tan cos-"toso precio tan corto servicio."

Procuró Hernan Cortés consolarle, dándole á

entender: "Que temeria poco las fuerzas de Mo-
"tezuma, porque las suyas tenian al cielo de su
"parte, y natural predominio contra los tiranos;
"pero que necesitaba de pasar luego á Quiabislán,
"donde le hallarian los oprimidos y menesterosos,
"que, teniendo la razon de su parte, necesitasen
"de sus armas: cuya noticia podria conseguir
"mientras él asistiese á su defensa." Con esto se despidieron los dos, y Hernan Cortés trató luego de su marcha, dexando ganada la voluntad de este Cacique, y celebrando para consigo la mejoría de sus intentos, que por aquellos lejos, ó espacios de la imaginacion iban pareciendo posibles.

CAPITULO IX.

Prosiguen los Españoles su marcha desde Zempoala á Quiabislan. Refierese lo que pasó en la entrada de esta villa, donde se halla nueva noticia de la inquietud de aquellas provincias, y se prenden seis ministros de Motezuma.

Al tiempo de partir el exército se hallaron prevenidos quatriocientos Indios de carga, para que llevasen las balijas y los bastimentos, y ayudasen á conducir la artillería: que fué grande alivio para los soldados, y se ponderaba como atencion extra-



ordinaria del Cacique, hasta que se supo de Doña Marína, que entre aquellos Señores de vasallos era estílo corriente asistir á los exércitos de sus aliados con este género de bagages humanos, que en su lengua se llamaban Tamenes, y tenían por oficio el caminar de cinco á seis leguas con dos ó tres arrobas de peso. Era la tierra que se iba descubriendo amena y deliciosa, parte ocupada con la poblacion natural de grandes arboledas, y parte fertilizada con el beneficio de las semillas; á cuya vista caminaban nuestros Españoles alegres y divertidos, celebrando la dicha de pisar una campaña tan abundante. Hallaronse, al caer del sol, cerca de un lugarcillo despoblado, donde se hizo mansion, por excusar el inconveniente de entrar de noche en Quiabislan, adone llegaron el dia siguiente á las diez de la mañana.

Descubrianse á largo trecho sus edificios sobre una eminencia de peñascos, que al parecer, servian de muralla: sitio fuerte por naturaleza, de surtidas estrechas y pendientes, que se hallaron sin resitencia, y se penetraron con dificultad. Habianse retirado el Cacique y los vecinos para averiguar desde lejos la intencion de nuestra gente: y el exércitó fué ocupando la villa, sin hallar persona de quien informarse; hasta que, llegando á una plaza donde tenian sus adoratorios, le salieron al encuentro catorce ó quince Indios de trage mas que plebeyo, con grande prevencion de reverencias

y perfumes, y anduvieron un rato afectando cortesía y seguridad, ó procurando esconder el temor en el respeto: afectos parecidos y fáciles de equivocar. Animólos Hernan Cortés tratándolos con mucho agrado, y les dió algunas cuentas de vidrio azules y verdes, moneda que, por sus efectos, se estimaba ya entre los mismos que la conocian: con cuyo agasajo se cobraron del susto que disimulaban, y dieron á entender: "Que su Cacique se habia retirado advertidamente, por no "llamar la guerra con ponerse en defensa, ni "aventurar su persona, fiándose de gente armada "que no conocia; y que, con este exemplo, no fué "posible impedir la fuga de los vecinos, ménos "obligados á esperar el riesgo: accion á que se "habian ofrecido ellos, como personas de mas "porte y mayor osadía; pero que en sabiendo "todos la benignidad de tan honrados huespedes, "volverian á poblar sus casas, y tendrian á mucha "felicidad el servirlos y obedecerlos." Aseguróles de nuevo Hernan Cortés: y luego que partieron con esta noticia, encargó mucho á sus soldados el buen pasage de los Indios: cuya confianza se conoció tan presto, que aquella misma noche vinieron algunas familias, y en breve tiempo estuvo el lugar con todos sus moradores.

Entró despues el Cacique, trayendo al de Zempoala por su padrino, ambos en sus andas ó litéras sobre hombros humanos. Disculpó el de Zem-



poala, no sin alguna discrecion, á su vecino: y á pocos lances se introduxeron ellos mismos en las quejas de Motezuma, refiriendo con impaciencia, y algunas veces con lágrimas, sus tiranías y crueldades, la congoja de sus pueblos, y la desesperacion de sus nobles: á que añadió el de Zempoala por última ponderacion: "Es tan soberbio y tan "feroz este monstruo, que sobre apurarnos y em- "pobrecernos con sus tributos, formando sus "riquezas de nuestras calamidades, quiere tam- "bien mandar en la honra de sus vasallos, qui- "tándonos violentamente las hijas y las mugeres, "para manchar con nuestra sangre las aras de sus "Dioses, despues de sacrificarlas á otros usos mas "crueles de ménos honestos."

Procuró Hernan Cortés alentarlos y disponerlos para entrar en su confederacion; pero al mismo tiempo que trataba de inquirir sus fuerzas y el número de gente que tomaria las armas en defensa de la libertad, llegaron dos ó tres Indios muy sobresaltados; y hablando con ellos al oído, los pusieron en tanta confusion, que se levantaron perdido el ánimo y el color, y se fueron á paso largo sin despedirse, ni acabar la razon. Supose luego la causa de su turbacion; porque se vieron pasar por el mismo quartel de los Españoles seis ministros ó comisarios Reales, de aquellos que andaban por el Reyno cobrando y recogiendo los tributos de Motezuma. Venian adornados con

mucha pompa de plumas y pendientes de oro sobre delgado y limpio algodon, y con bastante número de criados é ministros inferiores, que moviendo, segun la necesidad, unos abanicos grandes, hechos de la misma pluma, les comunicaban el ayre ó la sombra con oficiosa inquietud. Salió Cortés á la puerta con sus Capitanes: y ellos pasaron sin hacerle cortesía, vario el semblante entre la indignacion y el desprecio; de cuya soberbia quedaron con algun remordimiento los soldados, y partieran á castigarla, si él no los reprimiera; contentándose por entónces con enviar á Doña Marina con guardia suficiente para que se informáse de lo que obraban.

Entendióse por este medio que, asentada su audiencia en la casa de la Villa, hicieron llamar á los Caciques, y les reprehendieron públicamente con grande aspereza el atrevimiento de haber admitido en sus pueblos una gente forastera, enemiga de su Rey: y que, demas del servicio ordinario á que estaban obligados, les pedian veinte Indios que sacrificar á sus Dioses en satisfaccion y enmienda de semejante delito.

Llamó Hernan Cortés á los dos Caciques, enviando algunos soldados que, sin hacer ruido, los truxesen á su presencia: y dándoles á entender que penetraba lo mas oculto de sus intentos, para autorizar con este misterio su proposicion, les dixo: "Que ya sabía la violencia de aquellos comisarios,

"y que, sin otra culpa que haber admitido su e-"xército, trataban de imponerles nuevos tributos "de sangre humana: que ya no era tiempo de "semejantes abominaciones, ni él permitiria que "á sus ojos se executáse tan horrible precepto; "ántes les ordenaba precisamente que, juntando "su gente, fuesen luego á prenderlos, y dexasen "á cuenta de sus armas la defensa de lo que obra-"sen por su consejo."

Detenianse los Caciques, rehusando entrar en execucion tan violenta como envilecidos con la costumbre de sufrir el dolor, y respetar el azote; pero Hernan Cortés repitió su órden con tanta resolucion, que pasaron luego á executarla: y con grande aplauso de los Indios fueron puestos aquellos bárbaros en un género de cepos que usaban en sus cárceles muy desacomodados; porque prendian el delinqüente por la garganta, obligando los hombros á forcejar con el peso para el desahogo de la respiracion. Eran dignas de risa las demostraciones de entereza y rectitud con que volvieron los Caciques á dar cuenta de su hazaña: porque trataban de ajusticiarlos aquel mismo dia, segun la pena que señalaban sus leyes contra los traydores: y viendo que no se les permitia tanto, pedian licencia para sacrificarlos á sus Dioses como por via de menor atrocidad.

Asegurada la prision con guardia bastante de soldados Españoles, se retiró Hernan Cortés á su alo-

jamiento y entró en consulta consigo sobre lo que debia obrar para salir del empeño en que se hallaba de amparar y defender aquellos Caciques del daño que los amenazaba por haberle obedecido; pero no quisiera desconfiar enteramente á Motezuma, ni dexar de tenerle pendiente y cuidadoso. Haciale disonancia el tomar las armas para defender la razon escrupulosa de unos vasallos quejosos de su Rey; dexando sin nueva provocacion, ó mejor pretexto, el camino de la paz. Y por otra parte consideraba como punto necesario el mantener aquel partido que se iba formando, por si llegáse el caso de haberle menester. Tuvo finalmente por lo mas acertado cumplir con Motezuma, sacando merito de suspender los efectos de aquel desacato; y dándose á entender que por lo ménos cumpliria consigo en no fomentar la sedicion, ni servirse de ella hasta la última necesidad. Lo que resultó de esta conferencia interior, que le tuvo algunas horas desvelado, fué mandar, á la media noche, que le truxesen dos de los prisioneros con todo recato: y recibiéndolos benignamente, les dixo, como quien no queria que le atribuyesen lo que habian padecido, que los llamaba para ponerlos en libertad: y que en fé de que la recibian unicamente de su mano, podrian asegurar á su Príncipe: "Que con toda brevedad procuraria en-
" viarle los otros compañeros suyos que quedaban
" en poder de los Caciques; para cuya enmienda

" y reduccion obraria lo que fuese de su mayor
" servicio: porque deseaba la paz, y merecerle
" con su respeto y atenciones toda la gratitud que
" se le debia por Embaxador y ministro de mayor
" Príncipe." No se atrevian los Indios á ponerse en camino, temiendo que los matasen, ó volviesen á prender en el paso: y fué menester asegurarlos con alguna escolta de soldados Españoles que los guiasen á la vecina ensenada, donde se hallaban los baxeles, con órden para que en uno de los esquifes los sacasen de los términos de Zempoala.

Vinieron á la mañana los Caciques muy sobresaltados y pesarosos de que se hubiesen escapado los dos prisioneros: y Hernan Cortés recibió la noticia con señas de novedad y sentimiento, culpándolos de poco vigilantes: y con este motivo mandó en su presencia que los otros fuesen llevados á la armada, como quien tomaba por suya la importancia de aquella prision: y secretamente ordenó á los Cabos marítimos que los tratasen bien, teniéndolos contentos y seguros: con lo qual dexó confiados á los Caciques, sin olvidar la satisfaccion de Motezuma, cuyo poder tan ponderado y temido entre aquellos Indios, le tenia cuidadoso: y así procuraba ocurrir á todo, conservando aquel partido sin empeñarse demasiado en él, ni perder de vista los accidentes que le podrian poner en obligacion de abrazarle. Grande artífice de medir lo que disponia con lo que rezelaba: y

como enviados del Cielo á los que, por decreto y ordenacion suya, venian á ser instrumentos de su salud: aprehension de su rudeza, en que pudo mezclarse alguna luz superior, dispensada en favor de su misma sinceridad.

Creció tanto esta opinion de los Españoles, y suena tan bien el nombre de la libertad á los oprimidos, que en pocos dias vinieron á Quiabislán mas de treinta Caciques, dueños de la montaña que estaba á la vista, donde habia numerosas poblaciones de unos Indios que llamaban Totonaques, gente rústica, de diferente lengua y costumbres, pero robusta, y no sin presuncion de valiente. Dieron todos la obediencia, ofrecieron sus huestes; y en la forma que se les propuso juraron fidelidad y vasallage al Señor de los Españoles, de que se recibió auto solemne ante el Escribano del Ayuntamiento. Dice Antonio de Herrera que pasaria de cien mil hombres la gente de armas que ofrecieron estos Caciques: no la contó Bernal Diaz del Castillo, ni llegó el caso de alistarla: sería grande el número, por ser muchos los pueblos y fáciles de mover contra Motezuma, particularmente quando la serranía constaba de Indios belicosos recien sujetos, ó mal conquistados.

Hecho este género de confederacion, se retiraron los Caciques á sus casas, prontos á obedecer lo que se les ordenáse: y Hernan Cortés trató de dar asiento á la Villa Rica de la Vera Cruz, que

hasta entónces se movia con el exército, aunque observaba sus distinciones de república. Eligióse el sitio en lo llano entre la mar y Quiabislán, media legua de esta poblacion: tierra que convidaba con su fertilidad, abundante de agua, y copiosa de árboles, cuya vecindad facilitaba el corte de madera para los edificios. Abrieronse las zanjas, empezando por el templo. Repartieronse los oficiales carpinteros y albañiles que venian con plaza de soldados: y ayudando los Indios de Zempoala y Quiabislán con igual maña y actividad, se fueron levantando las casas de humilde arquitectura, que miraban mas al cubierto que á la comodidad. Formóse luego el recinto de la muralla con sus traveses de tapia corpulenta, bastante reparo contra las armas de los Indios: y en aquella sierra tuvo alguna propiedad el nombre de fortaleza. Asistian á la obra con la mano y con el hombro los soldados principales del exército, y trabajaba como todos Hernan Cortés, pendiente, al parecer, de su tarea, ó no contento con aquella escasa diligencia que basta en el superior para el exemplo.

Entretanto llegaron á México los primeros avisos de que estaban los Españoles en Zempoala admitidos por aquel Cacique, hombre, á su parecer, de fidelidad sospechosa, y de vecinos poco seguros: cuya noticia irritó de suerte á Motezuma, que propuso juntar sus fuerzas, y salir personalmente á castigar este delito de los Zempoales; y

poner debaxo del yugo á las demas naciones de la serranía: prendiendo vivos á los Españoles, destinados ya en su imaginacion para un solemne sacrificio á sus Dioses.

Pero al mismo tiempo que se empezaban á disponer las grandes prevenciones de esta jornada, llegaron á México los dos Indios que despachó Cortés desde Quiabislán, y refirieron el suceso de su prision, y que debian su libertad al caudillo de los extrangeros, y el haberlos puesto en camino para que le representasen quánto deseaba la paz, y quan lejos estaba su ánimo de hacerle algun deservicio: encareciendo su benignidad y mansedumbre con tanta ponderacion, que pudiera conocerse de las alabanzas que daban á Cortés el miedo que tuvieron á los Caciques.

Mudaron semblante las cosas con esta novedad: mitigóse la ira de Motezuma: cesaron las prevenciones de la guerra; y se volvió á tentar el camino del ruego, procurando desviar el intento de Cortés con nueva embaxada y regalo: á cuyo temperamento se inclinó con facilidad, porque en medio de su irritacion y soberbia no podia olvidar las señales del cielo, y las respuestas de sus ídolos, que miraba como agüeros de su jornada, ó por lo ménos le obligaban á la dilacion del rompimiento, procurando entenderse con su temor, de manera que los hombres le tuviesen por prudencia, y los Dioses por obsequio.

Llegó esta embaxada quando se andaba perficionando la nueva poblacion y fortaleza de la Vera Cruz. Vinieron con ella dos mancebos de poca edad, sobrinos de Motezuma, asistidos de quatro Caciques ancianos que los encaminaban como consejeros, y los autorizaban con su respeto. Era lucido el acompañamiento, y traían un régalo de oro, pluma y algodon, que valdria dos mil pesos. El razonamiento de los embaxadores fué: " Que
" el grande Emperador Motezuma, habiendo en-
" tendido la inobediencia de aquellos Caciques, y el
" atrevimiento de prender y maltratar á sus minis-
" tros, tenia prevenido un exército poderoso para
" venir personalmente á castigarlos; y lo habia
" suspendido por no hallarse obligado á romper
" con los Españoles, cuya amistad deseaba, y á
" cuyo Capitan debia estimar y agradecer la aten-
" cion de enviarle aquellos dos criados suyos, sa-
" cándolos de prision tan rigurosa. Pero que,
" despues de quedar con toda confianza de que
" obraria lo mismo en la libertad de sus compa-
" ñeros, no podia dexar de quejarse amigable-
" mente de que un hombre tan valeroso, y tan
" puesto en razon, se acomodáse á vivir entre sus
" rebeldes, haciéndolos mas insolentes con la
" sombra de sus armas, y siendo poco ménos que
" aprobar la traycion el dar atrevimiento á los tray-
" dores: por cuya consideracion le pedia que se
" apartáse luego de aquella tierra, para que pu-
" diese entrar en ella su castigo sin ofensa de su

" amistad; y con el mismo beun corazon le a-
" monestaba que no tratáse de pasar á su
" Corte, por ser grandes los estorvos y peligros
" de esta jornadá." En cuya ponderacion se alargaron con misteriosa prolixidad, por ser esta la particular advertencia de su instruccion.

Hernan Cortés recibió la embaxada y el regalo con respeto y estimacion: y ántes de dar su respuesta, mandó que entrasen los quatro ministros presos, que hizo traer de la armada prevenidamente; y captando la benevolencia de los Embaxadores con la accion de entregarselos bien tratados y agradecidos, les dixo en substancia: "Que
" el error de los Caciques de Zempoala y Quiabis-
" lán quedaba emendado con la restitucion de aque-
" llos ministros, y él muy gustoso de acreditar
" con ella su atencion, y dar á Motezuma esta
" primera señal de su obediencia. Que no dexa-
" ba de conocer y confesar el atrevimiento de la
" prision; aunque pudiera disculparle con el ex-
" ceso de los mismos ministros; pues, no conten-
" tos con los tributos debidos á su Corona, pedian
" con propia autoridad veinte Indios de muer-
" te para sus sacrificios: dura proposicion, y
" abuso que no podian tolerar los Españoles, por
" ser hijos de otra Religion mas amiga de la pie-
" dad y de la naturaleza. Que él se hallaba obli-
" gado de aquellos Caciques, porque le admitie-
" ron y alvergaron en sus tierras, quando sus Go-

" bernadores Teutile y Pilpatoe le abandonaron
" desabridamente, faltando á la hospitalidad y al
" derecho de las gentes: accion que se obraria
" sin su órden, y le sería desagradable; ó por lo
" ménos él lo debia entender así: porque miran-
" do á la paz, deseaba enflaquecer la razon de su
" queja. Que aquella tierra, ni la serranía de los
" Totenaques no se moverian en deservicio suyo,
" ni él se lo permitiria, porque los Caciques estaban
" á su devocion, y no saldrian de sus órdenes:
" por cuyo motivo se hallaba en obligacion de in-
" terceder por ellos para que se les perdonáse la
" resistencia que hicieron á sus ministros, por la
" accion de haber admitido y alojado su exército.
" Y que en lo demas, solo podia responder, que
" quando consiguiese la dicha de acercarse á sus
" pies, se conoceria la importancia de su embaxa-
" da, sin que le hiciesen fuerza los estorvos y pe-
" ligros que le representaban: porque los Es-
" pañoles no conocian al temor; ántes se azora-
" ban y encendian con los impedimentos, como
" enseñados á grandes peligros, y hechos á buscar
" la gloria entre las dificultades."

Con esta breve y resuelta oracion (en que se debe notar la constancia de Hernan Cortés, y el arte con que procuraba dar estimacion á sus intentos) respondió á los Embaxadores, que partieron muy agasajados, y ricos de buxerías castellanas,

llevando para su Rey, en forma de presente, otra magnificencia del mismo género.

Reconocióse que iban cuidadosos de no haber conseguido que se retiráse aquel exército, á cuyo punto caminaban todas las lineas de su negociacion. Ganóse mucho credito con esta embaxada entre aquellas naciones: porque se confirmaron en la opinion de que venía en la persona de Hernan Cortés alguna Deidad, y no de las ménos poderosas; pues Motezuma, cuya soberbia se desdeñaba de doblar la rodilla en la presencia de sus Dioses, le buscaba con aquel rendimiento, y solicitaba su amistad con dádivas, que, á su parecer, serian poco ménos que sacrificios: de cuya notable aprehension resultó que perdiesen mucha parte del miedo que tenian à su Rey, entregándose con mayor sujecion á la obediencia de los Españoles. Y hasta la desproporcion de semejante delirio fué menester para que una obra tan admirable, como la que se intentaba con fuerzas tan limitadas, se fuese haciendo posible con estas permisiones del Altísimo, sin dexarla toda en términos de milagro, ó en descredito de temeridad.

CAPITULO XI.

Mueven los Zempoales con engaño las armas de Hernan Cortés contra los de Zimpazingo sus enemigos. Hacelos amigos, y dexa reducida aquella tierra.

Poco despues vino á la Vera Cruz el Cacique de Zempoala en compañía de algunos Indios principales, que traía como testigos de su proposicion: y dixo à Hernan Cortés, que ya llegaba el caso de amparar y defender su tierra; porque unas tropas de gente mexicana habian hecho pie en Zimpazingo, lugar fuerte, que distaria de allí poco ménos de dos soles, y salian á correr la campaña, destruyendo los sembrados, y haciendo en su distrito algunas hostilidades, con que, al parecer, daban principio á su venganza. Hallábase Hernan Cortés empeñado en favorecer á los Zempoales, para mantener el credito de sus ofertas: pareciόle que no sería bien dexar consentido à sus ojos aquel atrevimiento de los Mexicanos: y que en caso de ser algunas tropas avanzadas del exército de Motezuma, convendria enviarlas escarmentadas, para que desanimasen á los de su nacion. A cuyo efecto determinó salir personalmente á esta faccion, entrando en el empeño con

alguna ligereza, porque no conocia los engaños y mentiras de aquella gente, vicio capital entre los Indios, y se dexó llevar de lo verisímil con poco exâmen de la verdad. Ofrecióles que saldria luego con su exército á castigar aquellos enemigos que turbaban la quietud de sus aliados; y mandandó que le previniesen Indios de carga para el bagage y la artillería, dispuso brevemente su marcha, y partió la vuelta de Zimpazingo con quatrocientos soldados, dexando á los demas en el presidio de la Vera Cruz.

Al pasar por Zempoala halló dos mil Indios de guerra, que le tenia prevenidos el Cacique para que sirviesen debaxo de su mano en esta jornada, divididos en quatro esquadrones ó capitanías con sus cabos, insignias y armas á la usanza de su milicia. Agradecióle mucho Hernan Cortés la providencia de este socorro; y aunque le dió á entender que no necesitaba de aquellos soldados suyos para una empresa de tan poco cuidado, los dexó ir por lo que sucediese, como quien se lo permitia, para darles parte en la gloria del suceso.

Aquella noche se alojaron en unas estancias, tres leguas de Zimpazingo; y otro dia, á poco mas de las tres de la tarde, se descubrió esta poblacion en lo alto de una colina, ramo de la sierra, entre grandes peñas que escondian parte de los edificios, y amenazaban desde lejos con la dificultad del camino. Empezaron los Españoles á ven-

cer la aspereza del monte, no sin trabajo considerable; porque rezelosos de dar en alguna emboscada, se iban doblando y desfilando á la voluntad del terreno; pero los Zempoales ó mas diestros, ó ménos embarazados en lo estrecho de las sendas, se adelantaron con un género de ímpetu, que parecia valor, siendo venganza y latrocinio. Hallóse obligado Hernan Cortés á mandar que hiciesen alto, á tiempo que estaban ya dentro del pueblo algunas tropas de su vanguardia.

Fué prosiguiendo la marcha sin resistencia; y quando ya se trataba de asaltar la villa por diferentes partes, salieron de ella ocho sacerdotes ancianos que buscaban al Capitan de aquel exército: á cuya presencia llegaron haciendo grandes sumisiones, y pronunciando algunas palabras humildes y asustadas, que, sin necesitar de los intérpretes, sonaban á rendimiento. Era su trage ó su ornamento unas mantas negras, cuyos extremos llegaban al suelo, y por la parte superior se recogian y plegaban al cuello, dexando suelto un pedazo en forma de capilla, con que abrigaban la cabeza: largo hasta los hombros el cabello, salpicado, y endurecido con la sangre humana de los sacrificios, cuyas manchas conservaban supersticiosamente en el rostro y en las manos, porque no les era lícito lavarse. Propios ministros de dioses inmundos, cuya torpeza se dexaba conocer en estas y otras deformidades.

Dieron principio á su oracion preguntando á Cortés "¿Por qué resistencia, ó por qué delito "merecian los pobres habitadores de aquel pueblo "inocente la indignacion ó el castigo de una "gente conocida ya por su clemencia en aquellos "contornos?" Respondióles: "Que no trataba "de ofender á los vecinos del pueblo; sino de "castigar á los Mexicanos que se albergaban en "él, y salian á infestar las tierras de sus amigos." A que replicaron: "Que la gente de guerra "Mexicana que asistia de guarnicion en Zimpa-"zingo, se habia retirado huyendo la tierra aden-"tro luego que se divulgó la prision de los mi-"nistros de Motezuma executada en Quiabislán: "y que, si venía contra ellos por influencia ó su-"gestion de aquellos Indios que le acompañaban, "tuviese entendido que los Zempoales eran sus "enemigos, y que le traían engañado, fingiendo "aquellas correrías de los Mexicanos para des-"truirlos y hacerle instrumento de su venganza."

Averiguóse facilmente con la turbacion y frívolas disculpas de los mismos Cabos Zempoales que decian verdad estos sacerdotes; y Hernan Cortés sintió el engaño como desayre de sus armas, enojado á un tiempo con la malicia de los Indios y con su propia sinceridad; pero acudiendo con el discurso á lo que mas importaba en aquel caso, mandó prontamente que los Capitanes Christoval de Olid, y Pedro de Alvarado fuesen con sus com-

pañías á recoger los Indios que se adelantaron á entrar en el pueblo: los quales andaban ya cebados en el pillage, y tenian hecha considerable presa de ropa y alhajas, y maniatados algunos prisioneros. Fueron traídos al exército cargados afrentosamente de su mismo robo, y venian en su alcance los miserables despojados, clamando por su hacienda: para cuya satisfaccion y consuelo mandó Hernan Cortés que se desatasen los prisioneros, y que la ropa se entregáse á los sacerdotes para que la restituyesen á sus dueños. Y llamando á los Capitanes y Cabos de los Zempoales, reprehendió publicamente su atrevimiento con palabras de grande indignacion, dándoles á entender que habian incurrido en pena de muerte, por el delito de obligarle á mover el exército para conseguir su venganza: y haciéndose rogar de los Capitanes Españoles que tenia prevenidos para que le templasen y detuviesen, les concedió el perdon por aquella vez, encareciendo la hazaña de su mansedumbre; aunque á la verdad no se atrevió por entónces á castigarlos con el rigor que merecian, pareciéndole que entre aquellos nuevos amigos tenia sus inconvenientes la satisfaccion de la justicia, ó peligraban ménos los excesos de la clemencia.

Hecha esta demostracion, que le dió credito con ambas naciones, ordenó que los Zempoales se aquartelasen fuera del poblado; y él entró con sus



Españoles en el lugar, donde tuvo aplausos de libertador, y le visitaron luego en su alojamiento el Cacique de Zimpazingo y otros del contorno; los quales convidaron con su amistad y su obediencia, reconociendo por su Rey al Príncipe de los Españoles amado ya con fervorosa emulacion en aquélla tierra, donde le iba ganando subditos cierto genero de razon que les subministraba entónces el aborrecimiento de Motezuma.

Trató despues de ajustar las disensiones que traían entre sí aquellos Indios con los de Zempoala, cuyo principio fué sobre division de términos, y zelos de jurisdiccion, que anduvo primero entre los Caciques, y ya se habia hecho rencor de los vecinos, viviendo unos y otros en continua hostilidad: para cuyo efecto dió forma en la composicion de sus diferencias; y tomando á su cuenta el beneplácito del Señor de Zempoala, consiguió el hacerlos amigos: y tomó la vuelta de la Vera Cruz, dexando adelantado su partido con la obediencia de nuevos Caciques, y apagada la enemistad de sus parciales, cuya desunion pudiera embarazarle para servirse de ellas. Con que sacó utilidad, y halló conveniencia en el mismo desacierto de su jornada: siendo este fruto que suelen producir los errores uno de los desengaños de la prudencia humana, cuyas disposiciones se quedan las mas veces en la primera region de las cosas.

CAPITULO XII.

Vuelven los Españoles á Zempoala, donde se consigue el derribar los ídolos con alguna resistencia de los Indios; y queda hecho templo de Nuestra Señora el principal de sus adoratorios.

Estaba el Cacique de Zempoala esperando à Cortés en una casería poco distante de su pueblo, con grande prevencion de vituallas y manjares para dar un refresco á su gente; pero muy avergonzado y pesaroso de que se hubiese descubierto su engaño. Quiso disculparse, y Hérnan Cortés no se lo permitió, diciéndole, que ya venía desenojado, y que solo deseaba la emienda, única satisfaccion de los delitos perdonados. Pasaron luego al lugar donde le tenia prevenido segundo presente de ocho doncellas, vistosamente adornadas: era la una sobrina suya, y la traía destinada para que Hernan Cortés le honráse recibiéndola por su muger: y las otras para que las repartiese á sus Capitanes como le pareciese, haciendo este ofrecimiento como quien deseaba estrechar su amistad con los víuculos de la sangre. Respondióle que estimaba mucho aquella demostracion de su voluntad y de su ánimo; pero

que no era lícito á los Españoles el admitir mugeres de otra religion, por cuya causa suspendia el recibirlas hasta que fuesen Christianas. Y con esta ocasion le apretó de nuevo en que dexáse la idolatría, porque no podia ser buen amigo suyo quien se quedaba su contrario en lo mas esencial: y como le tenia por hombre de razon, entró con alguna confianza en el intento de convencerle y reducirle; pero él estuvo tan lejos de abrir los ojos, ó sentir la fuerza de la verdad, que, fiado en la presuncion de su entendimiento, quiso argumentar en defensa de sus Dioses: y Hernan Cortés se enfadó con él, dexándose llevar del zelo de la religion, y le volvió las espaldas con algun desabrimiento.

Concurrió en esta sazon una de las festividades mas solemnes de sus ídolos: y los Zempoales se juntaron, no sin algun recato de los Españoles, en el principal de sus adoratorios, donde se celebró un sacrificio de sangre humana; cuya horrible funcion se executaba por mano de los sacerdotes, con las ceremonias que verémos en su lugar. Vendianse despues á pedazos aquellas víctimas infelices, y se compraban y apetecian como sagrados manjares: bestialidad abominable en la gula, y peor en la devocion. Vieron parte de este destrozo algunos Españoles, que vinieron á Cortés con la noticia de su escándalo; y fué tan grande su irritacion, que se le conoció luego en el semblante

la piadosa turbacion de su ánimo. Cesaron, á vista de mayor causa, los motivos que obligaban á conservar aquellos confederados; y como tiene tambien sus primeros ímpetus la ira quando se acompaña con la razon, prorumpió en amenazas, mandando que tomasen las armas sus soldados, y que le llamasen al Cacique y á los demas Indios principales que solian asistirle: y luego que llegaron á su presencia, marchó con ellos al adoratorio, llevando en órden su gente.

Salieron á la puerta de él los sacerdotes, que estaban ya rezelosos del suceso, y á grandes voces empezaron á convocar el pueblo en defensa de sus Dioses: á cuyo tiempo se dexaron ver algunas tropas de Indios armados que, segun se intendió despues, habian prevenido los mismos sacerdotes, porque temieron alguna violencia, dando por descubierto el sacrificio que tanto aborrecian los Españoles. Era de alguna consideracion el número de la gente que iba ocupando las bocas de las calles; pero Hernan Cortés poco embarazado en estos accidentes mandó que Doña Marina dixese en voz alta, que á la primera flecha que disparasen, haria degollar al Cacique y á los demas Zempoales que tenia en su poder; y despues daria permision á sus soldados para que castigasen á sangre y fuego aquel atrevimiento. Temblaron los Indios al terror de semejante amenaza; y temblando como todos, el Cacique mandó á grandes voces que dexasen

las armas, y se retirasen : cuyo precepto se executó apresuradamente, conociéndose en la prontitud con que desaparecieron, lo que deseaba su temor parecer obediencia.

Quedóse Hernan Cortés con el Cacique y con los de su séquito; y llamando á los sacerdotes, oró contra la idolatría con mas que militar eloqüencia. "Animólos, para que no le oyesen atemorizados: "procuró servirse de los términos suaves, y que "calláse la violencia donde hablaba la razon : las- "timóse con ellos del engaño en que vivian : que- "jóse de que, siendo sus amigos, nó le diesen cre- "dito en lo que mas les importaba: ponderóles lo "que deseaba su bien; y de las caricias que ha- "blaban con el corazon pasó á los motivos que "hablan con el entendimiento. Hizoles mani- "fiesta demostracion de sus errores : pusoles de- "lante, casí en forma visible, la verdad : y ul- "timamente les dixo, que venía resuelto á des- "truir aquellos simulacros del demonio; y que "esta obra le sería mas acepta, si ellos mismos la "executasen por sus manos." A cuyo intento los persuadia y animaba para que subiesen por las gradas del templo á derribar los ídolos ; pero ellos se contristaron de manera con esta proposicion, que solo respondian con el llanto y el gemido ; hasta que arrojándose en tierra, dixeron á grandes voces, que primero se dexarian hacer pedazos que poner las manos en sus Dioses. No quiso Her-

nan Cortés empeñarse demasiado en esta circunstancia que tanto resistian; y así mandó que sus soldados lo executasen: por cuya diligencia fueron arrojados desde lo alto de las gradas, y llegaron al pavimento hechos pedazos el ídolo principal y sus colaterales, seguidos y atropellados de sus mismas aras y de los instrumentos detestables de su adoracion. Fué grande la conmocion y el asombro de los Indios: mirabanse unos á otros como echando ménos el castigo del Cielo: y á breve rato sucedió lo mismo que en Cozumel; porque viendo á sus Dioses en aquel abatimiento, sin poder ni actividad para vengarse, les perdieron el miedo, y conocieron su flaqueza, al modo que suele conocer el mundo los engaños de su adoracion en la ruína de sus poderosos.

Quedaron con esta experiencia los Zempoales mas fáciles á la persuasion, y mas atentos á la obediencia de los Españoles: porque, si ántes los miraban como sugetos de superior naturaleza, ya se hallaban obligados á confesar que podian mas que sus Dioses. Y Hernan Cortés, conociendo lo que habia crecido con ellos su autoridad, les mandó que limpiasen el templo, cuya órden se executó con tanto fervor y alegría, que, afectando su desengaño, arrojaban al fuego los fragmentos de sus ídolos. Ordenó luego el Cacique á sus arquitectos que rozasen las paredes, borrando las manchas de sangre humana que se conservaban

como adorno. Blanquearonse despues con una capa de aquel yeso resplandeciente que usaban en sus edificios, y se fabricó un altar, donde se colocó una imágen de Nuestra Señora con algunos adornos de flores y luces: y el dia siguiente se celebró el santo sacrificio de la Misa con la mayor solemnidad que fué posible, á vista de muchos Indios, que asistian á la novedad mas admirados que atentos; aunque algunos doblaban la rodilla, y procuraban remedar la devocion de los Españoles.

No hubo lugar entónces de instruirlos con fundamento en los principios de la religion, porque pedia mas espacio su rudeza: y Hernan Cortés llevaba intento de empezar tambien su conquista espiritual desde la corte de Motezuma; pero quedaron inclinados al desprecio de sus ídolos, y dispuestos á la veneracion de aquella santa imágen, ofreciendo que la tendrian por su abogada, para que los favoreciese el Dios de los Christianos, cuyo poder reconocian ya por los efectos, y por algunas vislumbres de la luz natural, bastantes siempre á conocer lo mejor, y á sentir la fuerza de los auxîlios con que asiste Dios á todos los racionales.

Y no es de omitir la piadosa resolucion de un soldado anciano que se quedó solo entre aquella gente mal reducida para cuidar del culto de la imágen, coronando su vejez con este santo minis-

terio: llamabase Juan de Torres, natural de la ciudad de Córdoba. Accion verdaderamente digna de andar con el nombre de su dueño, y virtud de soldado, en que hubo mucha parte de valor.

CAPITULO XIII.

Vuelve el exército á la Vera Cruz: despachanse Comisarios al Rey con noticia de lo que se habia obrado: sosiegase otra sedicion con el castigo de algunos delinqüentes; y Hernan Cortés executa la resolucion de dar al través con la armada.

Partieron luego los Españoles de Zempoala, cuya poblacion se llamó unos dias la Nueva Sevilla: y quando llegaron á la Vera Cruz acababa de arribar al parage donde estaba surta la armada un baxel de poco porte, que venía de la Isla de Cuba á cargo del Capitan Francisco de Saucedo, natural de Medina de Rioseco, á quien acompañaba el Capitan Luis Marin, que lo fué despues en la conquista de México; y traían diez soldados, un caballo y una yegua, que en aquella ocurrencia se tuvo á socorro considerable. Omitieron nuestros escritores el intento de su viage: y en

esta duda parece lo mas verisímil que saliesen de Cuba con ánimo de buscar á Cortés para seguir su fortuna, á que persuade la misma facilidad con que se incorporaron en su exército. Supose por este medio que el Gobernador Diego Velazquez quedaba nuevamente encendido en sus amenazas contra Hernan Cortés, porque se hallaba con título de Adelantado de aquella Isla, y con despachos Reales para descubrir y poblar obtenidos por la negociacion de un capellan suyo, que habia despachado á la Corte para esta y otras pretensiones: cuya merced le tenia inexôrable, ó persuadido á que su mayor autoridad era nueva razon de su queja.

Pero Hernan Cortés, empeñado ya en mayores pensamientos, trató esta noticia como negocio indiferente; aunque le apresuró algo en la resolucion de dar cuenta al Rey de su persona: para cuyo efecto dispuso que la Vera Cruz, en nombre de Villa, formáse una carta, poniendo á los pies de su Magestad aquella nueva república, y refiriendo por menor los sucesos de la jornada, las provincias que estaban ya reducidas á su obediencia, la riqueza, fertilidad y abundancia de aquel nuevo Mundo, lo que se habia conseguido en favor de la religion, y lo que se iba disponiendo en órden á reconocer lo interior del imperio de Motezuma. Pidió encarecidamente á los Capitulares del Ayuntamiento, que sin omitir las violencias intentadas

por Diego Velazquez, y su poca razon, ponderasen mucho el valor y constancia de aquellos Españoles; y les dexó el campo abierto para que hablasen de su persona como cada uno sintiese. No sería modestia, sino fiar de su merito mas que de sus palabras, y desear que alargasen ellos con mejor tinta en sus alabanzas: que á nadie suenan mal sus mismas acciones bien ponderadas; y mas en esta profesion militar, donde se usan unas virtudes poco desengañadas, que se pagan de su mismo nombre.

La carta se escribió en forma conveniente, cuya conclusion fué, pedir á su Magestad que le enviáse el nombramiento de Capitan General de aquella empresa, revalidando el que tenia de la Villa y exército, sin dependencia de Diego Velazquez: y él escribió en la misma substancia, hablando con mas fundamento en las esperanzas que tenia de traer aquel imperio à la obediencia de su Magestad, y en lo que iba disponiendo para contrastar el poder de Motezuma con su misma tiranía.

Formados los despachos, se cometió á los Capitanes Alonso Hernandez Portocarrero y Francisco de Montejo esta legacía: y se dispuso que llevasen al Rey todo el oro y alhajas de precio y curiosidad que se habian adquirido, así de los presentes de Motezuma, como de los rescates y dádivas de los otros Caciques: cediendo su parte los Oficiales y soldados, para que fuese mas quantioso el regalo.

Llevaron tambien algunos Indios que se ofrecieron voluntarios à este viage: primicias de aquellos nuevos vasallos que se iban conquistando; y Hernan Cortés envió regalo á parte para su padre Martin Cortés: digno cuidado entre las demas atenciones suyas. Fletóse luego el mejor navio de la armada: encargóse el regimiento de la navegacion al piloto mayor Anton de Alaminos; y quando llegó el dia señalado para la embarcacion, se encomendó al favor divino el acierto del viage con una Misa solemne del Espíritu Santo. Y con este feliz auspicio se hicieron á la vela en diez y seis de Julio de mil y quinientos y diez y nueve, con órden precisa de seguir su derrota la vuelta de España, procurando tomar el canal de Bahama, sin tocar en la Isla de Cuba, donde se debian rezelar, como peligro evidente, las asechanzas de Diego Velazquez.

En el tiempo que se andaban tratando las prevenciones de esta jornada se inquietaron nuevamente algunos soldados y marineros, gente de pocas obligaciones, tratando de escaparse para dar aviso á Diego Velazquez de los despachos y riquezas que se remitian al Rey en nombre de Cortés: y era su ánimo adelantarse con esta noticia, para que pudiese ocupar los pasos, y apresar el navio: á cuyo fin tenian ya ganados los marineros de otro, y prevenido en él todo lo necesario para su viage; pero la misma noche de la fuga se

arrepintió uno de los conjurados, que se llamaba Bernardino de Coria. Iba con los demas á embarcarse, y conociendo desde mas cerca la fealdad de su delito, se apartó cautelosamente de sus compañeros, y vino con el aviso á Cortés. Tratóse luego del remedio; y se dispuso con tanto secreto y diligencia, que fueron aprehendidos todos los cómplices en el mismo baxel, sin que pudiesen negar la culpa que cometian. Y Hernan Cortés la tuvo por digna de castigo exemplar, desconfiando ya de su misma benignidad. Substancióse brevemente la causa, y se dió pena de muerte á dos de los soldados, que fueron promovedores del trato, y de azotes á otros dos, que tuvieron contra sí la reincidencia. Los demas se perdonaron como persuadidos ó engañados: pretexto de que se valió Cortés para no deshacerse de todos los culpados; aunque ordenó tambien que al marinero principal del navio destinado para la fuga se le cortáse uno de los pies. Sentencia extraordinaria, y en aquella ocasion conveniente, para que no se olvidáse con el tiempo la culpa que mereció tan severo castigo: materia en que necesita de los ojos la memoria, porque retiene con dificultad las especies que duelen á la imaginacion.

Bernal Diaz del Castillo, y á su imitacion Antonio de Herrera, dicen que tuvo culpa en este delito el Licenciado Juan Diaz; y que, por el respeto del sacerdocio, no se hizo con él la demostracion



que merecia. Pudiera valerle contra sus plumas esta inmunidad; particularmente quando es cierto que en una carta que escribió Hernan Cortés al Emperador en treinta de Octubre de mil y quinientos y veinte (cuyo contexto debemos á Juan Bautista Ramusio en sus navegacíones) no hace mencion de este sacerdote, aunque nombra todos los cómplices de la misma sedicion. O no sería verdad el delito que se le imputa, ó tendrémos para no creerlo la razon que él tuvo para callarlo.

El dia que se executó la sentencia se fué Cortés con algunos de sus amigos á Zempoala, donde le asaltaron varios pensamientos. Pusole en gran cuidado el atrevimiento de estos soldados: mirabale como resulta de las inquietudes pasadas, y como centella de incendio mal apagado: llegaba ya el caso de pasar adelante con su exército, y era muy probable la necesidad de medir sus fuerzas con las de Motezuma: obra desigual para intentada con gente desunida y sospechosa. Discurria en mantenerse algunos dias entre aquellos Caciques amigos: en divertir su exército á menores empresas: en hacer nuevas poblaciones que se diesen la mano con la Vera Cruz; pero en todo hallaba inconvenientes: y de esta misma turbacion de su espíritu nació una de las acciones en que mas se reconoce la grandeza de su ánimo. Resolvióse á deshacer la armada, y romper todos los baxeles, para acabar de asegurarse de sus soldados,

y quedarse con ellos á morir ó vencer; en cuyo dictámen hallaba tambien la conveniencia de aumentar el exército con mas de cien hombres, que se ocupaban en el exercicio de pilotos y marineros. Comunicó esta resolucion á sus confidentes, y por su medio se dispuso, con algunas dádivas, y con el secreto conveniente, que los mismos marineros publicasen à una voz que las naves se iban á pique sin remedio, con el descalabro que habian padecido en la demóra y mala calidad de aquel puerto: sobre cuya deposicion cayó, como providencia necesaria, la órden que les dió Cortés, para que, sacando á tierra el velamen, xarcias y tablazon que podia ser de servicio, diesen al través con los buques mayores, reservando solamente los esquifes para el uso de la pesca. Resolucion dignamente ponderada por una de las mayores de esta conquista: y no sabemos si de su género se hallará mayor alguna en todo el campo de las Historias.

De Agatocles refiere Justino que, desembarcando con su exército en las costas de Africa, encendió los baxeles en que le conduxo, para quitar à sus soldados el auxîlio de la fuga.

Con igual osadía ilustra Polieno la memoria de Timarco, Capitan de los Etolos. Y Quinto Fabio Máxîmo nos dexó entre sus advertencias militares otro incendio semejante, si creemos á la narracion de Frontino mas que al silencio de Plutarco. Pero



no se disminuye alguna de estas hazañas en el exemplo de las otras: y si consideramos à Hernan Cortés con ménos gente que todos, en tierra mas distante y ménos conocida, sin esperanza de humano socorro, entre unos bárbaros de costumbres tan feroces, y en la oposicion de un tirano tan soberbio y tan poderoso, hallarémos que fué mayor su empeño, y mas heroyca su resolucion: ó concediendo á estos grandes Capitanes la gloria de ser imitados, porque fueron primero, dexarémos á Cortés la de haber hallado sobre sus mismas huellas el camino de excederlos.

No es sufrible que Bernal Diaz del Castillo con su acostumbrada, no sabemos si malicia ó sinceridad, se quiera introducir á consejero de obra tan grande, usurpando á Cortés la gloria de haberla discurrido. "Le aconsejamos (dice) sus amigos "que no dexáse navio en el puerto, sino que diese "al travès con ellos." Pero no supo entenderse con su ambicion, pues añadió poco despues: "Y "esta plática de dar al travès con los navios, lo tenia ya concertado, sino que quiso que saliese "de nosotros." Con que solo se le debe el consejo que llegó despues de la resolucion. Ménos tolerable nota es la que puso Antonio de Herrera en la misma accion; pues asienta que se rompió la armada á instancia de los soldados: "Y que "fueron persuadidos y solicitados por la astucia "de Cortés (término es suyo) por no quedar él

" solo obligado á la paga de los navios, sino que " el exército los pagáse." No parece que Hernan Cortés se hallaba entónces en estado ni en parage de temer pleytos civiles con Diego Velazquez: ni este modo de discurrir tiene conexîon con los altos designios que se andaban forjando en su entendimiento. Si tomó esta noticia del mismo Bernal Diaz (que lo presumió así, temeroso quizá de que le tocáse alguna parte en la paga de los baxeles) pudiera desestimarla como una de sus murmuraciones, que ordinariamente pecan de interesadas; y si fué conjetura suya, como lo dá á entender, tuvo á destreza de historiador el penetrar lo interior de las acciones que refiere, desautorizó la misma accion con la poca nobleza del motivo, y faltó á la proporcion, atribuyendo efectos grandes á causas ordinarias.

CAPITULO XIV.

Dispuesta la Jornada, llega noticia de que andaban navios en la costa. Parte Cortés á la Vera Cruz, y prende siete soldados de la armada de Francisco de Garay. Dase principio á la marcha, y penetrada con mucho trabajo la sierra, entra el exército en la provincia de Zocothlán.

Sintieron mucho algunos soldados este destrozo de la armada; pero se pusieron facilmente en razon con la memoria del castigo pasado, y con el exemplo de los que discurrian mejor. Tratóse luego de la jornada, y Hernan Cortés juntó su exército en Zempoala, que constaba de quinientos infantes, quince caballos y seis piezas de artillería, dexando ciento y cincuenta hombres y dos caballos de guarnicion en la Vera Cruz, y por su Gobernador al Capitan Juan de Escalante, soldado de valor, muy diligente y de toda su confianza. Encargó mucho á los Caciques del contorno, que en su ausencia le obedeciesen y respetasen como á persona en quien dexaba toda su autoridad: y que cuidasen de asistirle con bastimentos, y gente que ayudáse en la fábrica de la Iglesia, y en las forti-

ficaciones de la Villa: á que se atendia, no tanto porque se temiese inquietud entre aquellos Indios de la vecindad, como por el rezelo de alguna invasion ó contratiempo de Diego Velazquez.

El Cacique de Zempoala tenia prevenidos docientos Tamenes, ó Indios de carga, para el bagage, y algunas tropas armadas que agregar al exército, de las quales entresacó Hernan Cortés hasta quatrocientos hombres, incluyendo en este número quarenta ó cincuenta Indios nobles de los que mas suponian en aquella tierra: y aunque los trató desde luego como á soldados suyos, en lo interior de su ánimo los llevó como rehenes, librando en ellos la seguridad del templo que dexaba en Zempoala, de los Españoles que quedaban en la Vera Cruz, y de un page suyo de poca edad que dexó encargado al Cacique para que aprendiese la lengua mexicana, por si le faltasen los intérpretes. Adminículo en que se conoce su cuidado, y quanto se alargaba con el discurso á todo lo posible de los sucesos.

Estando ya en órden las disposiciones de la marcha, llegó un correo de Juan de Escalante con aviso de que andaban navios en la costa de la Vera Cruz, sin querer dar plática, aunque se habian hecho señas de paz y diferentes diligencias. No era este accidente para dexado á las espaldas; y así partió luego Hernan Cortés con algunos de los

to: que donde montaba tanto un Español, pareció felicidad, y se celebró como recluta.

Tratóse, poco despues, de la jornada; y al tiempo de partir se puso en órden el exército, formando un cuerpo de los Españoles á la vanguardia, y otro de los Indios en la retaguardia, gobernados por Mamegí, Theuche y Tamellí, Caciques de la serranía. Encargóse á los Tamenes mas robustos la conduccion de la artillería, quedando los demas para el bagage: y con esta ordenanza, y sus batidores delante, se dió principio á la marcha el dia diez y seis de Agosto de este año. Fué bien recibido el exército en los primeros tránsitos, Jalapá, Socochíma y Texuclá, pueblos de la misma confederacion. Ibase derramando entre aquellos Indios pacíficos la semilla de la religion, no tanto para informarlos de la verdad, como para dexarlos sospechosos de su engaño: y Hernan Cortés, viéndolos tan dóciles y bien dispuestos, era de parecer que se dexáse una cruz en cada pueblo por donde pasáse el exército, y quedáse por lo ménos introducida su adoracion; pero el Padre Fray Bartolomé de Olmedo, y el Licenciado Juan Diaz se opusieron á este dictámen, persuadiéndole á que sería temeridad fiar la santa cruz de unos barbaros mal instruidos, que podrian hacer alguna indecencia con ella, ó por lo ménos la tratarian como á sus ídolos, si la venerasen supersticiosamente, sin

saber el misterio de su representacion. Fué de su piedad el primer movimiento de la proposicion; pero de su entendimiento el conocer sin repugnancia la fuerza de la razon.

Entróse luego en lo aspero de la sierra, primera dificultad del camino de México, donde padeció mucho la gente, porque fué necesario marchar tres dias por una montaña inhabitable, cuyas sendas se formaban precipicios. Pasaron á fuerza de brazos y de ingenio las piezas de artillería, y fatigaban mas las inclemencias del tiempo. Era destemplado el frio, recios y freqüentes los aguaceros; y los pobres soldados, sin forma de abarracarse para pasar las noches, ni otro abrigo que el de sus armas, caminaban para entrar en calor, obligados á buscar el alivio en el cansancio. Faltaron los bastimentos, última calamidad en estos conflictos, y ya empezaba el aliento á porfiar con las fuerzas, quando llegaron á la cumbre. Hallaron en ella un adoratorio y gran cantidad de leña: pero no se detuvieron, porque se descubrian de la otra parte algunas poblaciones cercanas, donde acudieron apresuradamente á guarecerse, y hallaron bastante comodidad para olvidar lo padecido.

Empezaba en este parage la tierra de Zocothlán, provincia entónces dilatada y populosa, cuyo Cacique residia en una ciudad del mismo nombre situada en el valle donde terminaba la sierra. Dióle cuenta Hernan Cortés de su venida y designios,



haciendo que se adelantasen con esta noticia dos Indios Zempoales que volvieron brevemente con grata respuesta: y tardó poco en descubrirse la ciudad, poblacion grande que ocupaba el llano suntuosamente. Blanqueaban desde lejos sus torres y sus edificios: y porque un soldado Portugués la comparó á Castilblanco de Portugal, quedó unos dias con este nombre. Salió el Cacique á recibir á Cortés con mucho acompañamiento; pero con un género de agasajo violento, que tenia mas de artificio que de voluntad. La acogida que se hizo al exército fué poco agradable, desacomodado el alojamiento, limitada la asistencia de los víveres, y en todo se conocia el poco gusto del hospedage; pero Hernan Cortés disimuló su queja, y reprimió el sentimiento de sus soldados, por no desconfiar aquellos Indios de la paz que les habia propuesto quando trataba solo de pasar adelante, conservando la opinion de sus armas, sin detenerse á quedar mejor en los empeños menores.

CAPITULO XV.

Visita segunda vez el Cacique de Zocothlán á Cortes: pondera mucho las grandezas de Motezuma. Resuelvese el viage por Tlascala, de cuya provincia y forma de gobierno se halla noticia en Xacazingo.

El dia siguiente repitió el Cacique su visita, y vino á ella con mayor séquito de parientes y criados: llamabase Olinteth; y era hombre de capacidad, Señor de muchos pueblos, y venerado por el mayor entre sus comarcanos. Adornóse Cortés para recibirle de todas las exterioridades que acostumbraba: y fué notable esta sesion, porque, despues de agasajarle mucho, y satisfacer á la cortesía, sin faltar á la gravedad, le preguntó, creyendo hallar en él la misma queja que en los demas: *Si era subdito del Rey de México.* A que respondió prontamente: *¿ Pues hay alguno en la tierra que no sea vasallo y esclavo de Motezuma?* Pudiera embarazarse Cortés de que le respondiese con otra pregunta de tanto arrojamiento; pero estuvo tan en sí, que no sin alguna irrision le dixo: "Que sabía poco del mundo, pues él y "aquellos compañeros suyos eran vasallos de otro



" Rey tan poderoso, que tenia muchos subditos " mayores Príncipes que Motezuma." No se alteró el Cacique de esta proposicion; ántes, sin entrar en la disputa ni en la comparacion, pasó á referir las grandezas de su Rey, como quien no queria esperar á que se las preguntasen, diciendo con mucha ponderacion: " Que Motezuma era el " mayor Príncipe que en aquel mundo se cono- " cia: que no cabian en la memoria ni en el nú- " mero las provincias de su dominio: que tenia " su Corte en una ciudad incontrastable fundada " en el agua sobre grandes lagunas: que la entra- " da era por algunos diques ó calzadas interrum- " pidas con puentes levadizos sobre diferentes " aberturas, por donde se comunicaban las aguas. " Encareció mucho la inmensidad de sus riquezas, " la fuerza de sus exércitos, y sobre todo la infe- " licidad de los que no le obedecian: pues se lle- " naba con ellos el número de sus sacrificios, y " morian todos los años mas de veinte mil hom- " bres, enemigos ó rebeldes suyos, en las aras de " sus Dioses." Era verdad lo que afirmaba; pero la decia como encarecimiento, y se conocia en su voz la influencia de Motezuma, y que referia sus grandezas, mas para causar espanto, que admiracion.

Penetró Hernan Cortés lo interior de su razonamiento; y teniendo por necesario el brio para desarmar el aparato de aquellas ponderaciones; le

respondió: "Que ya traía bastante noticia del
" imperio y grandezas de Motezuma, y que, á ser
" menor Príncipe, no viniera de tierras tan dis-
" tantes á introducirle en la amistad de otro Prín-
" cipe mayor. Que su embaxada era pacífica, y
" aquellas armas que le acompañaban servian mas
" á la autoridad que á la fuerza; pero que tuvie-
" sen entendido él y todos los Caciques de su im-
" perio, que deseaba la paz, sin temer la guerra:
" porque el menor de sus soldados bastaria contra
" un exército de su Rey. Que nunca sacaria la
" espada sin justa provocacion; pero que, una vez
" desnuda, llevaré (dixo) á sangre y fuego quanto
" se me pusiere delante: y me asistirá la natura-
" leza con sus prodigios, y el Cielo con sus rayos;
" pues vengo á defender su causa, desterrando
" vuestros vicios, los errores de vuestra religion, y
" esos mismos sacrificios de sangre humana que
" referis como grandeza de vuestro Rey." Y
" luego á sus soldados (disolviendo la visita): "Es-
" to, amigos, es lo que buscamos, grandes dificul-
" tades y grandes riquezas: de las unas se hace la
" fama, y de las otras la fortuna." Con cuya
breve oracion dexó á los Indios ménos orgullosos,
y con nuevo aliento á los Españoles: diciendo á
unos y otros, con poco artificio, lo mismo que sen-
tia: porque, desde el principio de esta empresa,
puso Dios en su corazon una seguridad tan extra-
ordinaria, que sin despreciar, ni dexar de conocer

los peligros, entraba en ellos como si tuviera en la mano los sucesos.

Cinco dias se detuvieron los Españoles en Zocothlán: y se conoció luego en el Cacique otro género de atencion: porque mejoraron las asistencias del exército, y andaba mas puntual en el agasajo de sus huespedes. Dióle gran cuidado la respuesta de Cortés, y se conocia en él una especie de inquietud discursiva, que se formaba de sus mismas observaciones, como lo comunicó despues al Padre Fray Bartolomé de Olmedo. Juzgaba por una parte que no eran hombres los que se atrevian á Motezuma; y por otra, que eran algo mas los que hablaban con tanto desprecio de sus Dioses. Notaba con esta aprehension la diferencia de los semblantes, la novedad de las armas, la estrañeza de los trages y la obediencia de los caballos: pareciéndole tambien que tenian los Españoles superior razon en lo que discurrian contra la inhumanidad de sus sacrificios, contra la injusticia de sus leyes, y contra las permisiones de la sensualidad, tan desenfrenada entre aquellos bárbaros, que les eran lícitas las mayores injurias de la naturaleza: y de todos estos principios sacaba conseqüencias su estimacion para creer que residia en ellos alguna Deidad. Que no hay entendimiento tan incapaz que no conozca la fealdad de los vicios, por mas que los abrase la voluntad, y los desfigure la costumbre. Pero le tenia tan po-

seído el temor de Motezuma, que aun para confesar la fuerza que le hacian estas consideraciones, echaba ménos su licencia. Contentóse con dar lo necesario para el sustento de la gente: y no atreviéndose á manifestar sus riquezas, anduvo escaso en los presentes; y fueron su mayor liberalidad quatro esclavas que dió á Cortés para la fábrica del pan, y veinte Indios nobles que ofreció para que guiasen el exército.

Movióse qüestion sobre el camino que se debia elegir para la marcha: y el Cacique proponia el de la provincia de Cholúla, por ser tierra pingue y muy poblada, cuya gente, mas inclinada á la mercancía que á las armas, daria seguro y acomodado paso al exército: y aconsejaba con grande aseveracion, que no se intentáse la marcha por el camino de Tlascála, por ser una provincia que estaba siempre de guerra, y sus habitadores de tan sangrienta inclinacion, que ponian su felicidad en hacer y conservar enemigos. Pero los Indios principales que gobernaban la gente de Zempoala dixeron reservadamente á Cortés, que no se fiáse de este consejo, porque Cholúla era una ciudad muy populosa, de gente poco segura, y que en ella y en las poblaciones de su distrito se alojaban ordinariamente los exércitos de Motezuma: siendo muy posible que aquel Cacique los encamináse al riesgo con siniestra intencion; porque la provincia de Tlascála, por mas que fuese grande y belicosa, tenia

confederacion y amistad con los Totonaques y Zempoales que venian en su exército, y estaba en continua guerra contra Motezuma: por cuyas dos consideraciones sería mas seguro el paso por su tierra: y en compañía de sus aliados perderian los Españoles el horror de extrangeros. Pareció bien este discurso á Cortés; y hallando mayor razon para fiarse de los Indios amigos, que de un Cacique tan atento á Motezuma, mandó que marchase el exercito á la provincia de Tlascála, cuyos términos tardaron poco en descubrirse, porque confinaban con los de Zocothlán: y en los primeros tránsitos no se ofreció accidente de consideracion; pero despues se fueron hallando algunos rumores de guerra, y se supo que estaba la tierra puesta en armas, y secreto el designio de este movimiento: por cuya causa resolvió Hernan Cortés que se hiciese alto en un lugar de mediana poblacion, que se llamaba Xacazingo, para informarse mejor de esta novedad.

Era entónces Tlascála una provincia de numerosa poblacion, cuyo circuito pasaba de cincuenta leguas: tierra montuosa y desigual, compuesta de freqüentes collados, hijos, al parecer, de la montaña que se llama hoy la gran cordillera. Los pueblos, de fábrica ménos hermosa que durable, ocupaban las eminencias, donde tenian su habitacion, parte por aprovechar en su defensa las ventajas del terreno, y parte por dexar los llanos á la

fertilidad de la tierra: Tuvieron Reyes al principio, y duró su dominio algunos años, hasta que sobreviniendo unas guerras civiles, perdieron la inclinacion de obedecer, y sacudieron el yugo. Pero como el pueblo no se puede mantener por sí, enemigo de la sujecion, hasta que conoce los daños de la libertad, se reduxeron á república, nombrando muchos Príncipes para deshacerse de uno. Dividieronse sus poblaciones en diferentes partidos ó cabeceras, y cada faccion nombraba uno de sus magnátes que residiese en la corte de Tlascála, donde se formaba un Senado, cuyas resoluciones obedecian. Notable género de aristocracia, que hallada entre la rudeza de aquella gente, dexa ménos autorizados los documentos de nuestra política. Con esta forma de gobierno se mantuvieron largo tiempo contra los Reyes de México: y entónces se hallaban en su mayor pujanza, porque las tiranías de Motezuma aumentaban sus confederados: y ya estaban en su partido los Otomíes, nacion bárbara entre los mismos bárbaros; pero muy solicitada para una guerra, donde no sabian diferenciar la valentía de la ferocidad.

Informado Cortés de estas noticias, y no hallando razon para despreciarlas, trató de enviar sus mensageros á la república para facilitar el tránsito de su exército: cuya legacía encargó á quatro Zempoales de los que mas suponian, instruyéndolos por medio de Doña Marina y Aguilar en la



oracion que habian de hacer al Senado, hasta que la tomaron casi de memoria; y los eligió de los mismos que le propusieron en Zocothlán el camino de Tlascála, para que llevasen á la vista su consejo, y fuesen interesados en el buen suceso de la misma negociacion.

CAPITULO XVI.

Parten los Quatro enviados de Cortés á Tlascála: dáse noticia del trage y estilo conque se daban las embaxadas en aquella tierra, y de lo que discurrió la república sobre el punto de admitir de paz á los Españoles.

Adornaronse luego los quatro Zempoales con sus insignias de Embaxadores: para cuya funcion se ponian sobre los hombros una manta ó beca de algodon, torcida y anudada por los extremos: en la mano derecha una saeta larga con las plumas en alto, y en el brazo izquierdo una rodela de concha. Conociase por las plumas de la saeta el intento de la embaxada, porque las roxas enunciaban la guerra, y las blancas denotaban la paz, al modo que los Romanos distinguian con diferentes símbolos á sus Feciales y Caduceadores. Por estas señas eran conocidos y respetados en los tránsitos; pero no podian salir de los caminos reales de la provincia

donde iban, porque, si los hallaban fuera de ellos, perdian el fuero y la inmunidad: cuyas exênciones tenian por sacrosantas, observando religiosamente este género de fé pública que inventó la necesidad, y puso entre sus leyes el derecho de las gentes.

Con estas insignias de su ministerio entraron en Tlascála los quatro Enviados de Cortés: y conocidos por ellas, se les dió su alojamiento en la Calpisca; llamábase así la casa que tenian diputada para el recibimiento de los Embaxadores: y el dia siguiente se convocó el Senado para oirlos en una sala grande del consistorio, donde se juntaban á sus conferencias. Estaban los Senadores sentados por su antigüedad sobre unos taburetes baxos de maderas extraordinarias, hechos de una pieza, que llamaban yopales: y luego que se dexaron ver los Embaxadores, se levantaron un poco de sus asientos, y los agasajaron con moderada cortesía. Entraron ellos con las saetas levantadas en alto, y las becas sobre las cabezas, que entre sus ceremonias era la de mayor sumision: y hecho el acatamiento al Senado, caminaron poco á poco hasta la mitad de la sala, donde se pusieron de rodillas, y sin levantar los ojos, esperaron á que se les diese licencia para hablar. Ordenóles el mas antiguo que dixesen á lo que venian: y tomando asiento sobre sus mismas piernas, dixo uno de ellos, á quien tocó la oracion por mas despejado:

Noble república, valientes y poderosos Tlas-

"caltécas, el Séñor de Zempoala y los Caciques
"de la serranía, vuestros amigos y confederados,
"os envian salud: y deseando la fertilidad de
"vuestras cosechas, y la muerte de vuestros ene-
"migos, os hacen saber que de las partes del
"oriente han llegado á su tierra unos hombres in-
"vencibles que parecen Deidades, porque nave-
"gan sobre grandes palacios, y manejan los true-
"nos y los rayos, armas reservadas al Cielo: mi-
"nistros de otro Dios superior á los nuestros, á
"quien ofenden las tiranías, y los sacrificios de
"sangre humana. Que su Capitan és Embaxador
"de un Príncipe muy poderoso, que, con impulso
"de su religion, desea remediar los abusos de nues-
"tra tierra, y las violencias de Motezuma: y ha-
"biendo redimido ya nuestras provincias de la
"opresion en que vivian, se halla obligado á se-
"guir por vuestra república el camino de Mexi-
"co, y quiere saber en qué os tiene ofendidos
"aquel tirano, para tomar por suya vuestra causa,
"y ponerla entre las demas que justifican su de-
"manda. Con esta noticia, pues, de sus desig-
"nios, y con esta experiencia de su benignidad,
"nos hemos adelantado á pediros y amonestaros
"de parte de nuestros Caciques y toda su confe-
"deracion, que admitais á estos extrangeros como
"bienhechores y aliados de vuestros aliados. Y
"de parte de su Capitan os hacemos saber que
"viene de paz, y solo pretende que le concedais

" el paso de vuestras tierras: teniendo entendido " que desea vuestro bien, y que sus armas son ins- " trumentos de la justicia y de la razon, que de- " fienden la causa del Cielo: benignas por su " propia naturaleza, y solo rigurosas con el delito " y la provocacion." Dicho esto, se levantaron los quatro sobre las rodillas, y haciendo una profunda humiliacion al Senado, se volvieron á sentar como estaban para esperar la respuesta.

Confirieronla entre sí brevemente los Senadores: y uno de ellos les dixo en nombre de todos, que se admitia con toda gratitud la proposicion de los Zempoales y Totonaques sus confederados; pero que pedia mayor deliberacion lo que se debia responder al Capitan de aquellos extrangeros. Con cuya resolucion se retiraron los Embaxadores á su alojamiento: y el Senado se encerró para discurrir en las dificultades ó conveniencias de aquella demanda. Ponderóse mucho al principio la importancia del negocio, digno, á su parecer, de grande consideracion; y luego fueron discordando los votos, hasta que se reduxo á porfía la variedad de los dictámenes. Unos esforzaban que se diese á los extrangeros el paso que pedian: otros, que se les hiciese guerra, procurando acabar con ellos de una vez: y otros, que se les negase el paso, pero que se les permitiese la marcha por fuera de sus términos: cuya diferencia de pareceres duró con

mas voces que resolucion, hasta que Magiscatzín, unos de los Senadores, el mas anciano y de mayor autoridad en la república, tomó la mano, y haciéndose escuchar de todos, es tradicion que habló en esta substancia:

" Bien sabeis, nobles y valerosos Tlascaltécas, " que fué revelado á nuestros sacerdotes en los " primeros siglos de nuestra antigüedad, y se " tiene hoy entre nosotros como punto de re- " ligion, que ha de venir á este mundo que habi- " tamos una gente invencible de las regiones " orientales con tanto dominio sobre los elemen- " tos, que fundará ciudades movibles sobre las " aguas, sirviéndose del fuego y del ayre para su- " jetar la tierra: y aunque entre la gente de juicio " no se crea que han de ser Dioses vivos, como lo " entiende la rudeza del vulgo, nos dice la misma " tradicion que serán unos hombres celestiales, " tan valerosos, que valdrá uno por mil, y tan " benignos, que tratarán solo de que vivamos se- " gun razon y justicia. No puedo negaros que " me ha puesto en gran cuidado lo que conforman " estas señas con las de esos extrangeros que te- " neis en vuestra vecindad. Ellos vienen por el " rumbo del oriente: sus armas son de fuego, " casas marítimas sus embarcaciones: de su va- " lentía ya os ha dicho la fama lo que obraron en " Tabasco: su benignidad ya la veis en el agradeci- " miento de vuestros mismos confederados: y si

"volvemos los ojos á esos cometas y señales del "cielo, que repetidamente nos asombran, parece "que nos hablan al cuidado, y vienen como avisos "ó mensageros de esta gran novedad. ¿ Pues "quién habrá tan atrevido y temerario, que, si "es esta la gente de nuestras profecías, quiera "probar sus fuerzas con el Cielo, y tratar como "enemigos á los que traen por armas sus mismos "decretos? Yo por lo ménos temeria la indigna-"cion de los Dioses, que castigan rigurosamente "á sus rebeldes, y con sus mismos rayos parece "que nos estan enseñando á obedecer; pues habla "con todos la amenaza del trueno, y solo se vé "el estrago donde se conoció la resistencia. Pero "yo quiero que los extrangeros sean hombres co-"mo nosotros: ¿qué daño nos han hecho para "que tratemos de la venganza? ¿ Sobre qué in-"juria se ha de fundar esta violencia? ¿ Tlas-"cála, que mantiene su libertad con sus victorias, "y sus victorias con la razon de sus armas, mo-"verá una guerra voluntaria que desacredite su "gobierno y su valor? Esta gente viene de paz: "su pretension es pasar por nuestra república: "no lo intenta sin nuestra permision: ¿ pues "donde está su delito? ¿donde nuestra provoca-"cion? ¿ Llegan á nuestros umbrales fiados en la "sombra de nuestros amigos, ? y perderémos los "amigos por atropellar á los que desean nuestra "amistad? ¿ Qué dirán de esta accion los demas

"confederados? ¿Y qué dirá la fama de nosotros, "si quinientos hombres nos obligan á tomar las "armas? ¿Ganaráse tanto en vencerlos, como "se perderá en haberlos temido? Mi sentir es "que los admitamos con benignidad, y se les "conceda el paso que pretenden: si son hombres, "porque está de su parte la razon; y si son algo "mas, porque les basta para razon la voluntad de "los Dioses."

Tuvo grande aplauso el parecer de Magiscatzín, y todos los votos se inclinaban á seguirle por aclamacion, quando pidió licencia para hablar uno de los Senadores, que se llamaba Xicotencál, mozo de grande espíritu, que por su talento y hazañas ocupaba el puesto de General de las armas: y conseguida la licencia, y poco despues el silencio: "No en todos los negocios (dixo) se debe á las "canas la primera seguridad de los aciertos, mas "inclinadas al rezelo que á la osadía, y mejores "consejeras de la paciencia que del valor. Ve-"nero, como vosotros, la autoridad y el discurso "de Magiscatzín; pero no estrañaréis en mi edad "y en mi profesion otros dictámenes ménos des-"engañados, y no sé si mejores: que, quando se "habla de la guerra, suele ser engañosa virtud la "prudencia, porque tiene de pasion todo aquello "que se parece al miedo. Verdad es que se "esperan entre nosotros esos reformadores orien-"tales, cuya venida dura en el vaticinio, y tarda

" en el desengaño. No es mi ánimo desvanecer
" esta voz que se ha hecho venerable con el sufri-
" miento de los siglos; pero dexadme que os pre-
" gunte, ¿qué seguridad tenemos de que sean
" nuestros prometidos estos extrangeros? ¿Es lo
" mismo caminar por el rumbo del oriente, que
" venir de las regiones celestiales que considera-
" mos donde nace el sol? ¿Las armas de fuego,
" y las grandes embarcaciones, que llamais pala-
" cios marítimos, no pueden ser obra de la in-
" dustria humana, que se admiran porque no se
" han visto? Y quizá serán ilusiones de algun
" encantamiento, semejantes á los engaños de la
" vista, que llamamos ciencia en nuestros agore-
" ros. ¿Lo que obraron en Tabasco fué mas que
" romper un exército superior? ¿Esto se pon-
" dera en Tlascála como sobrenatural, donde se
" obran cada dia con la fuerza ordinaria mayores
" hazañas? ¿Y esa benignidad que han usado con
" los Zempoales, no puede ser artificio para ganar
" á ménos costa los pueblos? Yo por lo ménos
" la tendria por dulzura sospechosa de las que
" regalan el paladar para introducir el veneno;
" porque no conforma con lo demas que sabemos
" de su codicia, soberbia y ambicion. Estos
" hombres, si ya no son algunos monstruos que
" arrojó la mar en nuestras costas, roban nuestros
" pueblos: viven al arbitrio de su antojo, sedien-
" tos del oro y de la plata, y dados á las delicias

" de la tierra: desprecian nuestras leyes, intentan " novedades peligrosas en la justicia y en la re- " ligion, destruyen los templos, despedazan las a- " ras, blasfeman de los Dioses: ¿y se les dá esti- " macion de celestiales? ¿y se duda la razon de " nuestra resistencia? ¿y se escucha sin escándalo " el nombre de la paz? Si los Zempoales y To- " tonaques los admitieron en su amistad, fué sin " consulta de nuestra república, y vienen am- " parados en una falta de atencion, que merece " castigo en sus valedores. Y esas impresiones " del ayre y señales espantosas, tan encarecidas " por Magiscatzín, ántes nos persuaden á que los " tratemos como enemigos, porque siempre deno- " tan calamidades y miserias. No nos avisa el " Cielo con sus prodigios de lo que esperamos, si- " no de lo que debemos temer: que nunca se " acompañan de horrores sus felicidades, ni en- " ciende sus cometas para que se adormezca nues- " tro cuidado, y se dexe estar nuestra negli- " gencia. Mi sentir es, que se junten nuestras " fuerzas, y se acabe de una vez con ellos, pues " vienen á nuestro poder señalados con el índice " de las estrellas, para que los miremos como ti- " ranos de la patria y de los Dioses: y librando " en su castigo la reputacion de nuestras armas, " conozca el mundo que no es lo mismo ser " inmortales en Tabasco, que invencibles en Tlas- " cála."

Hicieron mayor fuerza en el Senado estas razones que las de Magiscatzín, porque conformaban mas con la inclinacion de aquella gente criada entre las armas, y llena de espíritus militares; pero vuelto á conferir el negocio, se resolvió, como temperamento de ambas opiniones, que Xicotencál juntáse luego sus tropas, y saliese á probar la mano con los Españoles: suponiendo que, si los vencia, se lograba el credito de la nacion; y que, si fuese vencido, quedaria lugar para que la república tratáse de la paz, echando la culpa de este acometimiento á los Otomíes, y dando á entender que fué desórden y contratiempo de su ferocidad: para cuyo efecto dispusieron que fuesen detenidos en prision disimulada los Embaxadores Zempoales, mirando tambien á la conservacion de sus confederados; porque no dexaron de conocer el peligro de aquella guerra, aunque la intentaron con poco rezelo: tan valientes que fiaron de su valor el suceso; pero tan avisados, que no perdieron de vista los accidentes de la otra fortuna.

CAPITULO XIV.

Determinan los Españoles acercarse á Tlascála, teniendo á mala señal la detencion de sus mensageros: pelean con un grueso de cinco mil Indios, que los esperaban emboscados, y despues con todo el poder de la república.

Ocho dias se detuvieron los Españoles en Xacazingo esperando á sus mensageros, cuya tardanza se tenia ya por novedad considerable. Y Hernan Cortés, con acuerdo de sus Capitanes, y parecer de los Cabos Zempoales, que tambien solian favorecerlos, y confiarlos con oir su dictámen, resolvió continuar su marcha, y ponerse mas cerca de Tlascála para descubrir los intentos de aquellos Indios: considerando que, si estaban de guerra, como lo daban á entender los indicios antecedentes, confirmados ya con la detencion de los Embaxadores, seria mejor estrechar el tiempo á sus prevenciones, y buscarlos en su misma ciudad, ántes que lograsen la ventaja de juntar sus tropas, y acometer ordenados en la campaña. Movióse luego el exército puesto en órden, sin que se perdonáse alguna de las cautelas que suelen observarse quando se pisa tierra de enemigos: y ca-

minando entre dos montes, de cuyas faldas se formaba un valle de mucha amenidad, á poco mas de dos leguas, se encontró una gran muralla, que corria desde un monte al otro, cerrando enteramente el camino: fábrica suntuosa y fuerte, que denotaba el poder y la grandeza de su dueño. Era de piedra labrada por lo exterior, y unida con argamasa de rara tenacidad. Tenia veinte pies de grueso: de alto, estado y medio; y remataba en un parapeto, al modo que se practica en nuestras fortificaciones. La entrada era torcida y angosta, dividiéndose por aquella parte la muralla en dos paredes, que se cruzaban circularmente por espacio de diez pasos. Súpose de los Indios de Zocothlán que aquella fortaleza señalaba y dividia los términos de la provincia de Tlascála, cuyos antiguos la edificaron para defenderse de las invasiones enemigas: y fué dicha que no la ocupasen contra los Españoles, ó porque no se les dió lugar para que saliesen á recibirlos en este reparo, ó porque se resolvieron á esperar en campo abierto para embestir con todas sus fuerzas, y quitar al exército inferior la ventaja de pelear en lo estrecho.

Pasó la gente de la otra parte sin desórden ni dificultad: y vueltos á formar los esquadrones, se prosiguió la marcha poco á poco, hasta que, saliendo á tierra mas espaciosa, descubrieron los batidores á larga distancia veinte ó treinta Indios, cuyos penachos, ornamento de que solo usaban los solda-

dos, daban á entender que habia gente de guerra en la campaña. Vinieron con el aviso á Cortés, y les ordenó que volviesen alargando el paso, y procurasen llamarlos con señas de paz, sin empeñarse demasiado en seguirlos; porque el parage donde estaban era desigual, y se ofrecian á la vista diferentes quiebras y ribazos, capaces de ocultar alguna emboscada. Partió luego en su seguimiento con ocho caballos, dexando á los Capitanes órden para que avanzasen con la infantería sin apresurarla mucho: que nunca es acierto gastar en la diligencia el aliento del soldado, y entrar en la ocasion con gente fatigada.

Esperaron los Indios en el mismo puesto á que se acercasen los seis caballos de los batidores; y sin atender á las voces y ademanes con que procuraban persuadirlos á la paz, volvieron las espaldas corriendo, hasta incorporarse con una tropa que se descubria mas adelante, donde hicieron cara, y se pusieron en defensa. Unieronse al mismo tiempo los catorce caballos, y cerraron con aquella tropa, mas para descubrir la campaña, que porque se hiciese caso de su corto número. Pero los Indios resistieron el choque, perdiendo poca tierra, y sirviéndose de sus armas tan valerosamente, que, sin atender al daño que recibian, hirieron dos soldados y cinco caballos. Salió entónces al socorro de los suyos la emboscada que tenian prevenida, y se dexó ver en lo descubierto un grueso de hasta

cinco mil hombres, á tiempo que llegó la infantería, y se puso en batalla el exército para recibir el ímpetu con que venian cerrando los enemigos. Pero á la primera carga de las bocas de fuego conocieron el estrago de los suyos, y dieron principio á la fuga con retirarse apresuradamente; de cuya primera turbacion se valieron los Españoles para embestir con ellos: y lo executaron con tan buena órden, y tanta resolucion, que á breve rato cedieron la campaña, dexando en ella muertos mas de sesenta hombres y algunos prisioneros. No quiso Hernan Cortés seguir el alcance, porque iba declinando el dia, y porque deseaba mas escarmentarlos que destruirlos. Ocuparonse luego unas caserías que estaban á la vista, donde se hallaron algunos bastimentos; y se pasó la noche con alegría, pero sin descuido, reposando los unos en la vigilancia de los otros.

El dia siguiente se volvió á la marcha con el mismo concierto, y se descubrió segunda vez el enemigo que, con un grueso poco mayor que el pasado, venía caminando mas presuroso que ordenado. Acercaronse á nuestro exército sus tropas con grande orgullo y algazara; y sin proporcionarse con el alcance de sus flechas, dieron la carga inutilmente: y al mismo tiempo empezaron á retirarse, sin dexar de pelear á lo largo, particularmente los pedreros, que á mayor distancia se mostraban mas animosos. Conoció luego Hernan

Cortés que aquella retirada tenia mas de estratagema que de temor; y rezeloso interiormente de mayor combate fué siguiendo con su fuerza unida la huella del enemigo, hasta que, vencida una eminencia que se interponia en el camino, se descubrió en lo llano de la otra parte un exército, que, dicen, pasaria de quarenta mil hombres. Componiase de varias naciones, que se distinguian por los colores de las divisas y plumages. Venian en él los nobles de Tlascála y toda su confederacion. Gobernabale Xicotencál, que, como diximos, tenia por su cuenta las armas de la república: y dependientes de su órden, mandaban las tropas auxîliares sus mismos Caciques, ó sus mayores soldados.

Pudieran desanimarse los Españoles de ver á su oposicion tan desiguales fuerzas; pero sirvió mucho en esta ocasion la experiencia de Tabasco: y Hernan Cortés se detuvo poco en persuadirlos á la batalla, porque se conocia en los semblantes y en las demostraciones el deseo de pelear. Empezaron luego á baxar la cuesta con alegre seguridad: y por ser la tierra quebrada y desigual, donde no se podian manejar los caballos, ni hacian efecto disparadas de alto á baxo las bocas de fuego, se trabajó mucho en apartar al enemigo, que alargó algunas mangas para que disputasen el paso. Pero luego que mejoraron de terreno los caballos, y salió á lo llano parte de nuestra infantería, se despejó la campaña, y se hizo lugar para que baxáse la arti-

llería, y acabáse de afirmar el pie la retaguardia. Estaba el grueso del enemigo á poco mas que tiro de arcabuz, peleando solamente con los gritos y con las amenazas: y apenas se movió nuestro exército, hecha la seña de embestir, quando se empezaron á retirar los Indios con apariencias de fuga; siendo en la verdad segundo estratagema, de que usó Xicotencál para lograr con el avance de los Españoles la intencion que traía de cogerlos en medio, y combatirlos por todas partes, como se experimentó brevemente; porque, apénas los reconoció distantes de la eminencia en que pudieran asegurar las espaldas, quando la mayor parte de su exército se abrió en dos alas, que, corriendo impetuosamente, ocuparon por ambos lados la campaña; y cerrando el círculo, consiguieron el intento de sitiarlos á lo largo. Fueronse luego doblando con increible diligencia, y trataron de estrechar el sitio, tan cerrados y resueltos, que fué necesario dar quatro frentes al esquadron, y cuidar ántes de resistir que de ofender, supliendo con la union y la buena ordenanza la desigualdad del número.

Llenóse el ayre de flechas, herido tambien de las voces y del estruendo: llovian dardos y piedras sobre los Españoles; y conociendo los Indios el poco efecto que hacian sus armas arrojadizas, llegaron brevemente á los chuzos y á las espadas. Era grande el estrago que recibian, y mayor su obs-

tinacion. Hernan Cortés acudia con sus caballos á la mayor necesidad, rompiendo y atropellando á los que mas se acercaban. Las bocas de fuego peleaban con el daño que hacian, y con el espanto que ocasionaban: la artillería lograba todos sus tiros, derribando el asombro á los que perdonaban las balas: y como era uno de los primores de su milicia el esconder los heridos y retirar los muertos, se ocupaba en esto mucha gente, y se iban disminuyendo sus tropas; con que se reduxeron á mayor distancia, y empezaron á pelear ménos atrevidos. Pero Hernan Cortés, ántes que se reparasen ó rehiciesen para volver á lo estrecho, determinó embestir con la parte mas flaca de su exército, y abrir el paso para ocupar algun puesto donde pudiese dar toda la frente al enemigo. Comunicó su intento á los Capitanes, y puestos en ala sus caballos, seguidos á paso largo de la infantería, cerró con los Indios, apellidando á voces el nombre de San Pedro. Resistieron al principio, jugando valerosamente sus armas; pero la ferocidad de los caballos, sobrenatural ó monstruosa en su imaginacion, los puso en tanto pavor y desórden, que huyendo á todas partes, se atropellaban y herian unos á otros, haciéndose el mismo daño que rezelaban.

Empeñóse demasiado en la escaramuza Pedro de Moron, que iba en una yegua muy revuelta, y de grande velocidad, á tiempo que unos Tlascaltécas

principales, que se convocaron para esta faccion, viéndole solo, cerraron con él, y haciendo presa en la misma lanza y en el brazo de la rienda, dieron tantas heridas á la yegua, que cayó muerta, y en un instante le cortaron la cabeza: dicen que de una cuchillada: poco añaden á la substancia los encarecimientos. Pedro de Moron recibió algunas heridas ligeras, y le hicieron prisionero; pero fué socorrido brevemente de otros caballos, que, con muerte de algunos Indios, consiguieron su libertad, y le retiraron al exército: siendo este accidente poco favorable al intento que se llevaba; porque se dió tiempo al enemigo para que se volviese á cerrar y componer por aquella parte: de modo que los Españoles fatigados ya de la batalla, que duró por espacio de una hora, empezaron á dudar el suceso; pero esforzados nuevamente de la última necesidad en que se hallaban, se iban disponiendo para volver á embestir, quando cesaron de una vez los gritos del enemigo, y cayendo sobre aquella muchedumbre un repentino silencio, se oyeron solamente sus atabalillos y bocinas, que segun su costumbre tocaban á recoger, como se conoció brevemente; porque al mismo tiempo se empezaron á mover las tropas, y marchando poco á poco por el camino de Tlascála, traspusieron por lo alto de una colina, y dexaron á sus enemigos la campaña.

Respiraron los Españoles con esta novedad, que

parecia milagrosa, porque no se hallaba causa natural á que atribuirla; pero supieron despues por medio de algunos prisioneros, que Xicotencál ordenó la retirada; porque habiendo muerto en la batalla la mayor parte de sus Capitanes, no se atrevió á manejar tanta gente sin Cabos que la gobernasen. Murieron tambien muchos de sus nobles, que hicieron costosa la faccion, y fué grande el número de los heridos; pero sobre tanta perdida, y sobre quedar entero nuestro exército, y ser ellos los que se retiraban, entraron triunfantes en su alojamiento: teniendo por victoria el no volver vencidos, y siendo la cabeza de la yegua toda la razon y todo el aparato del triunfo. Llevábala delante de sí Xicotencal sobre la punta de una lanza, y la remitió luego á Tlascála, haciendo presente al Senado de aquel formidable despojo de la guerra, que causó á todos grande admiracion, y fué despues sacrificada en uno de sus templos con extraordinaria solemnidad: víctima propia de aquellas aras, y ménos inmunda que los mismos dioses que se honraban con ella.

De los nuestros quedaron heridos nueve ó diez soldados, y algunos Zempoales: cuya asistencia fué de mucho servicio en esta ocasion; porque los hizo valientes el exemplo de los Españoles, y la irritacion de ver despreciada y rota su alianza. Descubriase á poca distancia un lugar pequeño en sitio eminente que mandaba la campaña; y Hernan

Cortés, atendiendo á la fatiga de su gente, y á lo que necesitaba de repararse, trató de ocuparle para su alojamiento. Lo qual se consiguió sin dificultad, porque los vecinos le desampararon luego que se retiró su exército, dexando en él abundancia de bastimentos, que ayudaron á conservar la provision, y á reparar el cansancio. No se halló bastante comodidad para que estuviese toda la gente debaxo de cubierto; pero los Zempoales cuidáron del suyo, fabricando brevemente algunas barracas: y el sitio, que por naturaleza era fuerte, se aseguró lo mejor que fué posible con algunos reparos de tierra y fagína, en que trabajaron todos lo que restaba del dia, con tanto aliento y tan alegres, que, al parecer, descansaban en su misma diligencia: no porque dexasen de conocer el conflicto en que se hallaron, ni diesen por acabada la guerra; sino porque reconocian al Cielo todo lo que no esperaron de sus fuerzas: y viéndole ya declarado en su favor, se les hacia posible lo que poco ántes tuvieron por milagroso.

CAPITULO XVIII.

Rehacese el Exército de Tlascála: vuelven á segunda batalla con mayores fuerzas, y quedan rotos y desbaratados por el valor de los Españoles, y por otro nuevo accidente que los puso en desconcierto.

En Tlascála fueron varios los discursos que se ocasionaron de este suceso: lloróse con pública demostracion la muerte de sus Capitanes y Caciques: y de este mismo sentimiento procedian contrarias opiniones: unos clamaban por la paz, calificando á los Españoles con el nombre de inmortales; y otros prorumpian en oprobrios y amenazas contra ellos, consolándose con la muerte de la yegua, única ganancia de la guerra. Magiscatzín se jactaba de haber prevenido el suceso, repitiendo á sus amigos lo que representó en el Senado, y hablando en la materia como quien halla vanidad en el desayre de su consejo. Xicotencál desde su alojamiento pedia que se reforzarse con nuevas reclutas su exército, disminuyendo la pérdida, y sirviéndose de ella para mover á la venganza. Llegó á Tlascála en esta ocasion uno de los Caciques confederados con diez mil guerreros

de su nacion, cuyo socorro se tuvo à providencia de los Dioses: y creciendo las fuerzas el ánimo, resolvió el Senado que se alistasen nuevas tropas, y se prosiguiese con todo empeño la guerra.

Hernan Cortés, el dia siguiente á la batalla, trató solamente de mejorar sus fortificaciones, y cerrar su quartel, añadiendo nuevos reparos, que se diesen la mano con las defensas naturales del sitio. Quisiera volver á las pláticas de la paz, y no hallaba camino de introducir negociacion; porque los quatro mensageros Zempoales, que fueron llegando al exército por diferentes sendas y rodeos venian escarmentados, y atemorizaban á los demas. Rompieron dichosamente una estrecha prision, donde los pusieron el dia que salió á la campaña Xicotencál, destinados ya para mitigar con su sangre los Dioses de la guerra; y á vista de esta inhumanidad, no parecia conveniente, ni sería fácil exponer otros al mismo peligro.

Dabale cuidado tambien la misma quietud del enemigo, porque no se oía rumor de guerra en todo el contorno; y la retirada de Xicotencál tuvo todas las señales de quedar pendiente la disputa. Debia, segun buena razon, mantener aquel puesto para su retirada en caso de haberla menester: y hallaba inconvenientes en esta misma resolucion; porque los Indios interpretarian á falta de valor el encierro del quartel: reparo digno de considera-

cion en una guerra, donde se peleaba mas con la opinion que con la fuerza.

Pero atendiendo á todo como diligente Capitan, resolvió salir otro dia por la mañana con alguna gente á tomar lengua, reconocer la campaña, y poner en cuidado al enemigo: cuya faccion executó personalmente con sus caballos y doscientos infantes, mitad Españoles y mitad Zempoales.

No dexamos de conocer que tuvo su peligro esta faccion, conocidas las fuerzas del enemigo, y en tierra tan dispuesta para emboscadas. Pudiera Hernan Cortés aventurar ménos su persona, consistiendo en ella la suma de las cosas: y en nuestro sentir, no es digno de imitacion este ardimiento en los que gobiernan exércitos, cuya salud se debe tratar como pública, y cuyo valor nació para inspirado en otros corazones. Pudieramos disculparle con diferentes exemplos de varones grandes, que fueron los primeros en el peligro de las batallas, mandando con la voz lo mismo que obraban con la espada; pero mas obligados al acierto que á sus descargos, le dexarémos con esta honrada objecion, que en la verdad es la mejor culpa de los Capitanes.

Alargaronse á reconocer algunos lugares por el camino de Tlascála, donde hallaron abundante provision de víveres, y se hicieron diferentes prisioneros; por cuyo medio se supo que Xicotencál tenia su alojamiento dos leguas de allí, no lejos de

la ciudad, y que andaba previniendo nuevas fuerzas contra los Españoles: con cuya noticia se volvieron al quartel, dexando hecho algun daño en las poblaciones vecinas; porque los Zempoales, que obraban ya con propia irritacion, dieron al hierro y á la llama quanto encontraron. Exceso que reprehendia Cortés no sin alguna floxedad, porque no le pesaba de que entendiesen los Tlascaltécas quan lejos estaba de temer la guerra, quien los provocaba con la hostilidad.

Dióse luego libertad á los prisioneros de esta salida, haciéndoles todo aquel agasajo que pareció necesario para que perdiesen el miedo á los Españoles, y llevasen noticia de su benignidad. Mandó luego buscar entre los otros prisioneros que se hicieron el dia de la ocasion, los que pareciesen mas despiertos; y eligió dos ó tres para que llevasen un recado suyo á Xicotencál, cuya substancia fué: "Que se hallaba con mucho sentimiento del daño "que habia padecido su gente en la batalla, de "cuyo rigor tuvo la culpa quien dió la ocasion, "recibiendo con las armas á los que venian pro-"poniendo la paz: que de nuevo le requeria con "ella, deponiendo enteramente la razon de su "enojo; pero que, si no desarmaban luego, y tra-"taban de admitirla, le obligarian á que los ani-"quiláse y destruyése de una vez, dando al escar-"miento de sus vecinos el nombre de su nacion." Partieron los Indios con este mensage bien indus-

triados y contentos, ofreciendo volver con la respuesta, y tardaron pocas horas en cumplir su palabra; pero vinieron sangrientos y maltratados, porque Xicotencál mandó castigar en ellos el atrevimiento de llevarle semejante proposicion: y no los hizo matar, porque volviesen heridos á los ojos de Cortés, y llevando esta circunstancia mas de su resolucion, le dixesen de su parte: "Que al pri-
" mer nacimiento del sol se verian en campaña:
" que su ánimo era llevarle vivo con todos los su-
" yos á las aras de sus Dioses, para lisongearlos
" con la sangre de sus corazones: y que se lo avisaba desde luego, para que tuviese tiempo de prevenirse: dando á entender que no acostumbraba disminuir sus victorias con el descuido de sus enemigos.

Causó mayor irritacion que cuidado en el ánimo de Cortés la insolencia del bárbaro: pero no desestimó su aviso, ni despreció su consejo; ántes con la primera luz del dia sacó su gente á la campaña, dexando en el quartel la que pareció necesaria para su defensa; y alargándose poco ménos de media legua, eligió puesto conveniente para recibir al enemigo con alguna ventaja, donde formó sus hileras segun el terreno, y conforme á la experiencia que ya se tenia de aquella guerra. Guarneció luego los costados con la artillería, midiendo y regulando sus ofensas: alargó sus batidores; y quedándose con los caballos para cuidar de los so-

torros, esperó el suceso, manifiesta en el semblante la seguridad del ánimo; sin necesitar mucho de su eloqüencia para instruir y animar á sus soldados; porque venian todos alegres y alentados, hecha ya deseo de pelear la misma costumbre de vencer.

No tardaron mucho los batidores en volver con el aviso de que venia marchando el enemigo con un poderoso exército; y poco mas en descubrirse su vanguardia. Fuése llenando la campaña de Indios armados: no se alcanzaba con la vista el fin de sus tropas, escondiéndose, ó formándose de nuevo en ellas todo el orizonte. Pasaba el exército de cincuenta mil hombres: así lo confesaron ellos mismos: último esfuerzo de la república y de todos sus aliados, para coger vivos á los Españoles, y llevarlos maniatados, primero al sacrificio, y luego al banquete. Traían de novedad una grande aguila de oro levantada en alto, insignia de Tlascála, que solo acompañaba sus huestes en las mayores empresas. Ibanse acercando con increible ligereza; y quando estuvieron á tiro de cañon, empezó á reprimir su celeridad la artillería, poniéndolos en tanto asombro, que se detuvieron un rato neutrales entre la ira y el miedo; pero venciendo la ira, se adelantaron de tropel hasta llegar á distancia que pudieron jugar sus hondas, y disparar sus flechas, donde los detuvo segunda vez el terror de los arcabuces, y el rigor de las ballestas.

Duró largo tiempo el combate, sangriento de parte de los Indios, y con poco daño de los Españoles; porque militaba en su favor la diferencia de las armas, y el órden y concierto con que daban y recibian las cargas. Pero reconociendo los Indios la sangre que perdian, y que los iba destruyendo su misma tardanza, se movieron de una vez, impelidos, al parecer, los primeros de los que venian detras, y cayó toda la multitud sobre los Españoles y Zempoales, con tanto ímpetu y desesperacion, que los rompieron y desbarataron, deshaciendo enteramente la union y buena ordenanza en que se mantenian: y fué necesario todo el valor de los soldados, todo el aliento y diligencia de los Capitanes, todo el esfuerzo de los caballos, y toda la ignorancia militar de los Indios para que pudiesen volverse á formar, como lo consiguieron á viva fuerza, con muerte de los que tardaron mas en retirarse.

Sucedió á este tiempo un accidente como el pasado, en que se conoció segunda vez la especial providencia con que miraba el Cielo por su causa. Reconocióse gran turbacion en la batalla del campo enemigo: movianse las tropas á diferentes partes, dividiéndose unos de otros, y volviendo contra sí las frentes y las armas: de que resultó el retirarse todos tumultuosamente, y el volver las espaldas en fuga deshecha los que peleaban en su vanguardia, cuyo alcance se siguió con moderada

execucion, porque Hernan Cortés no quiso exponerse á que le volviesen á cargar léjos de su quartel.

Súpose despues que la causa de esta revolucion, y el motivo de esta segunda retirada fué, que Xicotencál, hombre destemplado y soberbio, que fundaba su autoridad en la paciencia de los que le obedecian, reprehendió con sobrada libertad á uno de los Caciques principales, que servia debaxo de su mano con mas de diez mil guerreros auxîliares: tratóle de cobarde y pusilánime, porque se detuvo quando cerraron los demas: y él volvió por sí con tanta osadía, que llegó el caso á términos de rompimiento y dasafío de persona á persona: y brevemente se hizo causa de toda la nacion, que sintió el agravio de su Capitan, y se previno á su defensa: con cuyo exemplo tumultuaron otros Caciques parciales del ofendido, y tomando resolucion de retirar sus tropas de un exército donde se desestimaba su valor, lo executaron con tanto enojo y celeridad, que pusieron en desórden y turbacion á los demas: y Xicotencál, conociendo su flaqueza, trató solamente de ponerse en salvo, dexando á sus enemigos el campo y la victoria.

No es nuestro ánimo referir como milagro este suceso tan favorable y tan oportuno á los Españoles; ántes confesamos que fué casual la desunion de aquellos Caciques, y fácil de suceder donde mandaba un General impaciente, con poca

superioridad entre los confederados de su república. Pero quien viere quebrantado y deshecho primera y segunda vez aquel exército poderoso de innumerables bárbaros, obra negada, ó superior á las fuerzas humanas, conocerá en esta misma casualidad la mano de Dios, cuya inefable sabiduría suele fabricar sus altos fines sobre contingencias ordinarias, sirviéndose muchas veces de lo que permite, para encaminar lo mismo que dispone.

Fué grande el número de los Indios que murieron en esta ocasion, y mayor el de los heridos: así lo referian ellos despues; y de los nuestros murió solo un soldado, y salieron veinte con algunas heridas de tan poca consideracion, que pudieron asistir á las guardias aquella misma noche. Pero siendo esta victoria tan grande, y mas llenamente admirable que la pasada, porque se peleó con mayor exército, y se retiró deshecho el enemigo, pudo tanto en algunos de los soldados Españoles la novedad de haberse visto rotos y desordenados en la batalla, que volvieron al quartel melancólicos y desalentados con ánimo y semblante de vencidos. Eran muchos los que decian con poco recato, que no querian perderse de conocido por el antojo de Cortés, y que tratáse de volverse á la Vera Cruz, pues era imposible pasar adelante; ó lo executarian ellos, dexándole solo con su ambicion y su temeridad. Entendiólo Hernan Cortés, y se retiró á su barraca, sin tratar de reducirlos,

hasta que se cobrasen de aquel reciente pavor, y tuviesen tiempo de conocer el desacierto de su proposicion. Que en este género de males irritan mas, que corrigen, los remedios apresurados; siendo el temor en los hombres una pasion violenta, que suele tener sus primeros ímpetus contra la razon.

CAPITULO XIX.

Sosiega Hernan Cortés la nueva turbacion de su gente. Los de Tlascála tienen por encantadores á los Españoles: consultan sus adivinos, y por su consejo los asaltan de noche en su quartel.

Iba tomando cuerpo la inquietud de los mal contentos; y no bastando á reducirlos la diligencia de los Capitanes, ni el contrario sentir de la gente de obligaciones, fué necesario que Hernan Cortés sacáse la cara, y tratáse de ponerlos en razon. Para cuyo efecto mandó que se juntasen en la plaza de armas todos los Españoles con pretexto de tomar acuerdo sobre el estado presente de las cosas: y acomodando cerca de sí á los mas inquietos, especie de favor en que iba envuelta la importancia de que le oyesen mejor: "Poco tenemos " (dixo) que discurrir en lo que debe obrar nues-

" tro exército, vencidas en poco tiempo dos bata-
" llas, en que se ha conocido igualmente vuestro
" valor, y la flaqueza de vuestros enemigos: y
" aunque no suele ser el último afan de la guerra
" el vencer, pues tiene sus dificultades el seguir la
" victoria, y debemos todavia recatarnos de aquel
" género de peligros, que andan muchas veces
" con los buenos sucesos como pensiones de la
" humana felicidad; no es este, amigos, mi cui-
" dado: para mayor duda necesito de vuestro
" consejo. Dicenme que algunos de nuestros sol-
" dados vuelven á desear, y se aníman á proponer
" que nos retiremos. Bien creo que fundarán
" este dictámen sobre alguna razon aparente;
" pero no es bien que punto de tanta importancia
" se trate á manera de murmuracion. Decid to-
" dos libremente vuestro sentir: no desautoriceis
" vuestro zelo tratándole como delito: y para que
" discurramos todos sobre lo que conviene á to-
" dos, considerese primero el estado en que nos
" hallamos, y resuelvase de una vez algo que no se
" pueda contradecir. Esta jornada se intentó
" con vuestro parecer, y pudiera decir con vuestro
" aplauso: nuestra resolucion fué pasar á la corte
" de Motezuma: todos nos sacrificamos á esta
" empresa por nuestra religion, por nuestro Rey,
" y despues por nuestra honra y nuestras esperan-
" zas. Esos Indios de Tlascála, que intentaron
" oponerse á nuestro designio con todo el poder

" de su república y confederaciones, estan ya ven-
" cidos y desbaratados. No es posible, segun las
" reglas naturales, que tarden mucho en rogarnos
" con la paz, ó cedernos el paso. Si esto se con-
" sigue, ¿cómo crecerá nuestro credito? ¿dónde
" nos pondrá la aprehension de estos bárbaros,
" que hoy nos coloca entre sus Dioses? Mote-
" zuma, que nos esperaba cuidadoso, como se ha
" conocido en la repeticion y artificio de sus em-
" baxadas, nos ha de mirar con mayor asombro,
" domados los Tlascaltécas, que son los valientes
" de su tierra, y los que se mantienen con las ar-
" mas fuera de su dominio. Muy posible será
" que nos ofrezca partidos ventajosos, temiendo
" que nos coliguemos con sus rebeldes; y muy
" posible que esta misma dificultad que hoy
" experimentamos, sea el instrumento de que se
" vale Dios para facilitar nuestra empresa, pro-
" bando nuestra constancia: que no ha de hacer
" milagros con nosotros, sin servirse de nuestro
" corazon y nuestras manos. Pero, si volvemos
" las espaldas (y serémos los primeros á quien
" desanimen las victorias) perdióse de una vez la
" obra y el trabajo. ¿Qué podemos esperar?
" ¿ó qué no debemos temer? Esos mismos venci-
" dos, que hoy estan amedrentados y fugitivos,
" se han de animar con nuestro desaliento, y
" dueños de los atajos y asperezas de la tierra,
" nos han de perseguir y deshacer en la marcha.

"Los Indios amigos, que sirven á nuestro lado "contentos y animosos, se han de apartar de "nuestro exército, y procurar escaparse á sus "tierras, publicando en ellas nuestro vituperio. "Los Zempoales y Totonaques, nuestros confe- "derados, que son el único refugio de nuestra "retirada, han de conspirar contra nosotros, per- "dido el gran concepto que tenian de nuestras "fuerzas. Vuelvo á decir, que se considere todo "con maduro consejo, y midiendo las esperanzas "que abandonamos con los peligros á que nos "exponemos, propongais y delibereis lo que fuere "mas conveniente; pues yo dexo toda su libertad "á vuestro discurso: y he tocado estos inconve- "nientes, mas para disculpar mi opinion, que "para defenderla." Apénas acabó Hernan Cortés su razonamiento, quando uno de los soldados inquietos, conociendo la razon, levantó la voz, diciendo á sus parciales: "Amigos, nuestro Capitan "pregunta lo que se ha de hacer; pero enseña "preguntando: ya no es posible retirarnos sin "perdernos."

Dieronse los demas por convencidos, confesando su error: aplaudió su desengaño el resto de la gente, y se resolvió por aclamacion que se prosiguiese la empresa: quedando enteramente remediada por entónces la inquietud de aquellos soldados que apetecian el descanso de la Isla de Cuba, cuya sinrazon fué una de las dificultades que mas

trabajaron el ánimo, y exercitaron la constancia de Cortés en esta jornada.

Causó raro desconsuelo en Tlascála esta segunda rota de su exército. Todos andaban admirados y confusos. El pueblo clamaba por la paz: los magnátes no hallaban camino de proseguir la guerra: unos trataban de retirarse á los montes con sus familias: otros decian que los Españoles eran Deidades, inclinándose á que se lés diese la obediencia con circunstancias de adoracion. Juntaronse los Senadores para tratar del remedio: y empezando á discurrir por su mismo asombro, confesaron todos que las fuerzas de aquellos extrangeros no parecian naturales; pero no se acababan de persuadir á que fuesen Dioses, teniendo por ligereza el acomodarse á la credulidad del vulgo; ántes vinieron á recaer en el dictámen de que se obraban aquellas hazañas de tanta maravilla por arte de encantamiento: resolviendo que se debia recurrir á la misma ciencia para vencerlos, y desarmar un encanto con otro. Llamaron para este fin á sus magos y agoreros, cuya ilusoria facultad tenia el demonio muy introducida, y no ménos venerada en aquella tierra. Comunicóseles el pensamiento del Senado, y ellos asintieron á él con misteriosa ponderacion; y dando á entender que sabian la duda que se les habia de proponer, y que traían estudiado el caso de prevencion, dixeron: " Que mediante la observacion de sus

" círculos y adivinaciones, tenian ya descubierto " y averiguado el secreto de aquella novedad; y " que todo consistia en que los Españoles eran " hijos del sol, producidos de su misma actividad " en la madre tierra de las regiones orientales: " siendo su mayor encantamiento la presencia de " su padre, cuya fervorosa influencia les comuni- " caba un género de fuerza superior á la naturale- " za humana, que los ponia en términos de in- " mortales. Pero que al trasponer por el occi- " dente, cesaba la influencia, y quedaban desalen- " tados y marchitos como las hierbas del campo, " reduciéndose á los límites de la mortalidad co- " mo los otros hombres: por cuya consideracion " convendria embestirlos de noche, y acabar con " ellos ántes que el nuevo sol los hiciese inven- " cibles."

Celebraron mucho aquellos padres conscriptos la gran sabiduría de sus magos, dándose por satisfechos de que habian hallado el punto de la dificultad, y descubierto el camino de conseguir la victoria. Era contra el estílo de aquella tierra el pelear de noche; pero como los casos nuevos tienen poco respeto á la costumbre, se comunicó á Xicotencál esta importante noticia, ordenándole que asaltáse, despues de puesto el sol, el quartel de los Españoles, procurando destruirlos y acabarlos ántes que volviesen al oriente. Y él empezó á disponer su faccion, creyendo, con alguna dis-

culpa, la impostura de los magos, porque llegó á sus oídos autorizada con el dictámen de los Senadores.

En este medio tiempo tuvieron los Españoles diferentes rencuentros de poca consequencia: dexaronse ver en las eminencias vecinas al quartel algunas tropas del enemigo, que huyeron ántes de pelear, ó fueron rechazadas con pérdida suya. Hicieronse algunas salidas á poner en contribucion los pueblos cercanos, donde se hacia buen pasage á los vecinos, y se ganaban voluntades y bastimentos. Cuidaba mucho Hernan Cortés de que no se relaxáse la disciplina y vigilancia de su gente con el ocio del alojamiento. Tenia siempre sus centinelas á lo largo: haciánse las guardias con todo el rigor militar: quedaban de noche ensillados los caballos con las bridas en el arzon; y el soldado que se aliviaba de las armas, ú reposaba en ellas mismas, ó no reposaba. Puntualidades que solo parecen demasiadas á los negligentes, y que fueron entónces bien necesarias; porque, llegando la noche destinada para el asalto que tenian resuelto los de Tlascála, reconocieron las centinelas un grueso del enemigo que venía marchando la vuelta del alojamiento con espacio y silencio fuera de su costumbre. Pasó la noticia sin hacer ruido; y como cayó este accidente sobre la prevencion ordinaria de nuestros soldados, se coronó breve-

mente la muralla, y se dispuso con facilidad todo lo que pareció conveniente á la defensa.

Venía Xicotencál muy embebido en la fe de sus agoreros, creyendo hallar desalentados y sin fuerzas á los Españoles, y acabar su guerra sin que lo supiese el sol; pero traía diez mil guerreros, por si no se hubiesen acabado de marchitar. Dexaronle acercar los nuestros sin hacer movimiento: y él dispuso que se atacáse por tres partes el quartel, cuya órden executaron los Indios con presteza y resolucion; pero hallaron sobre sí tan poderosa y no esperada resistencia, que murieron muchos en la demanda, y quedaron todos asombrados con otro género de temor hecho de la misma seguridad con que venian. Conoció Xicatencál, aunque tarde, la ilusion de sus agoreros, y conoció tambien la dificultad de su empresa; pero no se supo entender con su ira y con su corazon: y así ordenó que se embistiese de nuevo por todas partes, y se volvió al asalto, cargando todo el grueso de su exército sobre nuestras defensas. No se puede negar á los Indios el valor con que intentaron este género de pelear, nuevo en su milicia, por la noche, y por la fortificacion. Ayudabanse unos à otros con el hombro y con los brazos para ganar la muralla, y recibian las heridas, haciéndolas mayores con su mismo impulso, ó cayendo los primeros, sin escarmiento de los que venian de-

trás. Duró largo rató el combate, peleando contra ellos tanto como nuestras armas su mismo desórden, hasta que desengañado Xicotencál de que no era posible á sus fuerzas lo que intentaba, mandó que se hiciese la seña de recoger, y trató de retirarse. Pero Hernan Cortés, que velaba sobre todo, luego que reconoció su flaqueza, y vió que se apartaban atropelladamente de la muralla, echó fuera parte de su infantería, y todos los caballos, que tenia ya prevenidos con pretales de cascabeles, para que avultasen mas con el ruido y la novedad: cuyo repentino asalto puso en tanto pavor á los Indios, que solo trataron de escapar sin hacer resistencia. Dexaron considerable número de muertos en la campaña, con algunos heridos que no pudieron retirar; y de los Españoles quedaron solo heridos dos ó tres soldados, y muerto uno de los Zempoales. Suceso que pareció tambien milagroso, considerada la múltitud inumerable de flechas, dardos y piedras que se hallaron dentro del recinto: y victoria, que por su facilidad y poca costa se celebró, con particular demostracion de alegría entre los soldados; aunque no sabian entónces quanto les importaba el haber sido valientes de noche, ni la obligacion en que estaban á los magos de Tlascála: cuyo desvarío sirvió tambien en esta obra, porque levantó á lo sumo el credito de los Españoles, y les facilitó la paz, que es el mejor fruto de la guerra.

CAPITULO XX.

Manda el Senado á su General que suspenda la guerra, y él no quiere obedecer; ántes trata de dar nuevo asalto al quartel de los Españoles: conocense, y castiganse sus espías; y dáse principio á las pláticas de la paz.

Desvanecidas en la ciudad aquellas grandes esperanzas que se habian concebido, sin otra causa que fiar el suceso de sus armas al favor de la noche, volvió á clamar el pueblo por la paz. Inquietaronse los nobles, hechos ya populares, con ménos ruido, pero con el mismo sentir: quedaron sin aliento y sin discurso los Senadores: y su primera demostracion fué castigar en los agoreros su propia liviandad; no tanto porque fuese novedad en ellos el engaño, como porque se corrieron de haberlos creido. Dos ó tres de los mas principales fueron sacrificados en uno de sus templos; y los demas tendrian su reprehension, y quedarian obligados á mentir con ménos libertad en aquel auditorio.

Juntóse despues el Senado para tratar el negocio principal, y todos se inclinaron á la paz sin controversia, concediendo al entendimiento de Magiscatzín la ventaja de haber conocido ántes la verdad, y confesando los mas incrédulos, que aquellos extran-

geros eran sin duda los hombres celestiales de sus profecías. Decretóse por primera resolucion que se despachase luego expresa órden á Xicotencál para que suspendiese la guerra, y estuviese á la mira: teniendo entendido que se trataba de la paz, y que por parte del Senado quedaba ya resuelta, y se nombrarian luego Embaxadores que la propusiesen y ajustasen con los mejores partidos que se pudiesen conseguir á favor de su república.

Pero Xicotencál estaba tan obstinado contra los Españoles, y tan ciego en el empeño de sus armas, que se negó totalmente á la obediencia de esta órden, y respondió con arrogancia y desabrimiento: que él y sus soldados eran el verdadero Senado, y mirarian por el credito de su nacion, ya que la desamparaban los padres de la patria. Tenia dispuesto el asaltar segunda vez á los Españoles de noche, y dentro de su quartel; no porque hiciese caso de las adivinaciones pasadas, sino porque le pareció mejor tenerlos encerrados, para que viniesen vivos á sus manos; pero trataba de ir á esta faccion con mas gente, y con mejores noticias: y sabiendo que algunos paisanos de los lugares circunvecinos acudian al quartel con bastimentos, por la codicia de los rescates, se sirvió de este medio para facilitar su empresa, y nombró quarenta soldados de su satisfaccion, que vestidos en trage de de villanos, y cargados de frutas, gallinas y pan de maiz, entrasen dentro de la plaza, y procurasen



observar la calidad y fuerza de su fortificacion, y por qué parte se podria dar el asalto con ménos dificultad. Algunos dicen que fueron estos Indios como Embaxadores del mismo Xicotencál con pláticas fingidas de paz; en cuyo caso sería mas culpable la inadvertencia de los nuestros: pero bien fuese con este ó con aquel pretexto, ellos entraron en el quartel, y estuvieron entre los Españoles mucha parte de la mañana, sin que se hiciese reparo en su detencion; hasta que uno de los soldados Zempoales advirtió que andaban reconociendo cautelosamente la muralla, y asomándose á ella por diferentes partes con recatada curiosidad, de que avisó luego á Cortés: y como en este género de sospechas no hay indicio leve, ni sombra que no tenga cuerpo, mandó que los prendiesen al instante, lo qual se executó con facilidad: y exâminados separadamente, dixeron con poca resistencia la verdad, unos en el tormento, y otros en el temor de recibirle: concordando todos en que aquella misma noche se habia de dar segundo asalto al quartel, á cuya faccion vendria ya marchando su General con veinte mil hombres, y los habia de esperar á distancia de una legua, para disponer sus ataques segun la noticia que le llevasen de las flaquezas que hubiesen observado en la muralla.

Sintió mucho Hernan Cortés este accidente, porque se hallaba con poca salud, y le costaba el disimular su enfermedad mayor trabajo que pade-

cerla; pero nunca se rindió á la cama, y solo cuidaba de curarse quando no habia de que cuidar. Refierese de él (no lo pasemos en silencio) que una de las ocasiones que se ofrecieron sobre Tlascála le halló recien purgado, y que montó á caballo, y anduvo en la disposicion de la batalla, y en los peligros de ella, sin acordarse del achaque, ni sentir el remedio que hizo el dia siguiente su operacion, sobrando con la quietud del sugeto su eficacia y su actividad. Don Fray Prudencio de Sandoval en la Historia del Emperador lo califica por milagro que Dios obró con él. Dictámen que impugnarán los filósofos, á cuya profesion toca el discurrir como pudo en este caso arrebatarse la facultad natural en seguimiento de la imaginacion ocupada en mayor negocio; ó como se recogieron los espíritus al corazon y á la cabeza, llevándose tras sí el calor natural con que se habia de actuar el medicamento. Pero el historiador no debe omitir la sencilla narracion de un suceso en que se conoce quánto se entregaba este Capitan al cuidado vigilante de lo que debia mandar y disponer en la batalla; ocupacion verdaderamente que necesita de todo el hombre por grande que sea: y ponderaciones que alguna vez son permitidas en la Historia, por lo que sirven al exemplo, y animan á la imitacion.

Averiguados ya los designios de Xicotencál por la confesion de sus espías, trató Hernan Cortés de

prevenir todo lo necesario para la defensa de su quartel: y pasó luego á discurrir en el castigo que merecian aquellos delinqüentes condenados á muerte segun las leyes de la guerra; pero le pareció que el hacerlos matar sin noticia de los enemigos sería justicia sin escarmiento: y como necesitaba ménos de su satisfacion, que del terror ageno, ordenó que á los que estuvieron mas negativos, que serian catorce ó quince, se les cortasen las manos á unos, y á otros los dedos pulgares, y los envió de esta suerte á su exército: mandándoles que dixesen de su parte á Xicotencál, que ya le quedaban esperando; y que los enviaba con la vida, porque no se le malograsen las noticias que llevaban de sus fortificaciones.

Hizo grande horror en el exército de los Indios, que venía ya marchando á su faccion, este sangriento espectáculo: quedaron todos atónitos notando la novedad y el rigor del castigo; y Xicotencál mas que todos cuidadoso de que se hubiesen descubierto sus designios; siendo este el primer golpe que le tocó en el ánimo, y empezó á quebrantar su resolucion: porque se persuadió á que no podian sin alguna Divinidad aquellos hombres haber conocido sus espías, y penetrado su pensamiento: con cuya imaginacion empezó á congojarse, y á dudar en el partido que debia tomar: pero quando ya estaba inclinado á resolver su retirada, la halló necesaria por otro accidente, y se

hizo sin su voluntad lo mismo que resistia su obstinacion. Lllegaron á este tiempo diferentes ministros del Senado, que autorizados con su representacion, le intimaron que arrimáse el baston de General: porque vista su inobediencia, y el atrevimiento de su respuesta, se habia revocado el nombramiento en cuya virtud gobernaba las armas de la república. Mandaron tambien á los Capitanes que no le obedeciesen, pena de ser declarados por traydores á la patria: y como cayó esta novedad sobre la turbacion que causó en todos el destrozo de sus espías, y en Xicotencál la penetracion de su secreto, ninguno se atrevió á replicar; ántes inclinaron las cervices al precepto de la república, deshaciéndose con extraórdinaria prontitud todo aquel aparato de guerra. Marcharon los Caciques á sus tierras: la gente de Tlascála tomó el camino sin esperar otra órden: y Xicotencál, que estaba ya ménos animoso, tuvo á felicidad que le quitasen las armas de las manos, y se recogió á la ciudad acompañado solamente de sus amigos y parientes: donde se presentó al Senado, mal escondido su despecho en esta demostracion de su obediencia.

Los Españoles pasaron aquella noche con cuidado, y sosegaron el dia siguiente sin descuido, porque no se acababan de asegurar de la intencion del enemigo; aunque los Indios de la contribucion afirmaban que se habia deshecho el exército,

y esforzado la plática de la paz. Duró esta suspension hasta que otro dia por la mañana descubrieron las centinelas una tropa de Indios, que venian, al parecer, con algunas cargas sobre los hombros, por el camino de Tlascála: y Hernan Cortés mandó que se retirasen á la plaza, y los dexasen llegar. Guiaban esta tropa quatro personages de respeto, bien adornados, cuyo trage y plumas blancas denotaban la paz: detras de ellos venian sus criados; y despues veinte ó treinta Indios Tamenes cargados de vituallas. Deteníanse de quando en quando, como rezelosos de acercarse, y hacian grandes humiliaciones hácia el quartel, entreteniendo el miedo con la cortesía: inclinaban el pecho hasta tocar la tierra con las manos, levantándose despues para ponerlas en los labios: reverencia que solo usaban con sus Príncipes; y en estando mas cerca, subieron de punto el rendimiento con el humo de sus incensarios. Dexóse ver entónces sobre la muralla Doña Marina, y en su lengua les preguntó, de parte de quien, y á qué venian. Respondieron, que de parte del Senado y república de Tlascála, y á tratar de la paz: con que se les concedió la entrada.

Recibiólos Hernan Cortés con aparato y severidad conveniente: y ellos, repitiendo sus reverencias y sus perfumes, dieron su embaxada, que se reduxo á diferentes disculpas de lo pasado, frívolas, pero de bastante substancia para colegir de ellas

su arrepentimiento. Decian: " Que los Otomíes " y Chontáles, naciones bárbaras de su confedera- " cion, habian juntado sus gentes, y hecho la " guerra contra el parecer del Senado, cuya auto- " ridad no habia podido reprimir los primeros " ímpetus de su ferocidad; pero que ya quedaban " desarmados, y la república muy deseosa de la " paz: que no solo traían la voz del Senado, " sino de la nobleza y del pueblo, para pedirle " que marchâse luego con todos sus soldados á la " ciudad, donde podrian detenerse lo que gusta- " sen, con seguridad de que serian asistidos y ve- " nerados como hijos del sol, y hermanos de sus " Dioses." Y últimamente concluyeron su razo- namiento, dexando mal encubierto el artificio en todo lo que hablaron de la guerra pasada; pero no sin algunos visos de sinceridad en lo que propo- nian de la paz.

Hernan Cortés, afectando segunda vez la seve- ridad, y negando al semblante la interior compla- cencia, les respondió solamente: " Que llevasen " entendido, y dixesen de su parte al Senado, " que no era pequeña demostracion de su benig- " nidad el admitirlos y escucharlos, quando po- " dian temer su indignacion como delinqüentes, " y debian recibir la ley como vencidos. Que la " paz que proponian era conforme á su inclina- " cion; pero que la buscaban despues de una " guerra muy injusta y muy porfiada, para que se

" dexáse hallar facilmente, ó no la encontrasen
" detenida y recatada. Que se veria como perse-
" veraban en desearla, y como procedian para me-
" recerla : y entretanto procuraria reprimir el eno-
" jo suspendiendo el castigo con el brazo levan-
" tado, para que pudiesen lograr con la emienda
" el tiempo que hay entre la amenaza y el golpe."

Así les respondió Cortés, tomando por este medio algun tiempo para convalecer de su enfermedad, y para exâminar mejor la verdad de aquella proposicion: á cuyo fin tuvo por conveniente que volviesen cuidadosos y poco asegurados estos mensageros, porque no se ensoberbeciesen ó entibiasen los del Senado hallándole muy fácil, ó muy deseoso de la paz. Que en este género de negocios suelen ser atajos los que parecen rodeos, y servir como diligencias las dificultades.

CAPITULO XXI.

Vienen al quartel nuevos Embaxadores de Motezuma para embarazar la paz de Tlascála: persevera el Senado en pedirla; y toma el mismo Xicotencál á su cuenta esta negociacion.

Creció con estas victorias la fama de los Españoles: y Motezuma, que tenia freqüentes noticias de lo que pasaba en Tlascála, mediante la observacion de sus ministros y la diligencia de sus correos, entró en mayor aprehension de su peligro, quando vió sojuzgada y vencida por tan pocos hombres aquella nacion belicosa que tantas veces habia resistido á sus exércitos. Hacianle grande admiracion las hazañas que le referian de los extrangeros, y temia que, una vez reducidos á su obediencia los Tlascaltécas, se sirviesen de su rebeldía y de sus armas, y pasasen á mayores intentos en daño de su imperio. Pero es muy de reparar que, en medio de tantas perplexidades y rezelos, no se acordase de su poder, ni pasáse á formar exército para su defensa y seguridad; ántes, sin tratar, por no sé que genio superior á su espíritu, de convocar sus gentes, ni atreverse á romper la guerra, se dexaba todo á las artes de la política, y andaba fluctuando entre los medios suaves. Pu-

so entónces la mira en deshacer esta union de Españoles y Tlascaltécas; y no lo pensaba mal: que quando falta la resolucion, suele andar muy despierta y muy solícita la prudencia. Resolvió para este fin hacer nueva embaxada y regalo á Cortés: cuyo pretexto fué complacerse de los buenos sucesos de sus armas, y de que le ayudáse á castigar la insolencia de sus enemigos los Tlascaltécas; pero el fin principal de esta diligencia fué pedirle con nuevo encarecimiento que no tratáse de pasar á su Corte, con mayor ponderacion de las dificultades que le obligaban á no conceder esta permision. Llevaron los Embaxadores instruccion secreta para reconocer el estado en que se hallaba la guerra de Tlascála; y procurar, en caso que se habláse de la paz, y los Españoles se inclinasen á ella, divertir y embarazar su conclusion, sin manifestar el rezelo de su Príncipe, ni apartarse de la negociacion hasta darle cuenta, y esperar su órden.

Vinieron con esta embaxada cinco Mexicanos de la primera suposicion entre sus nobles, y pisando con algun recato los términos de Tlascála, llegaron al quartel poco despues que partieron los ministros de la república. Recibiólos Hernan Cortés con grande agasajo y cortesía, porque ya le tenia con algun cuidado el silencio de Motezuma. Oyó su embaxada gratamente: recibió tambien y y agradeció el presente, cuyo valor sería de hasta mil pesos en piezas diferentes de oro ligero, sin

otras curiosidades de pluma y algodon : y no les dió por entónces su respuesta, porque deseaba que viesen, ántes de partir, á los de Tlascála rendidos y pretendientes de la paz : ni ellos solicitaron su despacho, porque tambien deseaban detenerse ; pero tardaron poco en descubrir todo el secreto de su instruccion, porque decian lo que habian de callar, preguntando con poca industria lo que venian á inquirir : y á breve tiempo se conoció todo el temor de Motezuma, y lo que importaba la paz de Tlascála para que viniese á la razon.

La república entretanto, deseosa de poner en buena fé á los Españoles, envió sus órdenes á los lugares del contorno para que acudiesen al quartel con bastimentos, mandando que no llevasen por ellos precio ni rescate : lo qual se executó puntualmente ; y creció la provision, sin que se atreviesen los paisanos á recibir la menor recompensa. Dos dias despues se descubrió por el camino de la ciudad una considerable tropa de Indios, que se venian acercando con insignias de paz : y avisado Cortés, mandó que se les franqueáse la entrada : y para recibirlos, mezcló entre su acompañamiento á los Embaxadores Mexicanos, dándoles á entender que les confiaba lo que deseaba poner en su noticia. Venía por Cabo de los Tlascaltécas el mismo Xicotencál, que tomó la comision de tratar ó concluir este gran negocio : bien fuese por satisfacer al Senado, emendando con esta accion su

pasada rebeldía; ó porque se persuadió á que convenia la paz, y como ambicioso de gloria no quiso que se debiese á otro el bien de su república. Acompañabanle cincuenta caballeros de su faccion y parentela, bien adornados á su modo. Era de mas que mediana estatura, de buen talle, mas robusto que corpulento: el trage un manto blanco ayrosamente manejado, muchas plumas, y algunas joyas puestas en su lugar: el rostro de poco agradable proporcion; pero que no dexaba de infundir respeto, haciéndose mas reparable por el denuedo que por la fealdad. Llegó con desembarazo de soldado á la presencia de Cortés, y hechas sus reverencias, tomó asiento, dixo quien era, y empezó su oracion; " Confesando que tenia toda la " culpa de la guerra pasada, porque se persuadió " á que los Españoles eran parciales de Motezu- " ma, cuyo nombre aborrecia; pero que ya, como " primer testigo de sus hazañas, venía con los " meritos de rendido á ponerse en las manos de " su vencedor, deseando merecer con esta sumision y reconocimiento el perdon de su república: " cuyo nombre y autoridad traía, no para propo- " ner, sino para pedir rendidamente la paz, y ad- " mitirla como se la quisiesen conceder: que la " demandaba una, y dos y tres veces en nombre " del Senado, nobleza y pueblo de Tlascála, supli- " cándole con todo encarecimiento que honráse " luego aquella ciudad con su asistencia, donde

" hallaria prevenido alojamiento para toda su
" gente, y aquella veneracion y servidumbre que
" se podia fiar de los que, siendo valientes, se ren-
" dian á rogar y obedecer; pero que solamente le
" pedia, sin que pareciese condicion de la paz,
" sino dádiva de su piedad, que se hiciese buen
" pasage á los vecinos, y se reservasen de la licen-
" cia militar sus Dioses y sus mugeres."

Agradó tanto á Cortés el razonamiento y desahogo de Xicotencál, que no pudo dexar de manifestarlo en el semblante á los que le asistian, dexándose llevar del afecto que le merecian siempre los hombres de valor; pero mandó á Doña Marina que se lo dixese así, porque no pensase que se alegraba de su proposicion: y volvió á cobrar su entereza para ponderarle, no sin alguna vehemencia:
" La poca razon que habia tenido su república en
" mover una guerra tan injusta; y él en fomentar
" esta injusticia con tanta obstinacion." En que se alargó sin prolixidad á todo lo que pedia la razon: y despues de acriminar el delito, para encarecer el perdon, concluyó: " Concediendo la
" paz que le pedian, y que no se les haria violencia
" ni extorsion alguna en el pasó de su exército: á
" que añadió, que quando llegáse el caso de ir á
" su ciudad, se les avisaria con tiempo, y se dis-
" pondria lo que fuese necesario para su entrada y
" alojamiento."

Sintió mucho Xicotencál esta dilacion, mirán-

dola como pretexto para exâminar mejor la sinceridad del tratado: y con los ojos en el auditorio dixo: "Razon teneis, ó Teulés grandes (así llamaban á sus Dioses) para castigar nuestra verdad con vuestra desconfianza; pero si no basta para que me creais el hablaros en mí toda la república de Tlascála, yo, que soy el Capitan General de sus exércitos, y estos caballeros de mi séquito, que son los primeros nobles, y mayores Capitanes de mi nacion, nos quedarémos en rehenes de vuestra seguridad, y estarémos en vuestro poder Prisioneros ó aprisionados todo el tiempo que os detuviereis en nuestra ciudad." No dexó de asegurarse mucho Hernan Cortés con este ofrecimiento; pero como deseaba siempre quedar superior, le respondió: "Que no era menester aquella demostracion para que se creyese que deseaban lo que tanto les convenia; ni su gente necesitaba de rehenes para entrar segura en su ciudad, y mantenerse en ella sin rezelo, como se habia mantenido en medio de sus exércitos armados; pero que la paz quedaba firme y asegurada en su palabra, y su jornada sería lo mas presto que se pudiese disponer." Con que disolvió la plática, y los salió acompañando hasta la puerta de su alojamiento donde agasajó de nuevo con los brazos á Xicotencál: y dándole despues la mano, le dixo al despedirse: "Que solo tardaria en pagarle

" aquella visita el breve tiempo que habia menes-
" ter para despachar unos Embaxadores de Mote-
" zuma." Palabras que dieron bastante calor á la negociacion; aunque las dexó caer como cosa en que no reparaba.

Quedóse despues con los Mexicanos, y ellos hicieron grande irrision de la paz, y de los que la proponian, pasando á culpar, no sin alguna enfadosa presuncion, la facilidad con que se dexaron persuadir los Españoles: y volviendo el rostro á Cortés le dixeron, como que le daban doctrina:
" Que se admiraban mucho de que un hombre
" tan sabio no conociese á los de Tlascála, gente
" bárbara, que se mantenia de sus ardides mas
" que de sus fuerzas: y que miráse lo que hacia,
" porque solo trataban de asegurarle, para servirse
" de su descuido, y acabar con él y con los suyos."
Pero quando vieron que se afirmaba en mantener su palabra, y en que no podia negar la paz á quien se la pedia, ni faltar al primer instituto de sus armas, quedaron un rato pensativo; de que resultó el pedirle, convertida en ruego la persuasion, que dilatáse por seis dias el marchar á Tlascála, en cuyo tiempo irian los dos mas principales á poner en la noticia de su Príncipe todo lo que pasaba, y quedarian los demas á esperar su resolucion. Concedióselo Hernan Cortés, porque no le pareció conveniente romper con el respeto de Motezuma,

ni dexar de esperar lo que diese de sí esta diligencia, siendo posible que se allanasen con ella las dificultades que ponia en dexarse ver. Así se aprovechaba de los afectos que renonocia en los Tlascaltécas y en los Mexicanos: y así daba estimacion á la paz, haciéndosela desear á los unos y temer á los otros.

INDICE

DE LOS CAPITULOS QUE SE CONTIENEN EN EL TOMO I.

LIBRO I.

LIBRO II.

PAG.

PAG.

Juigné, Printer, 17, Margaret Street, Cavendish Square.


UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 02438 4508

